



de de
LA
HABITACIÓN
de DE LAS de
MARAVILLAS

de de
JULIEN SANDREL

13

Para mi mis

Thelma es una madre soltera de unos cuarenta años, cuya atareada vida profesional le deja poco espacio para la esfera privada. Cuando su hijo de doce años, Louis, es atropellado por un camión y queda en coma, los médicos no le dan muchas esperanzas: si no se despierta en las próximas cuatro semanas, quizá nunca llegue a hacerlo.

En casa, Thelma encuentra en la habitación de Louis un cuaderno con una lista de deseos que contiene todas las cosas que Louis quiere realizar en su vida. Thelma se aferrará a esta lista para salvar la vida de Louis e irá cumpliendo cada uno de ellos, en una aventura tierna, alocada y esperanzadora en la que se cruzará con variopintos personajes que transformarán su manera de ver la vida.

Julien Sandrel

La habitación de las maravillas



Título original: *La chambre des merveilles*
Julien Sandrel, 2018
Traducción: Juan Camargo, 2019

Revisión: 1.0
18/11/2019

A Mathilde
A mi hija y a mi hijo

Dime una cosa, Thelma, ¿cómo es que no has tenido hijos? Quiero decir, cuando Dios te concede algo especial, creo que tienes que legarlo.

Thelma & Louise
RIDLEY SCOTT

I
MI REY

1

10 H 32 MIN

—Louis, ¡que es la hora! Venga, no te lo repito más, por favor, levántate y vístete, que no quiero llegar con la lengua fuera y ya son las nueve y veinte.

Fue más o menos así como empezó lo que iba a convertirse en el peor día de toda mi vida. Aún no lo sabía, pero habría un antes y un después de ese sábado 7 de febrero de 2017 a las 10 horas y 32 minutos. Siempre habría ese antes, ese minuto anterior que desearía detener de forma eterna, esas sonrisas, esas alegrías fugaces, esas fotografías grabadas en los oscuros pliegues de mi cerebro. Siempre habría ese después, esos «porqués», esos «si hubiese», esas lágrimas, esos gritos, ese rímel carísimo por mis mejillas, esas sirenas estridentes, esas miradas llenas de asquerosa compasión, esas convulsiones incontrolables de mi abdomen, que se negaba a aceptarlo. Todo aquello, por supuesto, me resultaba entonces inescrutable, un secreto que solo los dioses —si existían, de lo cual tenía serias dudas— podían conocer. ¿Qué decían en ese momento, a las 9 horas y 20 minutos, aquellas divinidades? Uno más, uno menos, ¿qué importa? ¿Estás seguro? No siempre, pero ¿qué más da? Es cierto que, después de todo, qué más da, eso no cambiará la faz de la Tierra. Yo estaba muy lejos de todo eso, lejos de los dioses, lejos de mi corazón. Yo era solo yo, en ese instante preciso tan cercano al momento del vuelco, de la ruptura, del punto sin retorno. Yo era yo, y echaba pestes de Louis, quien definitivamente no ponía nada de su parte.

Entonces me decía que aquel crío me estaba volviendo loca. Hacía media hora que me desgañitaba para arrancarlo de la cama, pero ni por esas. Habíamos quedado con mi madre a mediodía para nuestro *brunch* —mi calvario mensual—, y había contado con pasar antes por el *boulevard* Hausmann para comprarme esos zapatos de tacón rojo sangre con los que fantaseaba desde que habían empezado las rebajas. Quería lucirlos el lunes durante la reunión con el Gran Jefazo de Hégémonie, el grupo empresarial de cosméticos para el que trabajaba día y noche desde hacía quince años. Dirigía un equipo de veinte personas consagradas a la noble causa de la elaboración de anuncios e innovaciones de una marca de champús que quitaban hasta un 100 % de la caspa —el «hasta» significaba que una de las doscientas participantes del ensayo había visto su melena completamente libre de descamaciones—. Una de las cosas de las que me enorgullecía en esa época era haber logrado, después de arduas batallas con el servicio jurídico de Hégémonie, utilizar aquel argumento. Crucial para las ventas, para mi subida de sueldo anual, para mis vacaciones de verano con Louis y para mis zapatos nuevos.

Después de algunos gruñidos ininteligibles, Louis se decidió a obedecer, se embutió en unos vaqueros más que apretados y de cintura más que baja, se echó un poco de agua en la cara, tardó cinco minutos en despeinarse hábilmente el pelo, se negó a ponerse un gorro a pesar de la temperatura de aquella mañana glacial, masculló algunos retazos de conversación incomprensibles pero cuyo contenido me sabía (pero por qué tengo que ir contigo...), se caló las gafas de sol, agarró su monopatín —una tabla sucia, con pintadas en toda su superficie y para la que tenía que comprar ruedas de competición cada dos por tres—, se puso su plumas ultraligero Uniqló rojo, pilló un paquete de galletas rellenas de chocolate mientras aceptaba soplarse de un trago una bolsita de compota como cuando tenía cinco años, y, por fin, llamó al ascensor. Le eché una ojeada a mi reloj. 10 horas y 21 minutos. Perfecto, todavía teníamos tiempo para cumplir con mi milimetrado programa. Le había añadido más tiempo al ritual de levantarse de Su Excelencia Luis el Mayor dado que tenía una duración completamente aleatoria.

Hacía un tiempo espléndido, un cielo azul de invierno sin una nube. Siempre me ha gustado la luminosidad fría. El cielo nunca me ha parecido más azul ni más puro que cuando viajaba por trabajo a Moscú. Para mí, la capital rusa es la reina del cielo de invierno. París había adoptado un aire moscovita y nos lanzaba unos guiños deslumbrantes. Una vez fuera de nuestro apartamento del décimo distrito, Louis y yo habíamos empezado a caminar junto al canal Saint-Martin rumbo a la estación del Este, zigzagueando entre familias que paseaban y turistas hipnotizados por el espectáculo de una chalana que pasaba por la esclusa del puente Eugène-Varlin. Yo observaba a Louis, que patinaba a toda pastilla por delante. Estaba orgullosa de aquel hombrecito en el que se estaba convirtiendo. Debería habérselo dicho —esa clase de pensamientos se tienen para ser expresados, si no, no sirven para nada—, pero no lo hice. En los últimos tiempos, Louis había cambiado mucho. Un estirón propio de su edad le había hecho pasar de tener el físico de un crío debilucho al de un adolescente de estatura respetable; una pizca de barba se le esbozaba en unos mofletes todavía de niño, aún desprovistos de granos. Una buena apariencia en construcción.

Todo aquello iba demasiado deprisa. Me volví a ver un momento paseando junto al quai de Valmy; un cochecito azul petróleo llevado con la mano derecha; mi móvil, en la mano izquierda. Supongo que aquella visión me hizo esbozar una sonrisa. ¿O bien me la he inventado *a posteriori*? Me falla la memoria, me resulta muy difícil acordarme de mis pensamientos en el transcurso de aquellos instantes, tan importantes, sin embargo. Ojalá pudiese dar marcha atrás unos minutos, prestaría más atención. Ojalá pudiese dar marcha atrás unos meses, unos años, cambiaría tantas cosas...

Oí el sonido ensordecedor de la última canción de The Weeknd, que Louis había instalado como tono de llamada en mi *smartphone*. Era JP. Mierda. ¿Por qué me llamaba mi jefe un sábado por la mañana? Por supuesto, ya me había pasado antes, no se puede trabajar en una empresa como Hégémonie sin tener que resolver ciertas cuestiones urgentes. Ahora, cuando pienso en ello, cuando oigo a alguien pronunciar la palabra *urgente*, esta posee una connotación completamente distinta. Jamás utilizaré tal término para hablar de una presentación que hay que acabar, de un test de consumidores que hay que poner en marcha, de un frasco cuyo diseño hay que aprobar. ¿De qué cuestión urgente estamos hablando exactamente? ¿Quién está en peligro de muerte? En aquel preciso instante, no era consciente de todo esto. Solamente me preguntaba qué cuestión urgente tendría que comunicarme, e intuía que estaba relacionada con la reunión del lunes. Urgencia absoluta, por lo tanto. Vital. Descolgué sin titubear, sin prestar atención apenas a

Louis, que había reducido la velocidad y que se había situado a mi lado con evidentes ganas de decirme algo. Le hice señas de que estaba al teléfono, ¿es que no lo veía? Me habló desde su barba incipiente, mascullando, creo, que era importante. Expresando mediante gestos la importancia del tema. Nunca sabré de qué quería hablarme. Estoy segura de que mis últimos pensamientos con respecto a mi hijo fueron pensamientos negativos. Algo relacionado con su necesidad constante de atención, con el hecho de no poder tener un minuto para mí, con su egoísmo de adolescente, con mi necesidad de respirar un poco, mierda. Creo que la última palabra que apareció en mi cabeza relativa a ese pequeño ser, la carne de mi carne, a quien he acunado miles de horas, con el que he cantado miles de horas, quien me ha dado tantas risas, orgullo y alegría, la última palabra que pronuncié mentalmente en mi oxidado cerebro fue efectivamente la puñetera palabra con eme. Qué vergüenza. Qué injusticia de recuerdo.

Louis resopló ruidosamente, cogió los auriculares rojos que permanecían inactivos hasta aquel momento alrededor de su cuello, se los encasquetó en la cabeza con un gesto demasiado enfático, me espetó que, de todas formas, conmigo siempre pasaba lo mismo, que el curro era lo único que me importaba, luego aceleró los impulsos de su pierna derecha y se lanzó con el monopatín cuesta abajo por la acera. Si yo no hubiese estado hablando por teléfono con JP —la cuestión urgente no era más que un problema con unas diapositivas de Power Point que había que rehacer—, hubiese tenido un reflejo de madre, del tipo que nos hace gritar «más despacio, vas demasiado rápido» y que exaspera a cualquier niño que haya superado la etapa infantil, el tipo de advertencia que no sirve para nada en teoría pero que en la práctica siempre puede conseguir despertar una consciencia medio adormecida. El grito ha permanecido en mi cabeza. En Hégémonie no está bien visto tener hijos, aunque la política oficial sea clara: Hégémonie está a favor de la igualdad entre hombres y mujeres. Hégémonie invierte en el éxito de las mujeres en la sociedad. Entre la teoría, la política oficial, y la práctica, media un abismo: ese otro rostro de la misma organización, esas cosas no dichas que conducen a unos porcentajes ridículamente bajos de mujeres en los consejos de administración de las grandes empresas. Toda mi vida he luchado por acceder a esos altos cargos; por lo tanto, de ninguna manera iba a mostrar instinto maternal alguno en plena conversación de trabajo, ni siquiera un sábado, ni siquiera a las 10 horas y 31 minutos.

Mientras JP me describía con desgana las modificaciones que había que efectuar el domingo mismo, yo le echaba un ojo distraído a Louis, quien iba definitivamente demasiado rápido. Reparé en sus auriculares atornillados hasta las orejas, y me acuerdo con claridad de haberme formulado la esperanza de que no hubiese subido demasiado el volumen, y de que fuera consciente de la velocidad a la que iba. Negué con la cabeza diciéndome que ya era mayor, que debía dejar de preocuparme cada dos por tres por él, por todo, por nada, sobre todo, por nada. Parece increíble todos los pensamientos que se nos ocurren en unos segundos. Parece increíble hasta qué punto unos segundos pueden arraigarse luego dolorosamente en un cerebro.

Última ojeada a la pantalla de mi *smartphone*, son las 10 horas y 32 minutos. Me digo que he de colgar a JP en tres minutos como máximo, ya que estamos cerca de la estación de metro.

Oigo un ruido sordo que me hace pensar en la sirena de un transatlántico en apuros. Es un camión. Levanto la cabeza y el tiempo se detiene. Estoy solo a un centenar de metros, pero la algarabía de voces de los transeúntes es tan fuerte que tengo la impresión de estar ya en el lugar. Mi teléfono se rompe contra el suelo. Chillo. Se me dobla una pierna, caigo, me levanto, me quito los tacones, y corro como nunca he corrido. El camión se ha parado ahora. No soy la única que

chilla. Una docena de personas, que estaban en una terraza al sol —una hermosa mañana de invierno—, se ha puesto en pie. Un padre le tapa los ojos a su hijo. ¿Qué edad tiene? Cuatro, cinco años probablemente. Esa clase de escena no es para él. Esa clase de escena no se ha mostrado nunca ni siquiera en las películas. A nadie. Como mucho, se puede sugerir. Un poco de pudor en este mundo de bestias, por favor. Me acerco, chilló otra vez, me tiro al suelo, noto cómo me raspo las rodillas, pero no siento el dolor. No ese, en cualquier caso. Louis. Louis. Louis. Louis. Mi amor. Mi vida. ¿Cómo describir lo indescriptible? Un testigo de la escena empleó más tarde el término *loba*. Aullidos de loba a la que están destripando. Me golpeo, arañó el suelo, mi cuerpo tiembla, tengo la cabeza de Louis entre mis manos. Sé que no hay que tocarlo, que no hay que mover nada, pero no puedo. Siempre esa misma diferencia entre la teoría y la realidad. No puedo conformarme con dejarlo en el suelo sin hacer nada. Sin embargo, sujeto su cabeza y no hago otra cosa que esperar llorando, comprobando una y otra vez su respiración. ¿Respira? Respira. Ya no respira. Respira de nuevo. La ayuda llega en un tiempo récord. Un bombero se hace cargo de mí, o más bien trata de despegarme del cuerpo de Louis. Lo abofeteo. Le pido perdón. Me sonrío. Me acuerdo de todo. De sus gestos firmes y suaves a la vez, de su nariz poco agraciada, de su voz tranquilizadora, de sus palabras tan convencionales, de la ambulancia que se aleja. Capto algunos retazos de conversaciones. Urgencias pediátricas. Hospital Robert Debré. Cuidados intensivos. Todo va a ir bien, señora. No, no va a ir bien. Voy a acompañarla. Me desplomo. Me sujeta. Mis músculos, extremadamente tensos desde el accidente, acaban soltándose. Me sientan en una silla del café soleado. Mi cuerpo ya no responde. Se me revuelven las tripas, vomito el desayuno en la mesa de ese bar hípster que se ha vaciado en cuestión de minutos. Me limpio la boca, me bebo un vaso de agua y levanto la cabeza.

Nada ha cambiado a mi alrededor, el cielo sigue estando tan azul, tan puro. Miro mi reloj. Roto, él también. Esfera resquebrajada, agujas detenidas. Testigo inmóvil. Siguen siendo las 10 horas y 32 minutos.

UNA MAÑANA

Me llamo Louis, vivo en París, tengo doce años y medio; dentro de poco, trece. Me encantan el fútbol, los dibujos animados japoneses, Maître Gims, los canales de YouTube consagrados a Pokémon, la crema de cacao que contiene más aceite de palma que el aceite de palma (me encanta este chiste), las pelis de los años noventa y dos mil (no, no estoy pasado de moda porque me apasionen), el olor de los tubos de escape, los skateboards de colores cantosos, los pechos de la señora Ernest —mi profe de mates—, las mates sin los pechos de la señora Ernest, mi superabuela Odette, mi madre (la mayoría de los días).

Aparte de eso, creo que estoy muerto.

Normalmente, no me gusta demasiado contar mi vida, pero, dadas las circunstancias y dado que está usted ahí, más vale que le explique un poco con quién está tratando, y lo que ha pasado.

Vivo solo con mi madre. Se llama Thelma. Con ella fue con quien viví mi última mañana. Me gustaría decirle que fue una mañana excepcional, que compartimos unos momentos maravillosos, que nos abrazamos con ternura y nos dijimos que nos queríamos. En realidad, fue una mañana de una trivialidad absolutamente lamentable, lo que, al fin y al cabo, es lo más normal. No se vive cada hora de cada día como si fuese la última, sería agotador. Se vive, sin más. Y mi vida con mi madre era exactamente de esa forma.

Así que, cuando vuelvo a pensar en ello, en sí misma aquella mañana fue perfecta. Soy consciente de que mamá debe de tener una opinión completamente distinta de la cuestión, soy consciente de que debe de repasar una y otra vez en su cabeza cada imagen de esos pocos minutos preguntándose lo que hubiese debido hacer, lo que hubiese podido cambiar. Yo tengo la respuesta, y seguramente no esté de acuerdo con mi vieja: nada.

Es una respuesta extraña cuando se sabe que esa mañana juntos se resumió en mamá que trata de arrancarme de la cama, yo que refunfuño, arrastro los pies y vuelvo a refunfuñar. Eso es lo que se podía ver desde el exterior. También era lo que yo veía. Ahora que tengo un poco (mucho) de distancia, me doy cuenta de mis sensaciones. De esa percepción difusa, de esa comezón cerebral que no se hace accesible más que cuando ya no hay nada más. El peso de la costumbre. Esa felicidad de las costumbres. El invariable placer de los rituales familiares. Esas pequeñas cosas de lo cotidiano que nos constituyen y que lo cambian todo.

Aquella mañana llena de esas golosinas rituales. La manilla de la puerta de mi cuarto que chirría, despertando una centésima parte de mi conciencia, anunciando la llegada del día siguiente. Mamá que traspasa el umbral de mi puerta, que se acerca y me pasa una mano por el pelo, acariciando mi cabeza desde la frente hasta la nuca, nunca a la inversa. Mamá que susurra «Buenos días, mi cielo, es hora de

levantarse, mi amorcito», como si todavía tuviese dos o tres años. Ese estado entre el dormir y el despertar, ese estado letárgico durante el cual el sueño y la realidad se confunden. Luego el sonido de la persiana mecánica de la habitación cuando sube, los rayos del sol que golpean mi rostro, un gruñido, me vuelvo y hundo la cabeza bajo la almohada. Fin de la primera pasada de mamá. Los brazos de Morfeo se reavivan, retomo el curso de un sueño del que no tendré ningún recuerdo. Segunda pasada, la voz de mamá se vuelve más insistente, menos dulce, más firme. Como todos los días. Ella también conoce bien este ritual. El mismo desde hace casi trece años. Aunque todo esto se haya convertido en un reflejo, tanto ella como yo identificamos por la tonalidad de una sílaba pronunciada, por la duración de un sonido gutural que procede del oso adolescente medio dormido, cuál es el humor del día. El humor del día es alegre. Estamos a sábado, lo sabemos. Tenemos todo el tiempo del mundo, aunque mamá finja lo contrario. Conozco el programa del día, conozco a mi madre, sé que me despierta con antelación para dejar que me espabile.

Abro un pequeño paréntesis porque sé lo que estará usted pensando: qué raro que este chaval de doce años y medio emplee todas esas palabras complicadas, ¿no? En cualquier caso, para mis compañeros de 3.º C del colegio Paul Éluard, puedo decirle que canta un huevo (resulta sospechoso, para los mayores de cuarenta años). Sea como sea canta un huevo estar en tercero con doce años y medio. Yo no es que haga una montaña de ello, pero así es como hablo yo y no lo puedo evitar, y en el instituto ya se ríen bastante de los giros de mis frases cuando me tachan de empollón asqueroso, conque le agradezco que no empiece con eso...

¿Por dónde iba? Ah, sí, le estaba contando. Desde hace unos días me apetecía —necesitaba— hablarle a mamá de esa chica que conocí en fútbol. Sí, hay chicas que juegan al fútbol, y, sí, pueden ser guapas, hay que acabar con los tópicos. Esperaba el momento oportuno. Mamá y yo somos de los discretos. No de los que muestran lo que sienten. Más bien de los que se lo guardan para sí. El momento oportuno para hablar con mamá no es entre semana. Vuelve exhausta de la jornada laboral, y le cuesta soltar el smartphone, siempre gestionando lo que ella llama «cosas urgentes». Me pregunto qué clase de urgencias se pueden tener que gestionar cuando uno se dedica a los champús anticaspa...

En fin. Me había dicho que aquella mañana corriente de un corriente fin de semana era el momento perfecto. No quería que echase las campanas al vuelo y se flipase imaginándome ya casado, así que no quería andarme con formalidades. Una conversación informal, como si nada, serviría. Por lo que, cuando me acerqué y mamá me apartó como a una mala hierba de su camino, he de decir que me puse de malas pulgas. Mamá dice que soy de temperamento un poco sanguíneo. No tengo muy claro lo que eso significa; probablemente que soy un coñazo. O susceptible. O las dos cosas. En mi defensa he de decir que, como dice mi yaya Odette, de tal palo tal astilla, y mamá es particularmente susceptible.

No he dicho coñazo, es usted quien lo ha expresado así en su cabeza, confíeselo.

Así que solté un bufido y me marché hecho una furia. Quería incordiarla durante su llamada de teléfono de curro. Era sábado por la mañana, había que hacerle entender de una manera u otra que no era un día para estar trabajando. Sé que todavía hoy mi madre se estresa cuando me ve desaparecer por una esquina. Conscientemente o no, acelera el paso para evitar perderme de vista. Conque apreté el paso, quería doblar la esquina de la rue des Récollets antes que ella y luego esconderme en la entrada del jardín Villemín, para meterle un buen susto y obligarla a colgar.

No estoy muy seguro de lo que pasó después. Bueno, sí, creo haberlo descubierto, no soy idiota. Iba

demasiado rápido, claro está. Derrapé. Un error tonto. Nunca derrapo así, yo controlo mi tabla. Cuando levanté la cabeza vi llegar el camión, oí el sonido de un claxon, y todo se puso negro.

Oscuridad total.

Que conste que, al contrario de lo que se dice, no vi mi vida pasar en centésimas de segundo; solo vi los faros de ese condenado camión y me dije «anda, qué raro, los faros encendidos y es de día».

Menudas gilipolleces se tienen como último pensamiento.

2 EEG

En ningún momento pensé que estaba muerto. Las madres deben de estar programadas así. Plantearse la posibilidad de que un hijo muera es como haberlo enterrado ya. Y enterrar a un hijo es imposible, simple y llanamente. Louis no estaba muerto. No podía estar muerto.

Estaba conmocionada. No sé si es el término oficial, médico, pero me parecer haber oído pronunciar esas palabras a alguien. Pasé el resto de aquel sábado en una acolchada vacilación, como si los ruidos, las sensaciones, fuesen amortiguados por una burbuja protectora imaginaria que me hubiese recubierto de la cabeza a los pies. Me parecía estar anestesiada. Tal vez bajo los efectos de los tranquilizantes que me administraron enseguida, tal vez bajo los efectos de las bombas que habían soltado una tras otra a mi alrededor.

Bombas emocionales, cuando los médicos me explicaron que habían atiborrado de medicamentos a mi hijo para que no sufriera, que la prioridad era detener las infecciones que no dejarían de provocar lesiones internas. Que el pronóstico era incierto, que, por el momento, era imposible valorar su nivel de conciencia real a causa de la medicación, que habría que esperar a la suspensión del tratamiento para hacerse una idea más precisa, «lo sentimos mucho, señora».

Bombas lacrimales cuando llegó mi madre al hospital y me zarandó chillando, subrayando mi pasividad, mi irresponsabilidad, mi dejadez, y cuando hizo falta que los médicos la alejasen de mí, a mi propia madre: «cada uno vive esta clase de situaciones de manera diferente, señora, debe respetar la reacción de su hija como nosotros respetamos la suya y, no, no somos unos gilipollas arrogantes».

Bombas léxicas, por último. Una legión de palabras nuevas, de siglas, de indicios incomprensibles, ejércitos de adjetivos, de soldaditos relacionados con la medicina que solo tienen sentido cuando se desea entenderlos. En medio de aquella confusión, lo único que emerge de mi memoria son las palabras clave, esos puntos de referencia que presentimos que desempeñan un papel crucial, que son más importantes que los otros.

Politraumatismo.

Hematomas.

Intracerebral.

Pulmonar.

Coma.

Profundo.
Respirador.
EEG.
Electroencefalograma.
Tiempo.
¿Cuánto?
No se sabe.
Imprevisible.
¿Nunca?
No se sabe.
Demasiado pronto.
Esperanza.
Animo.

En su cama de hospital, Louis estaba guapo. Sereno. Tranquilo. Sorprendentemente entero. Si no hubiese tenido todos esos tubos, su rostro y el resto de su cuerpo hubiesen parecido intactos, o casi. Dos costillas rotas, una pierna fracturada; al no ser una fractura abierta, bastará con inmovilizarla, me habían indicado. A lo que había replicado que me preguntaba qué prisa corría eso de inmovilizarla; no es que fuera a largarse pegando brincos. La enfermera me había lanzado una de esas miradas que lo dicen todo, que consideran fuera de lugar una broma así de boca de una madre hundida. Era una madre desnortada. Hundida, no lo sé. Todo me parecía irreal. Es una pesadilla, Thelma. Nada más. Te vas a despertar, y Louis estará aquí a tu lado, con su mechón despeinado de surfista cayendo sobre sus ojos negros que se pondrán a reír de sien a sien. ¿Qué te pasa, mamá? ¿Ya no te gustan mis bromas? Vale, esta es de mal gusto, pero estoy bien, no te preocupes. Por cierto, ¿me has comprado esa carta de Pokémon Ex que había visto en Amazon?

¿Qué cenamos esta noche? ¿Puedo ver el concierto de la MTV? Vamos, *pleaaase, mum*, no molas nada. Eres la mejor, te adoro.

Estoy tan lejos de ser la mejor... La mejor y yo estamos a años luz la una de la otra. Se mofa de mí desde su galaxia alejada. Su hijo está de pie junto a ella, sonrío. Está vivo. ¿El mío?

Vivo.
También.
Esperanza.
Esperar.
¿Cuánto?
No se sabe.

3

JUSTO DESPUÉS

Me autorizaron a abandonar el hospital el domingo por la tarde. El personal no había querido dejarme salir el sábado, necesitaban mantenerme en observación, de manera oficial. Pero creo que, sobre todo, temían que hiciese alguna tontería. No me conocen. Si hay algo que no soy, es una suicida. Tengo instinto de supervivencia hasta en los tuétanos. Incluso en los momentos más sombríos, hallo fuerzas para volver a levantarme. Eso era lo que me repetía una y otra vez desde el accidente de Louis. Él iba a necesitar que me pusiese en modo lucha. Y eso sabía hacerlo. Soy una guerrera. Una luchadora. «Eso está muy bien, señora, Louis va a necesitar su apoyo. El entorno contribuye considerablemente en la evolución de un coma. No garantiza nada, por supuesto, pero Louis es muy joven. A su edad hay más posibilidades de que se ponga bien. Los casos de evolución positiva a menudo son fruto de una atención médica puntera, de un paciente joven que no se rinde y de un entorno cariñoso que pelea junto a él». Salí, pues, el domingo, con el corazón lleno de esperanza pero el alma hecha pedazos. Por fuera, quería pelear con él, y las enfermeras me habían animado a ello. Sobre todo esa rubita adorable que me recordaba a Sophie Davant y a quien hubiese podido confesarle mis angustias más íntimas delante de las cámaras. Pero, en el fondo de mí, una vocecilla repugnante —ayudada por una noche de búsquedas sobre el coma, e Internet es particularmente destructivo en estos casos— me dejaba caer algún «para qué», algún «estadio 3 en un coma es estar jodido», algún «piensa en Michael Schumacher, hace ya años», algún «y si se despertase con un síndrome de enclaustramiento», algún «y si no se despertase nunca». En unos minutos pasaba, por tanto, de la desesperación más absoluta al optimismo más burdo, lo que hizo temer al personal hospitalario que mi salud mental se había visto afectada. Me hubiese apetecido decirles que no había de qué preocuparse, que yo solía ser así, que hoy solo había llegado al extremo, pero no estaba segura de que aquello los tranquilizase y tenía que salir de allí, si no, me iba a volver auténticamente majara.

Pude ir a ver a Louis. Pasar el día con Louis. Mi niño dormido. Contaba con verlo despertarse, darse la vuelta, gruñir que era demasiado pronto para un domingo. Lo hubiese dado todo por oír uno de esos gruñidos que normalmente me sacaban de mis casillas. Pero no pasó nada de eso. No pasó nada. La máquina hacía que respirase con regularidad, pero su torso era el único pedazo de su cuerpo que parecía activo. Le tuve cogida la mano una buena parte del día. Le masajé las palmas, los dedos. Los pies también, detenida, lentamente. Sentir su cuerpo tibio

me tranquilizaba. De su rostro, solo me permitían acariciar sus mejillas. Cerraba los ojos y veía cómo el hoyuelito que se le forma siempre que sonrío cobraba movimiento. Lloré, mucho. En sus manos, en las mías. Por lo visto es normal. Le canté algunas nanas. Le canturreé una docena de veces su preferida, la que me reclamaba todavía con doce años. La que me había inventado con mi propia letra. Sin lugar a dudas, la más carente de melodía, sin lugar a dudas la menos bonita de las nanas. Sin lugar a dudas, la más hermosa para él y para mí.

El sol se puso. Tuve miedo. Temía más que a nada llegar a nuestra casa, sola. Tener que hacerle frente a él sin él. Abrir la puerta, percibir el aroma mareante de ese perfume de adolescente con que se rociaba cada mañana, recoger la ropa sucia que habría tirado por el pasillo que lleva a la lavadora, como siempre. Comer. Dormir. No dormir. El día anterior me habían administrado somníferos y, agotamiento mediante, había logrado conciliar un sueño libre de sueños. Pero esta primera noche sin él sería diferente. La veía llegar y frené en seco, fingiendo no oír a las enfermeras que desde hacía algunos minutos empezaban a indicarme con delicadeza que pronto sería la hora de marcharse, que no podía quedarme. Y que existía el riesgo de que fuera para largo. Que sería necesario que me mantuviera fuerte, por él. Le di un largo beso, le murmuré cosas que solo él y yo debíamos saber, me erguí y salí de su habitación, abandonando a mi bebé y mi existencia de antes. Iba a tener que hacerle frente a la vida de después.

Decidí ir caminando hasta mi casa, con la idea de que respirar algo diferente al aire del circuito cerrado del hospital me sentaría bien. Después de un par de centenares de metros en el denso tráfico de un domingo por la noche en París, me puse a pensar en el conductor del camión que me había puesto la vida del revés. Me habían ido a ver unos agentes de policía, pero estaba en tal estado que los médicos los habían disuadido de hacerme preguntas. Igualmente tendrían que escuchar mi versión, habían respondido ellos. Habían regresado más tarde y mantuvimos una conversación de unos diez minutos. Tuve que describir lo que había percibido de la situación, es decir, no gran cosa. Sin embargo, deseaba que se hiciera justicia y empezaba a dirigir mi sed de venganza contra el conductor del camión. Los policías lo entendieron perfectamente, aplacaron mi vehemencia respecto a una posible cadena perpetua y me aseguraron que la investigación estaba en marcha, que numerosos testigos habían podido describir la escena con precisión, que la grabación de la cámara de vigilancia de la calle era aprovechable, y que, por supuesto, se haría justicia. Uno de ellos, a pesar de todo, me dejó caer que se trataba de un accidente, que debía saber que el conductor era una mujer, una madre de dos hijos de corta edad, que también estaba trastornada, todavía conmocionada, y que cabía la posibilidad de que las conclusiones de la investigación no fueran de mi agrado. Las declaraciones coincidían, parecía bastante claro que Louis había perdido el control de su monopatín, y que, con toda la mejor voluntad del mundo, hubiese sido extremadamente difícil evitar una colisión. La responsabilidad de la conductora sería, con probabilidad, muy limitada. En ese momento me puse a soltar exabruptos sobre la incompetencia de la policía, gritando que no podía haber pasado de esa manera, que mi hijo no había tenido la culpa de nada, que aquella zorra era un pedazo de manipuladora si había conseguido hacerles creer que no era responsable, que ellos mismos, policías de los cojones, eran unos capullos totales, y otros tacos que me resulta difícil transcribir *a posteriori*. Cuando me levanté con un puño rabioso hacia ellos, Sophie Davant y una colega auxiliar de enfermería entraron en la habitación y me contuvieron, luego me desplomé en los brazos de la presentadora de la tele en el suelo frío de linóleo verde, temblando a causa de mis frenéticos sollozos. Los

policías me comentaron tranquilamente que no tendrían en cuenta las últimas palabras y gestos, que, sin lugar a dudas, habían sido fruto de la situación por la que estaba pasando, me desearon mucho ánimo y salieron. No solo había perdido el futuro de mi hijo, también había perdido la dignidad. Me había enterado de que el conductor del camión era una mujer, madre ella también, y le había deseado lo peor aun cuando no sabía nada de su vida.

Negué con la cabeza mientras continuaba mi camino hacia las orillas del canal Saint-Martin. Quince minutos más aproximadamente y estaría en mi casa. En nuestra casa. Sola.

Después de un kilómetro, mis viejos instintos se reactivaron. Le eché una ojeada a mi reloj. Esfera todavía rota, 10 horas y 32 minutos. Nada nuevo por ese lado. Mandé a mi mano derecha a la búsqueda de mi teléfono móvil, en el que no había pensado desde la víspera, lo que no me había pasado desde..., lo que nunca me había pasado. Después de algunos movimientos de muñeca en mi bolso a rebosar, tomé conciencia de que mi *smartphone* no se encontraba allí y me acordé de haberlo soltado en el momento del accidente.

Me detuve en seco. JP. Estaba en medio de una llamada con JP. No había vuelto a contactar con él, no me había acordado ni una sola vez de él ni de nuestra maldita presentación al Gran Jefazo que debía tener lugar mañana. Iba a trabajar en la presentación el domingo y el domingo era hoy. JP debía de haber entrado en pánico al no haber tenido noticias mías. Pánico por lo que se refiere a la presentación, por supuesto. Pasa completamente de esta que habla. Me preguntaba lo que habría podido oír del accidente. ¿Había sido testigo auditivo de los acontecimientos, o bien el teléfono se había roto antes? Repasé mis sensaciones de aquel instante y tuve la certeza de que el teléfono se había roto de inmediato. JP no había oído nada. Eso me tranquilizó en un sentido, puesto que no tenía ningunas ganas de sentir las miradas de falsa conmiseración de los trabajadores de Hégémonie. Mi carrera sería mi tabla de salvación. Si perdía mi vida profesional, entonces ya no sería nada. Tenía que conservar, costase lo que costase, ese oasis de normalidad. Conservar a la Thelma directora de *marketing* de la división de champús técnicos. No dejar que la sepultaran bajo la Thelma madre de un hijo en coma.

A pesar de mis esfuerzos por pensar en JP y en mi despacho, las imágenes del accidente continuaron agolpándose, oí cómo resonaban mis propios gritos, sentí cómo me venía una serie de arcadas y no pude evitar vomitar, allí, en mitad de aquella calle. Tosí e hipé varias veces. Una mujer mayor con su perro se cambió de acera para esquivarme. La legendaria consideración parisiense.

Me senté en la escalera de entrada de un edificio para respirar, calmarme, distanciarme de aquellos ruidos y de aquella agitación. ¿Cuánto tiempo estuve así? Lo bastante como para que mis manos, orejas y mejillas dejaran de sentir la dentellada del frío.

Luego reaparecieron algunos pensamientos. Dibujé lentamente los contornos de nuevos objetivos vitales a corto plazo. No puedo avanzar si no tengo objetivos. No he vivido nunca sin ellos. Desde el accidente, todos mis objetivos habían quedado obsoletos. Así que elaboré una nueva lista extremadamente corta, pero contundente, en donde iban a cristalizar todos mis esfuerzos, toda mi energía en los días por venir. Después, ya se vería.

Objetivo número uno: sacar a Louis del coma.

Objetivo número dos: continuar mi vida profesional como antes.

Pude pegar ojo apenas una hora en el transcurso de esa noche tan temida, el resto del tiempo estuve trabajando en la presentación para el Gran Jefazo. Cuando me pongo con mi ordenador,

entro en estado de flujo: no importa nada a mi alrededor.

Era exactamente eso lo que me hacía falta. Aturdir, aletargar la mente con una buena dosis de trabajo duro para evitar pensar en Louis.

¡OH, CAPITÁN! ¡MI CAPITÁN!

—Joder, Thelma, qué demonios hacías que te he llamado cincuenta veces es supernada profesional podrías haberme llamado por los menos joder el nivel de estrés que me has provocado espero que hayas hecho todos los cambios en la presentación si no vamos a pasar un rato de pena y no seré yo quien te apoye cielito.

Coge aire. Por primera vez.

—Yo también te quiero, JP. Hola, de hecho.

—Me tomas el pelo. Ni siquiera te preocupa. Menos mal que te adoro y que haría lo que fuera por ti.

El tío dice siempre una cosa y su contraria con una frase de intervalo. Es como para volverse loca. Todos los jovencitos de la ofi salen de las reuniones con él completamente perdidos, sin saber qué hacer con sus órdenes antagónicas. Me he documentado sobre el tema y me atrevo a decir que JP es un perverso narcisista. De los que enredan a sus víctimas con sus peticiones alambicadas, los felicitan por un trabajo realizado mientras les aclaran hasta qué punto son unas absolutas mierdas.

—Toma, aquí tienes la versión definitiva de la presentación —le dije tendiéndole un USB.

—No he pegado ojo en toda la noche por tu culpa. Se te paga más que bastante como para que te tomes el fin de semana cuando viene el Jefazo el lunes. ¿Está claro?

—Como el agua, JP. Prometido que ya no lo volveré a hacer.

Coqueteos, miraditas, estrategia de la muchachita arrepentida y arrogante a la vez: nada más eficaz con un perverso que jugar a su propio juego y enredarlo con comportamientos en contradicción total con lo expresado en lo dicho.

JP le echó un vistazo a la presentación y me miró con una gran sonrisa. Había hecho un buen trabajo, lo sabía. No podía ponerme ninguna pega.

—Así se hace, guapa. Eres un grano en el culo, pero lo mueves bien. Cuando digo «mueves bien el culo» hablo de tus capacidades, por supuesto; entre nosotros, has superado la fecha de caducidad para mí, jaja. Estoy de broma, ya sabes tú que me molas, eres la *MILF* más guapa que conozco. Bueno, se acabó la diversión, nos esperan, bájate los pantalones, que nos van a dar una buena, jaja.

No te preocupes, JP, no te odio, pero, desde hace dos años, grabo con regularidad en mi

iPhone todas las amables frases que tú y tus congéneres pronunciáis sobre mí o sobre otras mujeres. No he nacido ayer.

Luego JP y yo cogimos el ascensor en dirección al octavo piso. Cada persona con la que nos cruzamos nos obsequió con un «buena suerte» de circunstancias. El Gran Jefazo es el terror en la empresa, y una leyenda fuera. «Una mano de hierro en un guante de hierro», dicen sus colegas CEO del CAC 40,^[1] un «pedazo de cabrón», dicen los empleados polacos de Hégémonie, cuyas fábricas se cerraron recientemente; un pez gordo completamente desconocido para el gran público, pero un semidiós del mundo financiero, al que conviene venerar, y, sobre todo, no contradecir. Bajo pena de sufrir las iras de este dictador de los tiempos modernos.

Yo personalmente nunca le he tenido miedo, seguro que es una reminiscencia de la educación que me dio mi madre. Siempre me decía que, si alguien me impresionaba, debía imaginarlo en una situación grotesca para desacralizarlo. «Sea quien sea, sea cual sea su arrogancia o su poder, imaginarlo en un retrete debería devolverlo a su justo lugar en tu mente, hija: es un hombre como cualquier otro, con las mismas necesidades vitales, pero también los mismos derechos y los mismos deberes que los demás, no hay que olvidarlo nunca». Diez minutos más tarde nos adentramos en la sala de reuniones. Una treintena de personas están allí sentadas, poniendo cara de entierro. Después de todo, es muy normal, hablamos de cosméticos, es un asunto de lo más grave. En esta clase de reuniones hay un montón de figurantes que fingen escuchar, pero que responden sus *mails* o hacen sus compras por Internet en su portátil. Nunca intervienen, pero siempre están de acuerdo con el Jefazo, asintiendo con mirada de inspiración a cada una de sus intervenciones. Cuando el orador es una mujer, resulta de buen gusto que se haya puesto una falda corta, tacones, y que se haya maquillado utilizando todo el material de la casa: rímel Un Millón de Pestañas, barra de labios Rojísimo, sombra de ojos *Vintage Chic*, esmalte de uñas fucsia edición limitada New York Fun. Como mínimo.

Al Gran Jefazo le gusta hacer bromas sobre las consumidoras, a las que llama «nuestras marujitas» con aire condescendiente, sobre las modelos de los anuncios de Hégémonie, a las que disfruta comparando con aves de corral y a las que nos pide que echemos en cuanto les asomen los primeros indicios de la edad, sobre los empleados de las fábricas que no hacen ni una mierda, sobre los que cobran el salario mínimo y deberían estar contentos de tener un empleo y a los que podríamos reemplazar por chinos, que viven perfectamente con un euro al día, sobre las directoras de *marketing* que sueltan palabras en inglés para que entren mejor las vacuidades de sus propuestas. El Gran Jefe es un cómico. Por otra parte, la sala se ríe; señal de que no se equivoca.

Comienzo mi presentación y enseguida me doy cuenta de que el Gran Jefazo no me escucha. Escribe en su iPhone con una sonrisa lasciva. Me imagino muy bien la clase de contenido que está viendo. Decido parar. Esta jodida presentación en la que he currado toda la noche está concebida para Papá Pitufo y solo para él. Si no escucha, no tiene ningún interés continuar. Carraspeos en la junta, miradas que se alzan hacia mí, preguntándose a qué estoy jugando, dado que la norma dicta que, sea cual sea la actitud del soberano, el espectáculo debe continuar. *The show must go on, darling*.

Como mi silencio se vuelve ensordecedor, el CEO alza los ojos en mi dirección y me escudriña unos segundos. Desconcertado, se yergue y deja su *smartphone* encima de la mesa.

—Y bien, mi pequeña Thelma, ¿qué pasa?

—Esta presentación se ha concebido para usted y no está escuchando. Así pues, me he interrumpido para dejarle tiempo a que solucione los asuntos urgentes.

—Tiene al comité ejecutivo delante de usted, así como a una veintena de los cargos más importantes de esta empresa, esta presentación no es solamente para mí, y no me gusta su tono. Prosiga.

Titubeo. Me miro los pies. He de permanecer impasible. Aceptar sin rechistar. Pero no.

—¿Quién de estos señores podría resumir el comienzo de mi presentación?

Renovado interés en los asistentes. Sonrisas socarronas. Miradas atemorizadas.

—¿A qué está jugando, mi pequeña Thelma?

—No soy su pequeña Thelma. Muy bien, retomémoslo.

Retomo mi presentación en el punto en que la he dejado, pero percibo con claridad que el Gran Jefazo está rumiando algo. Me interrumpe en mitad de una frase.

—No, no vamos a retomarla. Su presentación no está lista, es muy *amateur*. Vuelva a verme cuando lo haya trabajado mínimamente. Creía saber la clase de mujer que era usted, mi pequeña Thelma, y eso me gustaba mucho. ¿Tiene usted hijos, mi pequeña Thelma?

Una visión. Fuera de lugar, inesperada en este contexto profesional. Louis. El camión. El hospital. Ahuyentar las imágenes, rápido.

—Tengo un hijo, señor presidente, pero no veo la relación. ¿Qué clase de mujer soy, según usted? Y, a riesgo de repetirme, no soy su pequeña Thelma.

—Es de la clase que antepone su carrera a todo, de la clase que está dispuesta a todo por triunfar, no sé si sabe a qué me refiero. Y eso está muy bien, nadie aquí se queja de ello.

Sonrisa lasciva, una vez más. Risitas en la junta. Me veo caminando a orillas del canal Saint-Martin. Son las 10 horas y 31 minutos. Louis trata de hablar conmigo. Yo estoy hablando por teléfono. Antepongo mi carrera a todo. El Gran Jefazo tiene razón. Siento que me viene una arcada. Al mismo tiempo que las lágrimas. El Gran Jefazo continúa.

—Me horrorizan esas buenas mujeres que no hacen nada durante el día, salvo si compran mis productos, por supuesto. Pensaba que era usted diferente, que se consagraba en cuerpo y alma a esta empresa. Me equivoqué con usted. Tal vez hubiese debido pasar un poco menos de tiempo mimando a su niño y un poco más de tiempo preparando esta presentación. Esta reunión ha terminado, mi pequeña Thelma.

Se levanta. Sentí que estaba a punto de estallar en mí una cólera sorda.

Mimando. Vuelvo a verme en la cabecera de la cama de Louis la víspera. Mimando a mi adolescente destrozado. Intentando mal que bien serle útil. Tratando de esconder mi angustia, luego abandonando una coraza inútil. Vuelvo a verme con Louis cuando empezó el colegio. Mimando a mi niño. Deslizándole su chocolatina preferida en la mochila, con el dibujito de un corazón rojo para tranquilizarlo, decirle que estoy ahí a su lado, siempre. Vuelvo a verme con Louis en brazos, en la maternidad. Mimar a mi bebé. Sola. Sintíéndome una mala madre, ya que no logro alimentarlo correctamente. A pesar de que me duelen los pechos, no lo consigo. Louis pierde peso, me aconsejan el biberón, pero persevero. No renuncio. Dos días más tarde, Louis se pone a mamar y yo me echo a llorar. Mimando, en fin.

Este cabrón no sabe lo que dice. Me dirijo hacia él y hago lo que debería haber hecho hace mucho tiempo. Lo que todas las mujeres de esta sociedad hubiesen debido hacer hace mucho

tiempo. Me planto delante del dictador, bloqueándole el paso. Y lo abofeteo con todas mis fuerzas.

Una Bofetada con una gran B.

La bofetada suprema.

La superbofetada.

La bofetada de las bofetadas.

Voy a pagarla muy cara. Voy a hacer que me despidan, lo sé. Pero ¡qué guay! Joder, qué guay esa bofetada. El gilipollas en jefe se me queda mirando, alelado. Se lleva la mano a la mejilla, luego me sonrío y suelta a voces:

—¡Quítenme a esto de delante inmediatamente!

Respondo sin más:

—Con mucho gusto, señor CEO.

Salgo de la sala en un estado que nunca he experimentado. Pienso que romperé en sollozos. En lugar de ello, me echo a reír.

5 QUE MI CORAZÓN SE PARE

Había fracasado. Mi objetivo número dos se había ido a la porra. Una cosa era, desde ese momento, cierta: no seguiría con mi carrera como hasta ahora. Pensaba que me iba a sentir extremadamente mal, pero desde el día siguiente mis hombros parecían más ligeros y pude pasar días enteros junto a la cabecera de Louis. Le conté mis aventuras, la manera en que había puesto en su sitio a ese viejo cerdo del presidente, suavicé las formas, representé la escena con sus gestos, provocando la hilaridad de las enfermeras presentes, sobre todo de Sophie Davant, que me dejó caer a modo de confidencia que quedaba mucho por hacer allí, que también había patanes recorriendo los pasillos del hospital y que conocer mi historia les devolvía la esperanza a todas esas mujeres humilladas a diario al antojo de los excesos de testosterona. Me entraron ganas de contarle la anécdota a mi madre, y por primera vez desde hacía años pensé que hubiese estado orgullosa de mí. Pero borré aquella idea de mi mente, no tenía ningunas ganas de verla irrumpir en mi vida, era *persona non grata*. Le había dado permiso para visitar a Louis, pero la había evitado cuidadosamente. Había decidido que tendríamos una custodia compartida.

Louis seguía tremendamente inmóvil. Yo quería dar la impresión de que no me desanimaba, e intentaba alegrar sus días en la medida de lo posible. Los médicos habían sido claros: había muy pocas probabilidades de que percibiese cosa alguna, pero había una posibilidad ínfima, así que me aferraba a ella y quería mostrarle que su madre luchaba, que su madre no se había hundido.

Cuando regresaba a mi casa por la noche, dispuesta a liberarme de la presión del día, entraba en una fase de desánimo puro y duro y me permitía llorar, con una copa de vino tinto en la mano, luego otra, luego toda la botella. Después me sentía mejor. Flotaba y podía dejarme llevar y soñar despierta. En mi sueño recurrente, Louis frenaba a tiempo al borde de esa maldita acera, se volvía y se echaba a reír haciendo un gesto de surfista que significaba «todo bajo control, mamá». Nos reíamos juntos y nos marchábamos cogidos del brazo hacia la estación del Este. Por la mañana, en la vida real, me despertaba con resaca, me embuchaba un gramo de paracetamol con el café, ignoraba los mensajes telefónicos y los correos electrónicos de mi madre y volvía a irme para el hospital.

Tres días después de la bofetada intergaláctica, con mi carta de despido por falta grave en la

mano, me dirigí al despacho de un abogado y le describí la situación. Puso una mueca que me decía que lo llevaba crudo... hasta que le desvelé los ases que me había guardado celosamente en la manga: quince años de buenos y leales servicios en Hégémonie, informes sobre mí siempre ditirámicos, docenas de grabaciones de audio ilegales que ilustraban el sexismo habitual en el seno de la empresa, e, inesperadamente, el *mail* espontáneo de una de las pocas mujeres presentes en la fatal reunión en el cual se mostraba dispuesta a declarar en mi favor, de manera anónima.

A mi abogado se le iluminó el rostro. Era un buen trabajo, mi caso era sólido, un grupo como Hégémonie —cuyo negocio se basa por entero en la confianza que le conceden las mujeres de todo el mundo— nunca correría el riesgo de un escándalo sexista que podría valerle un boicot, decenas de millones de euros en pérdidas y una crisis mediática sin precedentes. Había que entablar enseguida conversaciones económicas que me proporcionasen un colchón para bastantes años. Según él, podría obtener con relativa facilidad entre quinientos y seiscientos mil euros, pero podíamos apuntar mucho más alto si le metíamos mucho miedo al mandamás.

De tal manera que los abogados de Hégémonie recibieron la grabación de una de las bromas preferidas del comandante en jefe. Micro abierto; comienza la escena. Los equipos de *marketing* presentan un nuevo anuncio en el que aparece Jennifer Preston-Conwell, la actriz de los tres premios Óscar, seguida por casi treinta millones de fans en las redes sociales. El Gran Jefazo corta al orador sin ningún miramiento.

—Su Jennifer está envejeciendo mal. Nos cuesta una fortuna en retoques de Photoshop. Si quiere que le dé mi opinión, le vendría muy bien una pequeña liposucción.

Pausa. Incomodidad palpable. El Gran Jefazo se echa a reír.

—¿Y cómo puede tener unas tetas tan pequeñas con el culo tan gordo? Hínchele el pecho y ráspele el trasero. Por esta vez valdrá. Pero, para la siguiente, cambie de musa, pequeño. Si no, las ventas de nuestros productos para el cuerpo se hundirán, y usted con ellas.

El premio gordo dejó exultante a mi abogado, con los ojos brillando de lágrimas venales.

El equipo médico decidió suspender el tratamiento de Louis el noveno día. Las infecciones estaban controladas; los hematomas se reabsorbían. Yo quería creer que Louis avanzaba en la buena dirección, pero los médicos seguían diciendo que había que evaluar su estado de consciencia real ahora que el coma no se mantenía de manera artificial. Ahora era cuando íbamos a saber si Louis mostraba signos de despertarse. ¿Cuánto tiempo sería necesario para saberlo? En los próximos dos días tendríamos una idea precisa de la situación. Paciencia. Animo.

Sobreviví a aquellos dos días de espera insoportable, pero me ponía a llorar todo el tiempo, en todas partes. Todo me recordaba a Louis. A su ausencia. Al vacío. La panadera me decía «Buenos días» y yo rompía a llorar al ver los *macarons* que solía regalarle a mi hijo. Encendía la radio y no podía soportar todas aquellas canciones de moda que me devolvían como un eco el silencio doloroso de mi apartamento vacío. Caminaba por la calle y a punto estaba de desmayarme cada vez que me cruzaba con un monopatín. Tenía que sentarme en un banco para recobrar el aliento en cuanto veía un camión. Mi vida era una sucesión de pruebas que no superaba jamás.

Mi dolor de cabeza se hacía más lancinante cada día. De una botella de vino, había aumentado la dosis a dos. El personal del hospital no se dejó engañar. Enviaron en la persona de

Sophie Davant a su emisario más brillante. Sabían que era mi preferida, mi fibra sensible. Habló conmigo tan dulcemente como le fue posible, animándome a reaccionar, dándome las señas de un psiquiatra al que necesitaba ver rápidamente, tenía un problema, era bastante clásico en casos como el mío y no será demasiado tarde, prométame que lo telefonaré. Sí, prometido, Sophie.

No telefoneé. Me sumí en el mutismo. Estaba como desecada. Mi abogado me anunció que Hégémonie había subido su oferta, que estábamos cerca del millón de euros. Estaba entusiasmado al teléfono, pero la noticia no me procuró ningún placer. Era una información como otra cualquiera.

Aquellos dos días me habían permitido abrir los ojos sobre la terrible realidad de mi existencia. Fuera de mi trabajo y de mi hijo, no tenía nada. No era nada. Mi vida sentimental tenía tan poca enjundia como un papel de fumar, no había mantenido relación sexual alguna desde hacía diez largos meses.

Y, sin embargo, antes no estaba mal. Por encima de la media. Delgada, un metro sesenta y ocho, un rostro intenso cruzado por unos ojos de color avellana rematados por unas cejas densas, sensuales, definidas, que siempre me había negado a aligerar y que agrandaban mi mirada. Un cabello castaño llamativo: ese es el adjetivo que mi peluquera utilizaba para consolarme por aquella masa que me costaba domeñar y que me recogía a menudo con un lápiz. Me gustaba aquel gesto, aquel eco de la adolescencia: levantar la espesura castaña, arremolinarla, liberar la epidermis de mi nuca y dejarla sentir, vibrar, cautivar a veces.

Me había creado un perfil en varias páginas de citas, había regalado a los ojos de todo el mundo mi cuello, mis cejas, mi moño desordenado. Había marcado la casilla que indicaba que buscaba citas sin compromiso. Me habían inundado de proposiciones. Hombres casados, en su mayoría. Eso terminó de convencerme acerca de la mediocridad del género masculino.

La única relación de verdad que había mantenido en mi vida había sido con el padre biológico de Louis. Una relación apasionada que duró cerca de dos años. Pero una relación imposible. Él nunca supo que era padre. Nunca traté de saber qué había sido de él. Louis me interrogó en numerosas ocasiones sobre sus orígenes, mi madre me interrogó en numerosas ocasiones sobre el padre de Louis. Ella presentó pistas contundentes, pero yo siempre me negué a hablar más sobre ello. Preferí una relación simple y exclusiva madre-hijo antes que un triángulo insufrible. Elegí la opción familia descompuesta antes que recompuesta.

La noche del undécimo día me convocó en la sala de espera para familiares el jefe de servicio. Alexandre Beaugrand, el bien llamado así^[2]. El furor del hospital. El mechón versallesco bien peinado, la sonrisa para morir. En otro contexto, hubiese apreciado una reunión a solas con él. Pero tenía la expresión grave. Y estábamos en una sala con una decoración más que colorida, para ser sincera. Tuve miedo. Me senté, muda, con la mirada baja, los brazos cruzados, los dientes apretados sobre los labios, las manos retorcidas. Todo en mí estaba cerrado.

Entonces el médico me lo explicó. Lentamente. Eligiendo las palabras. Mi mundo terminó de desmoronarse. Louis no mostraba signos de despertarse. El equipo médico estaba muy preocupado. Ya no estoy segura de los términos empleados. Louis estaba en lo que comúnmente se conoce como estado vegetativo. ¿Qué significa exactamente eso? Que respiraba, que ciertos reflejos funcionaban, que los electroencefalogramas mostraban indicios de encefalopatía. Joder,

hable claro, ¡mierda! Empecé a perder la calma. Él la conservaba, debía de estar acostumbrado a los padres a punto de romperse. Lo que quería decir era que la línea no era plana, así que no se podía declarar la muerte encefálica, sino que se observaba una especie de ruido de fondo anárquico, eso significaba que las neuronas de Louis tenían una actividad completamente ilógica. El pronóstico vital seguía siendo arriesgado. Íbamos a tener que esperar todavía.

Fue en ese momento cuando grité, creo. ¿O bien fue en el momento en que él pronunció la palabra en la que yo me prohibía pensar desde hacía once días?

Muerto.

Louis podía morir. Le pregunté cuánto tiempo habría que esperar todavía para saberlo. No quiso contestarme. Le hice la misma pregunta una segunda, luego una tercera vez, levantando la voz progresivamente. Respiraba de manera errática, lloraba, me pasaba las manos por la cara, por el pelo, repitiendo sin parar que no era posible. Me estaba volviendo loca. Alexandre Beaugrand reforzaba sus intervenciones con «lo lamento, señora, no puedo contestarle a eso». Le exigí que me contestase, no podía dejarme así, debía de tener una idea del tiempo necesario para saberlo. Habría que ver en el día a día cómo evolucionaban su cuerpo y, sobre todo, su cerebro. Cada vez que pasase algo nuevo, ese algo permitiría reevaluar su situación. Sí, pero ¿y si no pasa nada? Si no pasa nada, ¿en cuánto tiempo considera usted que está jodido?

Coño, ¡contésteme! Contésteme, se lo suplico, necesito saberlo. Necesito saberlo.

Lo supe. Me senté. Con el corazón deshecho. Alexandre Beaugrand me puso la mano en el hombro. Ya no pude llorar. Un mes. En un mes, si el estado de Louis permanecía idéntico, los médicos se plantearían si continuar con el tratamiento o dejar de mantener artificialmente la vida de mi hijo. Si en un mes estimaban que ya no había esperanza de recuperación neurológica, decidirían no infligir un sufrimiento adicional, no ensañarse de manera irrazonable, indigna. Entonces detendrían las máquinas. Un mes. Un largo mes. Un cortísimo mes. Pero no habíamos llegado a eso. Animo. Paciencia. Le di las gracias, me preguntó una última vez si estaría bien, le contesté que sí, que por supuesto.

Salí del hospital en estado de trance. Oí con claridad un silbido reconocible entre mil. Un silbido de vaquero del Oeste, un silbido seco de pastor que llama a su rebaño, un silbido que siempre he detestado. Me di la vuelta y la vi, de pie, con los puños en jarras, la mirada dura. Mi madre. No necesitaba aquello. No esa noche. Menos aún esa noche.

Fingí no verla y aceleré el paso. Me silbó casi diez veces más, como si yo fuese un mero chuchó. Paré un taxi y subí a un automóvil con cristales tintados. La vi correr hacia mí agitando los brazos de forma exagerada (mi madre apenas tiene sesenta años y es un torbellino). No sabía adónde ir, pero no quería volver a mi casa. Le indiqué al taxista la dirección de un restaurante. Sin pensarlo dos veces, acababa de decidir que celebraría el último mes de mi hijo en el local de un chef prestigioso. Pasaría por encima de aquella velada en el transcurso de la cual, por primera vez en mi vida, recibí una negativa por parte de un camarero. Cuando le pedí una tercera botella de vino carísimo, me solicitó con educación que pagase la cuenta y me fuese. Me lo tomé extremadamente mal. Mis recuerdos son bastante borrosos, pero me parece que tuvieron que sacarme del restaurante, y que cené de gorra: mejor desembarazarse de aquella borrachuza sin intentar hacerle pagar antes que provocar un escándalo en aquel entorno tranquilo.

Me costó encontrar un taxi para la vuelta. Se detuvieron varios, pero se negaron a llevarme al constatar mi estado. Un galán que respondía al dulce nombre de Mamadou me condujo a mi casa; me depositó delante de la entrada de mi edificio.

—¿Está segura de que va todo bien, señora?

—Por supuesto que va todo bien, señor agente de taxi.

El coche se marchó, y yo me desplomé en el pequeño vestíbulo entre el teclado de acceso y el telefonillo.

6
DÍA 30
RESISTE

Me desperté en mi cama. Me iba a estallar la cabeza y tenía unas ganas de vomitar proporcionales a la vergüenza de no saber dónde meterme, que iba aumentando conforme me venían poco a poco a la cabeza los sucesos de la víspera. Me sentía profundamente abochornada. Esperaba no haberme cruzado con ningún vecino, y me acordé enseguida de que no tenía ni pajolera idea de cómo había subido hasta mi casa. Mi aventura —que yo supiese, pero todo estaba borroso, debía reconocerlo— se había acabado en la entrada de mi edificio. Me levanté despacio. Me empezó a dar vueltas la cabeza. Logré dar algunos pasos, salir de mi habitación y llegar hasta el salón.

Silbido, respingo, giro. Mamá. Con un delantal de cocinera a la cintura, un mango de aspirador en la mano derecha, el puño izquierdo en la cadera: su marca de fábrica y la señal de su impaciencia.

—En menudo estado te encuentras, hija mía, estás horrible.

—Buenos días, mamá. ¿Qué haces aquí?

—Pasármelo bomba, como ves. Estoy ordenando una pizca esta pocilga. Me imaginaba que te habrías dejado pero, por lo que veo, esto ha superado todas mis expectativas. Estaba a puntito de llamar a las dos chavalas de la tele que vienen a limpiar en los casos desesperados.

Le eché una ojeada a la habitación; tenía razón. No podía pronunciar ese «tienes razón» que me hubiese quemado la boca, conque no dije nada y me repantingué en mi sofá, cogí una manta y me envolví con ella.

—Ah, y, por cierto, no busques tu vinacho: lo he tirado todo.

—¿Que has hecho qué?

—Lo he tirado todo.

—Joder, mamá, no es un vinacho; acabas de tirar a la basura varios cientos de euros.

—Vigila esa lengua, cariño. El precio da igual; mírate: no puedes seguir así. Me pongo otra vez al mando.

—No, no retomas el mando, me vas a dejar tranquila. Si quiero beberme una botellita de vez en cuando, es mi problema. Y tampoco eres mi asistente. Por favor, mamá, vete.

—Ni lo sueñes. Me quedo.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Tengo carita de estar bromeando? ¿Sabes lo que hubiese podido pasarte ayer? Estabas tan borracha que cualquiera hubiera podido abusar de ti. Cuando te dejó ese taxista y te desmayaste, tenías las llaves encima; si algún tarado hubiese pasado por ahí. Dios sabe qué hubiese podido hacerte. Estuve esperándote toda la noche en las escaleras del edificio. Como una pordiosera. Por suerte, tus vecinos me reconocieron y no me echaron a la calle. Te vi desplomarte en la entrada y me dolió. Me dolió verte así, Thelma. Llevo varios días detrás de ti. Sufro por ti, veo cómo te consumes, beberte litros y litros de vino mientras adelgazas a pasos agigantados. Sé que te pasas el día en el hospital. Al principio me dije que era genial lo que hacías por tu hijo. Pero ahora estás hecha un pingajo, lo ve todo el mundo. Que te mueras a fuego lento no nos va a servir de ayuda. Si te dejas, ¿cómo quieres que Louis sea fuerte y luche?

—Joder, mamá, ¿no entiendes que no se va a despertar nunca! ¿Contra qué quieres que luche? Sé luchar si hay un enemigo. ¡Pero en esto no hay! Han suspendido el tratamiento y no ha pasado nada, ¡joder! ¡Nada! ¿Sabes lo que significa eso? Significa que, si sigue sin pasar nada en su cerebro en el plazo de un mes, suspenderán todo. Lo desenchufarán. Se habrá acabado. Ya no quedará nada. Estoy metida hasta el cuello en la nada. Mírame, ¿qué es lo que ves? Una pobre chica a la que ya no le queda nada. Que ya no es nada.

Mamá se acercó. Se sentó en el sofá junto a mí. Me puso la mano en el hombro. Era el primer contacto físico entre ella y yo desde hacía alrededor de diez años, creo. Reculé para alejarme, pero dejé su mano ahí.

—Eso no es verdad. Te equivocas. Eres mucho más de lo que piensas. Pero ya no lo ves. Debes salir de esta espiral negativa en la que has caído. Yo estoy aquí. Louis está ahí y los médicos no mienten. Si siguen cuidando a nuestro hombrecito, es porque conservan la esperanza. Eres fuerte, Thelma. Hace mucho tiempo que no te lo digo, pero estoy orgullosa de ti. Estoy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

—Qué chorrada.

—Deja de pensar por mí, ¡caramba! No estás dentro de mi cabeza, así que déjame que hable y que piense lo que quiera. Hasta nueva orden, me instalo en tu casa.

Me incorporé; me había retorcido el dedo en la llaga.

—De ninguna de las maneras.

—No te estoy pidiendo tu opinión. Me he hecho una copia de tu manojito de llaves mientras dormías.

No tuve fuerzas para pelear. No en ese momento. Lo dejé pasar y volví a acostarme en el sofá. Mi madre se levantó y me adormilé, arrullada por el ronroneo del aspirador. Yo también tenía trece años. Y menudo dolor de cabeza...

Aquel día, por primera vez desde el accidente, no fui a ver a Louis. Me pasé durmiendo todo el día. Cuando me desperté, mi madre estaba atareada en la cocina y de esta emanaba un olor familiar. Un olor del sur.

Mamá es oriunda del sudeste de Francia, y, aunque vivíamos en París, íbamos a menudo de vacaciones a la costa de Var, a casa de mi tía Odile, que murió hace ya cinco años. Odette y Odile, un desastre de la imaginación paterna en cuanto a los nombres, aunque esas dos eran toda una

pareja de hermanas. Gemelas. Adoraba a mi tía Odile, quien siempre nos preparaba una comida riquísima. Las noches del 14 de Julio nos dejaban comer nuestra sopa al pesto, luego bajábamos desde el casco antiguo de Hyères hacia el centro y asistíamos a los fuegos artificiales, con el paladar colmado de sabores. Creo que, por aquel entonces, era feliz. Comprendí en el acto adónde quería ir a parar mi madre esa noche. Reconocería el olor de la sopa al pesto entre un millón. Es un plato veraniego; era 19 de enero. Qué se le iba a hacer, me moría de hambre.

Enseguida me percaté de lo limpio que estaba el apartamento. Como mi madre nunca había sido una mujer de su casa, sospeché que habría llamado a Françoise, la señora a la que pago para que limpie la mía, pero no dije nada. Me senté junto a la encimera de la cocina. Dos platos, dos vasos. Me disponía a cenar a solas con mi madre. Un horror inconcebible unos días antes. Una incongruencia más en esta vida definitivamente puesta patas arriba. Mi madre me sonrió, me preguntó si había dormido bien y el tono de su pregunta, asociado al olor embriagador de la albahaca, me proyectó treinta años atrás. Una magdalena de Proust instantánea. Me volví a ver en la cocina de nuestro piso de la Butte-aux-Cailles^[3], un chocolate humeante sobre la mesa, la sonrisa de mi madre y aquella pregunta ritual: «¿Ha dormido bien mi dulce gatita?». Mi madre siempre me llamaba su dulce gatita. No había pronunciado esas palabras desde tiempo inmemorial.

Aquel era un día de grandes novedades. Un día de resurrección, tal vez.

Bajé la guardia, y sencillamente le respondí: «Sí, mamá, gracias».

ÚLTIMA HORA

Bueno, pues lo siento porque le he inducido completamente a error. Creo que estoy vivo. Malherido, pero vivo. Si estuviésemos en BFM TV, una banda roja mostraría: «Última hora: está vivo». Hay que decir que no era fácil darse cuenta de ello. A mí me hizo falta tiempo. ¿Cómo que usted estaba al tanto de que estaba vivo? Si lo sabía antes que yo, es un asco.

¿Y ahora se pregunta por qué le dije que estaba muerto? Para empezar, ha leído mal. Nunca he dicho que estuviese seguro de estar muerto. Tomé mis precauciones oratorias, como se dice cuando uno se las da hablando como en un libro de mitología griega. Siempre dije «creo». Y era verdad. Sinceramente, no sé dónde estaba durante todo ese tiempo. Ya se lo dije: vi los faros del camión, luego una especie de agujero negro y me di cuenta de que luego ya no estaba en la vida real. Sin embargo, seguía pensando, reflexionando. Como en un largo sueño, pero sin todas las movidas raras de los sueños. Nada de imágenes de mí volando por los aires como si nadara a espaldas, nada de fantasmas de tres cabezas que me persiguen por el castillo de la bella durmiente, ninguna relación sexual con Jennifer Preston-Conwell, nada, niet, nothing, solo pensamientos normales, corrientes.

Me pregunta de manera legítima cómo sé ahora que no estoy muerto. Me gustaría responderle que vi un túnel, una luz blanca, que Dios me llamó con él, que era hermoso, que era grande, que tenía un aroma a nube cálida, que me dijo «no ha llegado tu hora, mi pequeño Louis, regresa a la Tierra y vuelve dentro de cien años». Pero, en realidad, no fue en absoluto así como pasó. En realidad, yo estaba en mi mundo-del-sueño-que-no-era-tal, ya no sentía mi cuerpo, ya no era más que un espíritu, un pensamiento. No, no estoy loco, se lo aseguro, bueno, eso creo, pero ahora ya sabe que no hay que fiarse de mis «creo».

Así que estaba en aquel mundo aparte, y, de pronto, empecé a sentir mi cuerpo de nuevo. Mis dedos se volvieron reales, percibí una picazón muy desagradable. Ya sabe, como cuando ha dormido mucho rato por la noche encima de su propio brazo y tiene la impresión de tener un madero muerto colgando del cuerpo, la mano ya no le responde y solo cabe esperar el «hormiguelo», el regreso de la sangre al miembro dormido. A veces eso hace un poco de cosquillas, a veces hace tanto daño que uno tiene la sensación de que va a perder el brazo. Pues bien, comencé a tener esa sensación permanente de dedos muriéndose del escozor avivado por millones de hormigas. Luego apareció el mismo dolor en diferentes lugares de mi cuerpo, y comprendí que era necesario tomarse mi dolor con paciencia. Poco a poco me fui acostumbrando. ¿O bien disminuyó su intensidad? No estoy seguro. De lo que estaba seguro era de que mi cuerpo se había despertado pero que no se movía. Por mucho que me concentrase con todas mis fuerzas, por mucho que le ordenase a mi párpado que se abriese, a mi mano que se moviese, a mi lengua que se menease, no

pasaba nada. Era como para volverse loco. Me puse a llorar. A chillar. Por dentro, claro. Estaba en una prisión y estaba solo. Después de numerosas horas (¿días?) de lucha, volví a dormirme, creo. Luego me desperté, creo. Luego me dormí, creo. Le ahorro los detalles, pero me da que aquel tiouvivo duró bastante tiempo.

Luego se produjo algo inusual. Oí hablar a alguien. Al principio fue un sonido impreciso, lejano. Me pregunté seriamente si estaba llegando a un más allá en el que ni mamá ni yo habíamos creído nunca. Luego me dije que era raro recibir a los recién llegados con un «¿Has hecho la habitación 405 esta mañana, Brigitte?».

Oh my God. Oh my God. Oh my God. Oh my God. Así es como la gente reacciona cuando pasa una cosa de locos en una serie norteamericana. En lenguaje SMS se dice OMG. Así que OMG, creo que oigo algo a mi alrededor.

¿Qué conclusiones se pueden extraer de esas palabras?

Conclusión número uno: estoy en la habitación 405, o no lejos de esa habitación 405.

Conclusión número dos: hay dos personas cerca, una de las cuales es una tal Brigitte. No conozco a Brigitte alguna aparte del grupo de chicas que canta Y ahora pelead^[4]. ¿Es una señal para decirme que resista? Sí que es complicada como señal. ¿Voy a asistir acaso a un concierto privado? Lo dudo mucho.

Conclusión número tres: como Brigitte ha respondido de lejos que no, que ella no había hecho todavía la 405 pero que no corría ninguna prisa y que no estaba sucia, he deducido que se trataba de hacer la limpieza de la habitación 405.

He decidido esperar un poco. Bueno, es una forma de hablar, dado que no podía hacer otra cosa. Entretanto, escudriñaba el más mínimo ruido. Era como Alí Babá entrando en la cueva de los ladrones, como Harry Potter descubriendo sus poderes mágicos, como Cenicienta deslumbrada ante su carroza, como... Vale, ha captado la idea. Cada ruido era un tesoro; estaba como un flan, aunque comprendo perfectamente que no lo parecía en absoluto. Desde fuera, debía de tener la cara de póker definitiva, el célebre rostro impenetrable, impenetrable, de los faroleros profesionales. Por lo que se ve, no estaba muy expresivo; era lo menos que se podía decir. Análisis rápido de ruidos circundantes: bips regulares, una respiración (la mía, tal vez), un confuso guirigay de voces y de cubiertos, como un comedor lejano, la compañera de Brigitte que canturrea una cancioncilla que no reconozco, se detiene y suelta un «Buenos días, doctor». Estoy en el hospital. ¿También sabía usted eso? Mierda, sí sabe más cosas, dígamelo, porque esto empieza a ser engorroso. Al menos estoy seguro de que no sabía que no había empezado a oír de nuevo, pues yo mismo acabo de descubrirlo.

Han entrado varias personas en la habitación en la que me encuentro, y el nivel de ruido ha aumentado un punto. Una voz masculina, dos voces femeninas. Novedades. Confieso que no he captado todo, pero he comprendido un montón de cosas a pesar de ello, y no solo buenas. Hablaban de mí, han dicho mi nombre varias veces. He comprendido que mi estado era estable. Ni mejor ni menos bueno. Nada especial que decir. ¿Estable en cuanto a qué? Es entonces cuando he oído la palabra. Coma. Me ha causado mucha impresión. Coma quiere decir que estoy muy mal. Cuando en una película se anuncia que alguien «está en coma», todo el mundo se echa a llorar, se viene abajo, chillar, le da puñetazos al médico que acabará seduciendo a la desconsolada madre. ¿Sabía ella que estaba en coma? Por supuesto que lo sabía. ¿Le había arreado ella ya al médico el puñetazo en la jeta? Hubiese sido propio de mi madre, y me hizo sonreír; por dentro, claro; por fuera, cara de póker.

¿En qué fase del desarrollo de la intriga comatosa nos hallábamos? Me sentí mal por mamá. Yo no

me daba cuenta de que estaba en coma, conque no estaba tan mal después de todo. Quise saber cuánto tiempo hacía que estaba allí, pero, como no me oían, era difícil convencerlos de que me lo dijeran. Me concentré con todas mis fuerzas y, en un momento dado, una de las señoras dijo «¿a qué día estamos?». Tictac, tictac, tictac, iba a saberlo. La otra señora le respondió que a jueves. Eso no me aclaraba mogollón. Luego siguió y añadió: 19 de enero.

OMG. La última vez era sábado 7 de enero. ¿Qué ha pasado entretanto? Entonces he empezado a pensar en serio en el estado en el que mamá y la yaya Odette debían de estar y solo he deseado una cosa: decirles que oía de nuevo, que todo iba a ir bien, que seguramente iba a poder hablar con ellas pronto.

He esperado el día entero. He dormido un poco, pensado mucho, escuchado mucho. He esperado a mamá, he esperado a la yaya.

Cuando he oído decir a alguien buenas noches en el pasillo he comprendido que el día había terminado. Nadie iba a venir a verme. Estaba solo.

Me he puesto a llorar. Por dentro, claro; por fuera, cara de póker.

7
DÍA 26
GANAS

Me hicieron falta varios días antes de entrar en la habitación de Louis. No la del hospital Robert Debré, la otra. La de verdad. Desde el 7 de enero no había podido traspasar el umbral. Había cerrado la puerta y no la había vuelto a abrir. Mi madre había comprendido perfectamente la importancia de aquel cuarto en mi reconstrucción psicológica y no había puesto un pie en él tampoco, por respeto a mi ritmo. Por una vez.

Luego me sentí dispuesta. Dispuesta a enfrentarme a los pósteres de sus ídolos, los dibujos en los que trataba de reproducir a sus héroes favoritos, su cama deshecha, el pijama tirado hecho una bola encima del escritorio, su agenda del cole abierta por la página del lunes 9 de enero. Me quedé un buen rato en su cuarto. Lo ordené, lenta, cuidadosamente. Decidí lavar la ropa sucia. Al levantar el colchón de Louis para quitar la sábana bajera azul celeste, oí un ruido seco. Acaba de caerse un objeto en el parqué. Atraje el colchón de nuevo hacia mí para ver si había alguna otra cosa, pero no quedaba nada más. Me puse entonces de rodillas en el suelo y estiré el brazo con el fin de recuperar lo que se había deslizado debajo.

Se trataba de un cuadernillo de tapa blanda con formato A5, cuya cubierta se había personalizado por medio de pegatinas con imágenes de los jugadores de fútbol del momento. Sonreí y abrí el cuaderno. En la primera página había escrito el siguiente título:

Mi cuaderno de las maravillas

El autor de aquellas palabras era mi hijo, reconocí su letra apretada y todavía torpe a pesar de su edad. Una característica de ciertos niños precoces, según me explicaron una vez: como su mente va siempre más rápido que su mano, la letra a menudo es poco cuidada, por no decir chapucera. Pasé la página y empecé a leer conteniendo el aliento.

*Mi muy querido, mi preciado cuaderno de las maravillas:
Te confío la lista de todas las experiencias que me gustaría vivir antes de morir: mis maravillas. Es algo así como una lista de sueños, solo que en realidad no, ya que he*

incluido en ella cosas que me parecen realizables.

Es una lista abierta. La rellenaré sobre la marcha, cuando piense en alguna cosa, en alguien, en una movida guay o una movida más profunda. Como no tengo intención de morirme ahora mismo, te he elegido bastante grueso, mi muy querido, mi preciado cuaderno de las maravillas. La idea me la dio Isa. Está en la lista ;))

¡Dormid bien, mis pequeñas maravillas!

Louis

No me esperaba aquello. Volví a cerrar el cuaderno, lo dejé sobre el escritorio de Louis enseguida, como si me fuese a quemar las manos. Me senté en el taburete que tenía enfrente y seguí escudriñándolo a distancia. Antoine Griezmann lucía una tranquilizadora sonrisa de oreja a oreja. Cuando había leído el título en la primera página, me había dicho que Louis se pasaba un poco al calificar de maravillas a esos chavales en pantalón corto que corren detrás de un balón. En el interior del cuaderno, pensaba encontrar imágenes de futbolistas semejantes a las de la tapa. En lugar de ello, acababa de descubrir un pequeño cuaderno de sueños, escondido bajo el colchón de mi hijo y que mencionaba un nombre del que nunca había oído hablar. ¿Quién era aquella Isa? Me sentí una entrometida. Incómoda. Tuve la impresión de invadir un jardín secreto cuya verja hubiese forzado. De inmediato sentí que crecía en mí una incontenible necesidad de llorar, pero sabía que mi madre no estaba lejos, y no quería verla plantarse en la habitación de Louis. Logré dominar mi emoción. Cerré la puerta. Quería seguir estando sola.

Eso duró interminables minutos. Estaba trastornada. ¿Qué debía hacer? Solo me apetecía una cosa: seguir leyendo. Pasar las páginas, explorar la intimidad de Louis, saber qué experiencias serían para él las más valiosas. Y, sobre todo, saber si formaba parte de ese cuaderno de las maravillas. Como aquella Isa, de la que me puse celosa desde el primer segundo. ¿Me habría incluido mi hijo en su futuro soñado?

No cedí a la llamada del cuaderno. Decidí devolverlo allí donde lo había encontrado y reflexionar con calma sobre la manera de proceder. No dije una palabra durante la cena con mi madre. Se dio cuenta, claro, ella siempre se da cuenta de todo. Me temía que fuese a fisgonear en la habitación de Louis la noche siguiente, así que fingí que leía un libro de cuya página 8 nunca pasé, mientras esperaba pacientemente a oírla roncar, y después fui a buscar el cuaderno y me lo llevé a mi habitación. Me pasé varias horas examinando el problema desde todos los ángulos sin conseguir decidirme, luego me quedé dormida. No leí el contenido, solo lo hojeé muy rápido para ver si había rellenado el cuaderno, y lo había hecho. Por lo menos varias páginas.

Justo en mitad de la noche me desperté sobresaltada. Había tenido un sueño extraño. Estaba sentada al lado de Louis, en su habitación de casa. Louis bostezaba, se dormía, pero yo no le dejaba dormir, le leía un libro y le reprendía cada vez que iba a caer. Luego el cuarto se transformaba en una habitación de hospital; ahora, Louis dormía. Le leía el mismo libro, pero ya no se movía, ya no reaccionaba. Cerraba el libro y representaba mediante gestos las escenas, lo cual no tenía ningún efecto en él. Continuaba representándolas y yo envejecía. Cuando tuve sesenta años, Louis abrió los ojos y lanzó un grito. Solté el libro y me percaté de que no era una

novela, ni una recopilación de cuentos. Era el cuaderno. Me desperté entre sudores.

Se había plantado una semillita, una idea insensata estaba germinando en mi cabeza, y se repetía en ella una frase como un bucle, como una obsesión: «Louis no está muerto, Louis está en coma, pero Louis está vivo, Thelma, cualquier cosa es posible todavía, le queda casi un mes para despertarse, se va a despertar». El personal médico seguía diciendo que, probablemente, estaba por completo inconsciente. ¿Estaban seguros de ello? No, no podían afirmarlo con absoluta certeza. Luego había una posibilidad de que me oyese, de que sintiese. Iba a aferrarme a ella.

Tenía que estimular las ganas de mi hijo por volver, hacerle salivar mostrándole todo lo que se estaba perdiendo por seguir en coma. Estimular sus ganas de vivir. Era una locura de proyecto, pero realizable. Estaba convencida de ello.

¿Los protagonistas? Un deportista: Louis. Una entrenadora: yo.

¿La disciplina olímpica? La salida del coma en estilo libre.

¿La zanahoria, la motivación? Todo lo que hubiese anotado en el cuaderno. Ese cuaderno era un concentrado de futuro. Ese cuaderno estaba lleno de experiencias que Louis soñaba vivir, de promesas de alegría, de «movidas guais», como él mismo escribía. Aquel cuaderno prometía vida.

¿El *modus operandi*? Iba a salir al encuentro de los sueños de mi hijo, vivirlos por él, grabarlos, en audio y en vídeo, y compartirlos con él. Iba a comprometerme a ello solemnemente. No podría ni echarme atrás ni decepcionarlo. No sabía si había un orden definido, y no quería que todo aquello pareciera postizo.

Así que tendría que descubrir el programa sobre la marcha.

¿El resultado esperado? Que mi hijo se dijera «mierda, ¿será posible que mi vieja esté haciendo todo eso en mi lugar?». Y que abriera los ojos.

Me dio un escalofrío. Me levanté y miré al cielo. ¿Me estaba volviendo loca? Por unos segundos, había disimulado la negrura de las nubes que se cernían sobre mi hijo. Pero la noche era dura; el desenlace, escurridizo. Tal vez Louis nunca se recuperase, lo sabía. Me eché a llorar, silenciosa, inmóvil. Mi obstinación era probablemente absurda, pero no podía decidirme a dejar que mi hijo se marchara sin haberle permitido realizar todos sus sueños de infancia.

¿Cuánto tiempo me quedaba? Ahora menos de un mes. Había perdido ya días preciosos. Había llegado el momento de iniciar aquella carrera contra el reloj y por la vida.

Volví la primera página y descubrí lo que me esperaba.

Iba a salir de mi «zona de confort», lo sabía. Estaba dispuesta.

Por Louis. Y, seguramente, un poco por mí.

8
DÍA 25
QUÉ LEJOS ESTÁ TOKIO

Tras una noche sin dormir, hice la maleta y reservé un billete prohibitivo para Tokio. Ya solo quedaba en preferente, pero, dadas las últimas noticias de mi abogado sobre la evolución de la negociación con Hégémonie, me hubiese podido pagar la primera clase incluso...

Pasé a decirle adiós a Louis y le expliqué el proyecto de locos que se había perfilado en mi mente. Él seguía igual de guapo, igual de calmado, igual de sereno, igual de inmóvil, pero aquella mañana se produjo algo fuera de lo habitual. Conocía de memoria a mi hijo, y, desde que estaba en aquella cama de hospital, nada en su rostro me era extraño. Podría describir de memoria su delicada nariz, el nacimiento de su cabello, sus párpados tan finos, sus cejas, que yo recomponía tras cada aseo que le administraban. Después de la descripción encendida de mis próximas semanas, se me encogió y se me aceleró al mismo tiempo el corazón. En el rabillo del ojo de Louis se formó una lágrima, luego corrió por su sien. Louis lloró, estoy segura de ello. El corazón me latió con fuerza y lancé un grito, lo que provocó que irrumpiesen dos enfermeras. Quise compartir con ellas mi entusiasmo, que fueran testigos de aquello, ¡algo acababa de suceder en el rostro de mi hijo! Pero me desinflé. Una de las enfermeras —una de las que no me gustan y cuyo nombre ni apariencia retengo (me sorprende cada vez antes de reconocerla preguntándome de quién se trata)— me replicó de manera bastante seca que a veces pasaban esa clase de cosas, que lo más seguro era que aquello no fuese una lágrima, sino tal vez un poco de agua que quedase en un párpado todavía húmedo porque no hacía mucho del aseo, y que, si se tratase de una secreción, no quería decir nada. «Todos los parámetros de su hijo son estables, lo lamento, señora». Me senté y miré a Louis fijamente. Esperando la siguiente. Lloro, por favor, amor. Muéstrales que no estoy loca, muéstrales que luchas.

Deseé tanto que se despertase... Estaba decidida a pelear mientras circulase un gramo de oxígeno por mis pulmones y los suyos. Tomé esa decisión irrevocable al día siguiente del anuncio del doctor Beaugrand. En el fondo, la decisión siempre había estado ahí, en mí, desde el accidente. Pero había debido espabilarme mi propia madre y, sobre todo, aquel cómputo de días siniestro para que se me presentase como una evidencia. Hizo falta que dejase de lamentarme y de flagelarme a mí misma para poder mirar la esperanza de frente y ya no abandonarla.

Aquel martes 24 de enero volví al hospital en cuanto amaneció e hice un trato con Sophie

Davant. Me escuchó religiosamente mientras me miraba como si fuera una extraterrestre. Luego rompió a reír diciéndome que mi idea era genial, y que sí, por supuesto, que me ayudaría tanto como pudiese. La estreché entre mis brazos, lo que la sorprendió, pero se dejó abrazar. Me preguntó si podía hablar de ello con las otras enfermeras, en especial con su compañera, la que se parece como dos gotas de agua a Catherine Laborde (una cosa así no se inventa); acepté, diciéndome que aquella entente entre TF1 y France Télévisions era de buen augurio para mi proyecto, que contenía, al fin y al cabo, una importante parte audiovisual. Había metido en mi bolso la minicámara de acción de Louis, cuyas instrucciones de uso pensaba estudiar al detalle en el avión rumbo a Tokio. Qué lejos estaba Tokio; el vuelo de doce horas iba a dejarme tiempo para convertirme en una cámara profesional. Eso era, al menos, lo que me decía en aquel momento, muy poco consciente de mi crasa inutilidad en materia de montaje filmico.

A las 20 horas y 35 minutos, a pocos metros del avión, todavía dudaba sobre la conducta que debía mantener. Por supuesto, estaba convencida de los fundamentos de la misión que acababa de asignarme. Por supuesto, estaba excitada por lo que me aguardaba, por el viaje tanto físico como emocional que se presentaba ante mí. Por supuesto, sabía también que mi madre se encontraría allí para mi hijo. Pero no poder tocarlo ya, abrazarlo durante aquellos pocos días me parecía una prueba terrible. Estaba muy angustiada ante la idea de que su estado se deteriorase en mi ausencia.

Mamá —quien no me dejaba ni a sol ni a sombra desde hacía unos días— se había dado perfecta cuenta de mi nerviosismo, pero había logrado ocultarle mi descubrimiento y mi decisión. Nada me horrorizaba más que la posibilidad de tener una carabina que me pisase los talones.

Esperé a la última llamada para el embarque, comprobé que tenía a buen recaudo conmigo el preciado y pequeño cuaderno abriendo mi bolso y acariciando su portada plastificada en honor a Neymar, y me dirigí, por último, hacia la azafata.

Honda respiración, amplia sonrisa, instalación en el asiento 6A. Pasma sobre el tamaño del asiento, incomprensión sobre el mecanismo que permite tumbarse (era la primera vez que viajaba en preferente), toallita caliente, sonrisas afables del personal de a bordo, copa de champán a la que podía sucumbir sin sufrir los reproches de mi madre, quien me sometía a un infierno nutricional que incluía la ausencia total de alcohol desde que había recogido mis pedazos la noche del anuncio del doctor Beaugrand. Agradable sensación de que me mimasen.

Estaba bien, simplemente bien. Lo que no me pasaba desde hacía diecisiete días. No, desde hacía mucho más tiempo, pensándolo mejor.

Levanté mi copa. Por tus sueños, hijo mío.

II

LA HABITACIÓN DE LAS MARAVILLAS

9
DÍA 24
DEFENESTRACIONES

—*Arigatō gozaimasu!*

—¡Aligator... goza-maíz-tú!

Esta lengua es un infierno. Ni con mi pequeña guía de japonés para *dummies* en la mano derecha lograba distinguir los sonidos. En el avión, había intentado empollarme algunos elementos indispensables como ese «muchas gracias» característico que se emplea para todo, pero me había quedado dormida. Hay que decir que un vuelo nocturno, como su nombre indica, se realiza por la noche. Tendría que haberme imaginado que me había fijado demasiados objetivos, y que, bajo los efectos del champán y del cansancio, iba a dormir la mitad del trayecto. Al menos, estaba en forma para la noche. Con ocho horas de diferencia horaria, me acababa de levantar, pero el sol se ponía ya en Tokio.

En el aeropuerto, todo estaba traducido al inglés. Tras recoger mi equipaje y sacar unos miles de yenes en el cajero automático, encontré con facilidad un taxi. Le mostré al chófer la dirección de mi hotel en mi *smartphone*, asintió y circulamos durante unos cuarenta minutos. Ya en aquel taxi me sentí absolutamente desubicada. Creí que aquel primero que cogía era una excepción, pero enseguida me di cuenta de que era la regla. El conductor llevaba unos guantes blancos, estaba vestido como si fuese a una boda y aislado gracias a una mampara transparente profiláctica. Me tendió una toalla húmeda enrollada en una bolsita de plástico. Los asientos estaban cubiertos por una especie de tapete del que mi abuela no hubiese renegado. Un poco estrambótico, *kitsch*, aséptico, supereficaz para cambiar de ambiente.

Pensé en Louis de inmediato, en su pasión por los dibujos animados japoneses. Después de todo, resultaba muy lógico que su lista de maravillas comenzase en Tokio. Me había pedido en varias ocasiones que lo llevase, pero yo no había encontrado el momento para hacerlo. Demasiado curro; vacaciones reducidas a lo imprescindible. Allí, en aquel taxi tokiota que olía bien, a fragancia de supermercado, me hice la promesa de llevarlo a Japón. De verdad.

Elegí un hotel de lujo del que una búsqueda rápida en Internet me indicó que se trataba del imprescindible de entre los imprescindibles. Si la película de Sofia Coppola *Lost in Translation* se hubiese rodado en 2017, se habría hecho en aquel establecimiento sin lugar a dudas, según me había informado una bloguera influyente. Argumento irrefutable que me había seducido. No es

que regalaran la noche, pero, desde el primer minuto, no lamenté mi elección. El hotel estaba situado en un barrio tranquilo —Toranomom Hills—, entre las plantas cuadragésima y sexagésima de una torre que descollaba en la ciudad y gozaba de una vista extraordinaria de la Tokyo Tower, esa copia rojiza de nuestra torre Eiffel. El vestíbulo estaba cuidado y era refinado, de diseño, original. Grandioso. Empecé a entusiasarme como una chiquilla y a decirme que iba a adorar Tokio.

Mi habitación era asombrosa. Un lienzo entero de pared no era una pared, sino un cristal que llegaba desde el suelo hasta el techo. Estaba en el cuadragésimo séptimo piso y tenía la sensación de estar inmersa en la ciudad. Nada enfrente, solo una vista impresionante. Apagué las lámparas de la habitación para que no me estorbara ningún reflejo. Se había hecho de noche, las luces de la ciudad centelleaban a decenas de metros por debajo de mí. Nunca había vivido una experiencia semejante. Por supuesto, ya había subido a lo alto de la torre Montparnasse de París, pero entonces estaba con docenas de turistas, entre *flashbes* y gritos histéricos. Esta vez estaba sola, en el más completo silencio, en la más absoluta oscuridad. Me pegué al cristal y observé con los ojos muy abiertos.

Pensé en Amélie Nothomb. En *Estupor y temblores* describe tan bien esa sensación increíble de zambullirse en Tokio, esa atracción vertiginosa por el vacío luminoso. Habla de defenestración. Yo vivía esa sensación embriagadora de defenestrarme, sentía las vibraciones de aquella ciudad desconocida.

Encendí la cámara de Louis y filmé durante largos minutos, describiendo lo que observaba en una voz tan alta como me era posible. Tendrías que venir a ver esto, mi amor. Gracias por haberme traído.

¿Cuánto tiempo permanecí así? En cualquier caso, lo bastante como para poder marcar la casilla de una de las maravillas que Louis había anotado:

- Contemplar las luces de Tokio desde lo alto de un rascacielos.

Estaba tan pasmada con la belleza del lugar que al final decidí pasar la noche en el hotel. La última planta la ocupaba una piscina también absolutamente increíble, también completamente acristalada, y me pude defenestrar a placer, con los pies en el agua, dándole sorbos a un té caliente. Por un instante creí tocar con el dedo el paraíso en la Tierra. Por un instante tan solo.

Al siguiente, cenaba en el restaurante situado tres plantas más abajo, con la misma vista sobrecogedora. Desde mi llegada unas horas antes, me repetía que, después de todo, era agradable estar sola, que podía organizar mi tiempo como me pareciera. No sé si lo pensaba realmente o si trataba de convencerme de ello. Pero lo cierto es que, en una mesa en lo alto de la ciudad en compañía de mis guías de Tokio, rodeada de parejas que se permitían una cena romántica, de repente me sentí incómoda. Recorrí la sala con la mirada para comprobar si era la única mesa *individual*. Había otra más, en la otra punta del restaurante. La dignidad quedaba a salvo. Por lo que se veía, era un hombre, dadas la indumentaria y la silueta. Pero desde aquella distancia y con las luces tenues, me costaba verlo con claridad.

Me levanté y me fui al aseo. Los aseos japoneses, otra experiencia de la lista de Louis cuya casilla ya había marcado en mi habitación. Louis había escrito:

- Apretar todos los botones de los aseos japoneses.

No me hice muy fan del asiento térmico ni del chorrillo dirigido al trasero, en honor a la verdad. Siempre me han dado miedo los baños con un componente electrónico, fuese el que fuese. Aunque me imagino que los fallos son muy raros, siempre he temido que algo desvaríe, que el chorro esté mal orientado y me golpee —visión espantosa— en la cara, o bien me empape la blusa. Vamos, que prefiero de lejos mi buena y vieja taza parisina.

De regreso a mi mesa, le eché una ojeada al hombre solo que había visto de lejos y me quedé petrificada. No era un hombre. Me acerqué y solté un grito ahogado que resonó en aquel ambiente silencioso.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí?

—Hola, cariño. Qué lugar tan alucinante, ¿no te parece?

—No has contestado a mi pregunta. Joder, mamá, ¿qué haces aquí? ¿Cómo supiste que estaba en este sitio?

—Me infravaloras, mi dulce gatita. Tengo mis métodos, ya sabes. Deberías ser más discreta cuando les expones tus proyectos a las enfermeras, y también más creativa con las contraseñas de tus correos electrónicos. Muy buena elección, el hotel, en cualquier caso.

Mi madre es una friki. Una yonqui de las nuevas tecnologías. Tiene sesenta tacos, pero está mucho más dotada que yo para ellas. Es una de las razones por las que Louis siempre la ha adorado. Una yaya friki es otro nivel, me repite a menudo. Para mí, es tener mala pata.

—Mamá, no tienes recursos para pagarte ni un hotel ni un viaje así, ¿a qué estás jugando?

—He de decir que las doce horas de vuelo en turista me han provocado una de esas torticolis... ¡Qué envidia me dabas, tú que estabas en preferente!

—¿Quieres decir que ibas en el mismo avión?

—Pues claro, gatita. Me presenté en el mostrador del aeropuerto y aproveché una cancelación de último minuto. Ya te había dicho que no te dejaría ni a sol ni a sombra, y ahora se lo he prometido a Louis. Pero tienes razón, no tengo recursos para pagarme este hotel..., menos mal que me estás invitando.

—¿Cómo dices?

—El chico tan amable de la recepción ha subido mis maletas a tu habitación y me ha dado una llave. Recuerda que tenemos el mismo apellido. Solo con mencionarle que llegaba con un poco de retraso, que mi querida hija había llegado ya a la habitación que compartíamos, le tendí mi pasaporte y asunto resuelto. Le dije todo eso en inglés con el penoso acento que gasto; hubieses estado orgullosa de mí. No te preocupes, ni te vas a enterar de que estoy.

Así fue como me vi compartiendo mi cama *king size* y mi habitación de ensueño con mi madre, sus manías y sus sonoros ronquidos.

MOMMY ROCKS^[5]

Me encanta me encanta me encanta me encanta me encanta me encanta.

Todavía me cuesta creérmelo, pero soy fan de la idea de mi madre.

Cuando vino a explicármela, debo decirle que pasé por un montón de sentimientos contradictorios. Al principio me sentí un poco raro. Me dijo que no juzgaría lo que había anotado en el cuaderno, que, si figuraba allí, entonces lo haría. Que iba a darme ganas de recuperarme para unirme a ella y realizar todos mis sueños. Si no hubiese seguido en este estado, hubiese dicho que no, eso seguro. Ese cuaderno es una movida personal. En ese momento, como de todas formas no podía protestar, la escuché. Y al final me dije que tenía que quererme mogollón para hacer aquello. Me sentó bien palpar sus sentimientos, oírle hablarme como lo estaba haciendo. Antes nunca me había hablado así. Pero también me dolió por ella. Me dije que debía de estar sufriendo terriblemente. Entendí que había dado teatralmente un portazo en Hégémonie y que iba a cobrar un dinerál, pero sé hasta qué punto el trabajo lo es todo para ella, así que me la imaginé sola en el salón deprimiéndose y me dolió. Justo después vi la escena en la que la yaya le diría: «Hay que espabilar, no hay que dejarse caer en esto, ¿lo del lloriqueo se va a acabar pronto o qué, concho?» (sí, la yaya Odette dice «concho», «joroba» y «miéeeercoles», y un montón de expresiones de hace dos siglos)... y entonces volví a sonreír y ya no he dejado de hacerlo porque empecé a imaginarme a mamá viviendo mis sueños.

Me fui acordando poco a poco de lo que había escrito en ese cuaderno, y solo con imaginarme ciertas situaciones, me partí de risa. Por dentro, claro; por fuera, cara de póker. Bueno, no tanta cara de póker. No dejaba de desternillarme en silencio, y, en un momento dado, mamá me cortó el ataque de risa soltando un grito. Por lo visto, había derramado una lágrima. Para mí también era una locura. ¿Tenían razón las enfermeras?, ¿mamá había soñado, o bien mi frenética risa interna había desencadenado por fin una reacción visible? Sentí que me invadía una especie de oleada de profunda esperanza y alegría. La seguí sintiendo todo el día y no me ha abandonado desde entonces.

Oí a mamá que se enrollaba explicándole su plan a Charlotte, su enfermera preferida, a la que siempre llama Sophie Davant, supuestamente para que me la imagine mejor aunque nunca he oído hablar de Sophie Davant. Charlotte se moría de risa también, mamá le dio un iPad para cuando me enviara videos de Japón, ya que empieza las pruebas por las primeras páginas que rellené, las de Tokio. Digo las pruebas porque sé que mis sueños se pueden convertir fácilmente en Ko Lanta para mamá. Y eso es lo genial.

La desilusión del 19 de enero, aquel primer día en que estuve consciente y en que nadie vino a

verme, puedo decir que pertenece al pasado. Ahora sé que mamá está ahí, y que lucha por mí. Sé que la tía también está ahí. Por cierto, tengo que contarle el colofón del espectáculo, que terminó por partirme en dos. Unos minutos después de mamá, la tía Odette vino a verme, habló con Charlotte-Sophie Davant como si nada, pero ya notaba yo que la tía estaba en uno de sus grandes momentos de picardía. Hizo como si estuviese muy al corriente del proyecto de mamá, aunque yo sabía que no estaba al corriente de nada. La tía es una pilla. Así que Charlotte le soltó todo de manera muy natural, y la tía recibió los detalles de manera muy natural también.

Cuando Charlotte salió de la habitación, la tía se me acercó y me dejó caer al oído que no iba a arriesgarse a dejar que mamá se fuese sola a un país tan hostil y lejano, que sentía tener que abandonarme unos días, pero que estaba segura de que yo lo comprendía. Que, por supuesto, no había que decirle nada a mamá, que iba a seguirla a distancia. Puedes confiar en mí, tía, estaré callado como una tumba. En el sentido figurado, aunque me remató con eso. Si hubiese estado en condiciones normales, me hubiera dolido la tripa de lo que me había reído durante todo el día. Me gustaría ser un ratoncillo solo para verle la cara a mamá cuando vea desembarcar a la tía.

Me encanta mi madre, me encanta mi abuela, son lo mejor. Espero con impaciencia que me cuenten su excursión tukiota, nos vamos a partir la caja.

10
DÍA 23
TODO SOBRE MI MADRE

Gracias a la falta de sueño debida al desfase horario y a los extraños sonidos producidos por mi vecina de cama, estuve reflexionando toda la noche. Sobre mi vida. Sobre mi madre. Sobre nosotras.

Desde hacía un tiempo incalculable, era Thelma, la pseudorrebelde en guerra contra todo y contra nada, actuando, reaccionando. Mi madre no me llamó Thelma por la película de los años noventa, soy demasiado vieja para eso. Nací en 1977, en el mismo momento en que Thelma Houston encabezaba las listas de ventas con el exitazo internacional *Don't Leave Me This Way*, del que mi madre era una fan absoluta. Por supuesto, cuando la gente de nuestros días oye mi nombre, todo el mundo piensa en la película de Susan Sarandon y Geena Davis. Cuando se estrenó en el cine *Thelma y Louise*, de Ridley Scott, yo era una adolescente abrumada, superada, me identifiqué con aquella historia de mujeres fuertes y sexis a la vez, que se convirtió en mi referencia absoluta, una especie de ideal femenino. Yo, que nunca había creído en Dios, vi en ella una especie de señal del destino: aquel nombre estuvo desde entonces ligado a un símbolo mucho más interesante que a un viejo disco de 45 revoluciones. Ya sé que la película no acaba muy bien, pero, para mí, la huella que dejó fue positiva. Thelma y Louise son unos símbolos de libertad de elección femenina, de mujeres que no les deben nada a los hombres, que no esperan nada de ellos y se las apañan solas.

Cuando me quedé embarazada, cuando decidí a sabiendas tener al bebé y criarlo sin padre, esperaba tener una niña y llamarla Louise. Pero resultó que Louise era un niño. Así pasó y muy bien está que así pasase. Louis es el único hombre que importa en mi vida.

Mi madre me crio sola también. Odette es una sesentayochista que siempre luchó por decidir acerca de su propio cuerpo, por su libertad de pensamiento, y yo la admiraba por eso. Crecí con el recuerdo idealizado de un padre ausente, muerto en el transcurso de una manifestación contra el desmantelamiento de la industria siderúrgica. Tenía menos de un año, y la figura de aquel padre intocable, irremplazable, barrió toda esperanza de vida en familia. Mi madre perpetuó su memoria de sindicalista, y, hasta donde alcanzan mis recuerdos, siempre la vi en pie de guerra. No dejó ninguna puerta abierta en su vida para un hombre. Anegó su pena en sus luchas y en su día a día de maestra comprometida en colegios de integración social. El éxito escolar para todos,

cariño. ¡Cuánto llegué a admirarla! ¡Cuántas veces me pateé las calles con ella!

Me acuerdo de aquellas manifestaciones del Primero de Mayo, al principio sobre sus hombros, unos años más tarde sujetando un extremo de pancarta, luego mi propia bandera. Estaba orgullosa de ella, orgullosa de mí, orgullosa de honrar la memoria de mi padre.

Luego llegó mi adolescencia. Mis angustias, mis vergüenzas, mi voluntad férrea de pasar por el aro, de someterme como todo el mundo a la dictadura de las marcas, de las empresas, de los príncipes y de las princesas norteamericanos, de la belleza estereotipada. Estaba harta de sudaderas amorfas con la efigie del Che Guevara, de cortes de pelo caseros, de las zapatillas raídas, de esa negación del mundo capitalista, de esa vida alternativa que me impedía el acceso al grupo de las chicas guais de secundaria, que suscitaba las pullas y el desprecio de los chicos de mi edad, tan atractivos con sus Nike Air Jordan, sus sudaderas Poivre Blanc demasiado anchas y sus chándales Adidas con la cremallera de los tobillos subida.

No comprendí los rechazos en bloque de mi madre, no acepté que me negase aquella vida normal. Así que comencé a aborrecerla de forma vehemente y a hacer sistemáticamente lo contrario de lo que ella hubiese querido para mí. Odié su pinta de fideo huesudo, sus piernas arqueadas, que le bailaban dentro de los vaqueros gastados, su manera de fumar los cigarrillos, que mantenía entre el pulgar y el índice, su cabello ceniciento sujeto por aquella sempiterna pinza del mismo tono, sus silbidos de vaquera del Oeste, su mirada dura y sus palabras desagradables, su desaprobación de mi estilo de vida. Me convertí en todo lo que detesta e hice todo lo posible para ello. A sus ojos, soy una madre irresponsable, que sacrifico mis mejores años en el altar del éxito profesional, que me obsesiono con el volumen de negocio de una empresa multinacional que no duda en deslocalizarse, que vendo productos que son pura superficialidad.

El único vínculo que quedaba entre nosotras era Louis. Louis siempre tuvo permiso para ver a su abuela cuando lo deseaba. Siempre. Cuestión de principios, de raíces. Y mantuvimos un *brunch* mensual los tres juntos. Que debía tener lugar aquel célebre sábado 7 de enero.

Después de aquella larga e intensa noche de reflexión, decidí por fin aceptar mi sino. Mi madre estaba allí, conmigo, a diez mil kilómetros de París. Y me había comprometido con Louis a seguir al pie de la letra lo que estaba consignado en su pequeño cuaderno de las maravillas.

En lo que se refería a las experiencias japonesas, Louis había establecido una lista precisa, precedida de un título que resumía la totalidad:

**Vivir un locurón de día en Tokio
con la persona a la que quiero más en el mundo
(por el momento, mamá).**

He de decir que el «por el momento, mamá» me causó una sensación extraña. Había logrado digerirlo, pero la mera idea de que mi hijo pudiese plantearse querer algún día a alguien más que a mí había herido mi corazoncito roto. Y mi sólido ego. Luego me había acordado de que yo también, cuando tenía su edad, no podía imaginarme que a él iba a quererlo mucho más que a todos los demás, conque me había tragado mi orgullo y había hecho caso omiso de aquel pequeño paréntesis. Inicialmente, había pensado que marcaría la casilla estando sola, ya que iba a pasar mi «locurón de día» en Tokio con «la persona a la que más quería en el mundo», es decir,

Louis. Pensándolo bien, era una infracción de las reglas del juego. Louis había establecido que las experiencias debían ser vividas por dos personas, era lo que quería decir. Ahora bien, debía admitir que, aparte de Louis, no había nadie a quien yo quisiese de verdad... Era triste, pero así era. La siguiente de mi lista de mis potenciales amores era mi madre, me sentía obligada a reconocerlo.

Allí, tumbada en aquella gran cama junto a ella por primera vez desde mis catorce años, fui consciente de ese vacío en la «lista de las personas a las que quiero». Y, sin embargo, no soy una asocial, tengo muchos conocidos con los que pasar una buena velada, pero no tengo realmente amigos. El amor y la amistad requieren esfuerzos que decidí no realizar hace ya mucho tiempo. Cuando dejé al padre de Louis antes de que supiera que iba a ser padre. Desde el accidente, podía contar con los dedos de una mano las personas que habían intentado contactar conmigo para preguntarme cómo iban las cosas. No les había devuelto las llamadas. Tengo numerosos amigos en Facebook, muchos que se declaran amiguetes, hombres y mujeres, en la vida real, pero ni un verdadero amigo. No he sido infeliz por ello; fue elección mía. Siempre he tenido claras mis prioridades. Educar a mi hijo y triunfar en mi carrera.

Mi tía Odile nunca tuvo hijos, para su disgusto. Mi única familia ahora mismo son Louis y mamá. Me incorporé en la cama. Habíamos dejado las cortinas abiertas, la luz blanca de la ciudad bañaba la habitación con un brillo fantasmal. Observé a mi madre dormir. Se la veía tranquila. Su rostro mucho menos duro que cuando se despertara. Me pareció hermosa. De una belleza poco común, angulosa, tenaz. Volví a posar mi cabeza en la almohada y continué mirándola. Me dije que, al fin y al cabo, Louis seguramente se sentiría muy feliz por que pasase aquel célebre locurón de día con su abuela.

Cuando se lo propuse, al despertarse, vi brillar en sus iris azul acero un nuevo resplandor. No se lo esperaba. Seguramente pensaba que tendría que seguirme como un agente secreto, echando pestes contra aquellos condenados japoneses y maldiciéndome en voz alta, y voy y le ofrezco un panorama por completo distinto. Me dijo sencillamente gracias, bajó la mirada para disimular su emoción y luego me soltó: «Entonces ¿por dónde empezamos?». Le contesté que esperaba que tuviese aguante porque teníamos mogollón de trabajo. Rompió a reír con una risa alegre que yo ya había olvidado.

Y salimos en aquel día de invierno, peculiarmente templado, a Tokio.

11
DÍAS 23 A 22
MI MADRE DE CRIADITA EN UN KARAOKE

—A Aniiiiie le gustaaaaan los chupachuuups, los chupachups de aniiis^[6]... Creo que la surrealista imagen de mi madre berreando esta canción que le parece detestable, rodeada de japoneses risueños coreando «*Kanpai!*» al final de cada frase y disfrazada de criadita sugerente permanecerá grabada en mi retina hasta el final de los tiempos.

Huelga decir que pensé en inmortalizar aquel instante mágico en película virtual. Me costó filmar, ya que me sacudían ataques de risa incontrolables que me impedían estabilizar la imagen. En un momento dado, uno de nuestros camaradas nocturnos se apoderó de la cámara, sus amigos me tendieron un segundo micro y me empujaron al miniescenario de aquel karaoke de Shibuya, el barrio de moda que-no-duer-me-nunca. Mi madre, que normalmente no suele beber y que había enganchado una copa de *umeshu* —una especie de alcohol de ciruela adictivo— tras otra, me chilló que le hacía extremadamente feliz compartir aquel dúo conmigo mientras me cogía por el cuello como una borracha en la fiesta de la cerveza de un pueblo alsaciano, y aumentó todavía más sus berridos cuando un *Que je t'aime*^[7] que quita el sentido sucedió a la canción acaramelado-sexual de France Gall. Aquella noche descubrimos que los karaokes japoneses, además de ser lugares de bebercio desenfrenado, son auténticos museos discográficos internacionales, y que los éxitos franceses de los años sesenta a los noventa ocupan un lugar destacado en ellos.

El día había comenzado de manera mucho más calmada. Seguimos al pie de la letra el programa planeado por Louis, y piqué la curiosidad de mi madre revelándole las etapas solo a medida que las cumplíamos. Para ella, por tanto, el día fue una sucesión de sorpresas. Era su primera vez fuera de Europa, únicamente su tercera vez fuera de Francia, estaba como una chiquilla, ansiosa por descubrir lo que seguía. Me dejaba todo a mí, que dominaba el programa y el inglés —a falta de japonés—, y tuve la impresión de que los papeles entre nosotras se acababan de invertir: yo era la mamá de viaje acompañada por su niña con carnet de jubilada.

La primera etapa fue el Pokémon Center de Ikebukuro, en el cual compramos una treintena de cartas «ultrarraras» y posamos delante de las estatuas gigantes en honor a Pikachu y sus amigos. Nos saludaban unas criaturas extrañas vestidas según los códigos del *cosplay*: adolescentes disfrazados de iconos del Studio Ghibli, colegialas de rosa chicle, lolitas punk, superhéroes que se

movían en ruidosas pandillas. Reconocí una Sailor Moon, dos Hello Kitty, un Totoro y algunos héroes Pokémon, pero estoy segura de que Louis hubiese identificado a la mayoría de los personajes.

Enlazamos con un paseo por el inmenso parque situado alrededor del santuario sintoísta de Meiji Jingû. Nos quedamos maravilladas por aquel oasis de la naturaleza y la historia en el corazón de la agitación de la ciudad. Un cambio de escenario sorprendente. Seguimos los dictados del selfi delante de las antiguas barricadas de sake que reciben majestuosamente a los visitantes, y luego capturamos la particular atmósfera del lugar colocando la cámara encima de un murete durante largos minutos. Louis podría escuchar a placer el silencio singular de la naturaleza tukiota, el rumor de la ciudad formando un refinado segundo plano auditivo. El primer plano estaba constituido por el piar de los pájaros y el murmullo de las hojas. Permanecimos así durante un buen rato. Esperando el siguiente punto del programa.

Se iba a celebrar una boda tradicional en Meiji Jingû. No tenía ni la menor idea de por qué Louis deseaba asistir a una boda japonesa; probablemente era algo que había descubierto en un manga y cuya asombrosa belleza había presentado. El cortejo avanzó. Le pregunté con un gesto de cabeza a la novia si podíamos grabar; asintió con una sonrisa. Parecía imbuida por la magia del Meiji Jingû y del instante, inmóvil en su traje inmaculado semejante al botón de una flor, a una crisálida de pureza. El tiempo se había suspendido ante los rojos de los kimonos, los tejados de cobre, los pasos lentos y coordinados, el peso de las tradiciones. Inclínada hacia la cámara, describí la escena a media voz, respetando la solemnidad del momento. Es un espectáculo para ser visto, mi amor. Tienes que asistir a uno tú mismo. Gracias por habernos traído hasta aquí.

Para recuperarnos de tantas emociones decidimos zambullirnos sin transición en la ebullición de Shibuya. Shibuya lo conoce todo el mundo sin conocerlo. Es ese cruce alucinante de pasos de peatones que se entremezclan, de altos edificios adornados con pantallas gigantes tan sonoras como luminosas. El Times Square japonés. Sobre aquel cruce mítico, había leído que es también el ejemplo de la disciplina nipona: cuando los semáforos cambian a verde para los peatones, cientos de personas cruzan al mismo tiempo evitándose metódicamente. «Imagina el follón que se formaría si soltásemos a unos parisinos ahí dentro», comentó mamá con su delicadeza de costumbre. No lo sabía ella bien. Me daba un poco de miedo lo que Louis había previsto, pero debía vivirlo todo al pie de la letra. Debíamos vivirlo todo al pie de la letra.

Nos apostamos en uno de los extremos de uno de los pasos de cebras, rodeadas por un centenar de personas. Enfrente teníamos un centenar más. A pesar de sus protestas, coloqué la cámara de Louis en la frente de mi madre obsequiándola con un «lo tomas o lo dejas», que le hizo reír y refunfuñar que de tal palo tal astilla y que era claramente la hija de mi madre. Encendí la cámara. Cogí su palma arrugada con la mía.

—A la de tres, cerramos los ojos.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿Tú quieres que me muera o qué?

—A la de tres, cerramos los ojos, mamá.

—Jesús, María y José, qué es lo que le he hecho al Dios de mi...

—Mamá, ¡tú nunca has creído en Dios!

—Puede que esa sea la explicación para esto.

Me reí. Se rio. Le dije: «Un, dos, tres, ¡cierra los ojos!».

El semáforo se puso verde para los peatones y avanzamos en medio de la muchedumbre con

los ojos cerrados. Mi madre soltaba gritos de espanto cada vez que alguien la rozaba; yo me reía más y más. Luego mi pie chocó con lo que debía ser una acera, me tropecé, mamá me sujetó, me erguí, y volvimos a abrir los ojos. Estábamos en el otro lado. Acabábamos de cruzar el cruce más poblado del mundo con los ojos cerrados, sin ser empujadas ni una sola vez. Estos japoneses son de una disciplina y de una educación que te dejan desarmada. Nos miramos la una a la otra y nos echamos a reír. Creo que nos sentimos vivas.

Decidimos hacer una bien merecida pausa en un café que dominaba el Shibuya Crossing mientras contemplábamos (y grabábamos) un buen rato el *ballet* de los transeúntes, con lo que habíamos identificado como los últimos *bits* japoneses de moda como música de fondo. Se estaba haciendo de noche y no nos habíamos dado ni cuenta. Eran ya cerca de las 17 horas y todavía teníamos por delante un programa cargado.

Nos dirigimos en taxi al barrio de Shinjuku, capital de la vida nocturna del país, del cual había leído que, aun así, había que andarse con ojo. En el corazón de Kabukichō, el barrio rojo en el que se mezclan las salas de juego, bares de alterne, restaurantes, clubs de *jazz* y reuniones de yakuzas —los mafiosos locales—, más valía no irse con cualquier individuo a cualquier sitio. Nos metimos de lleno en el ajetreo, la gente, los letreros luminosos verticales con ideogramas incomprensibles. Después de haber localizado con dificultad la dirección mencionada por Louis en su lista, definitivamente precisa hasta el extremo en lo que se refería a Tokio, nos encontramos en la sala de espera de Tomohiro Tomoaki, alias Tomo Tomo, el tatuador de las estrellas. Debía pedirle a este último que entintase una parte de mi cuerpo de manera indeleble con el fin de marcar esa casilla de la lista heteróclita de los sueños japoneses de mi hijo.

Las paredes estaban cubiertas con fotos de estrellas internacionales que posaban con orgullo aquí con un águila sobre la cadera, allá con una boca golosa encima del pubis... —ante todo elegancia, no revelaré de qué celebridad se trataba, ni siquiera bajo tortura—, y comencé a preguntarme en qué berenjenal me había metido. Mamá disfrutaba perversamente jugando a las entrevistas mientras me grababa preguntándome cómo me sentía estando a un paso de que me tatuasen un pene en la mejilla derecha, nunca se sabe visto tu nivel de japonés, jaja. Muy divertido. Había decidido mantener mi apariencia sobria y que me tatuaran una simple L mayúscula en el hueco de la muñeca izquierda. La letra permanecería escondida la mayor parte del tiempo.

Cerré los ojos mientras Tomo Tomo me tatuaba, y, al final, me sentí muy satisfecha con el resultado. Un dolor razonable, una L discreta y que me daba un aire magníficamente japonés. Se lo agradecemos con una inclinación reverente fuera de lugar —creo que nunca comprenderé las complejas normas del saludo nipón— y salimos al ajetreo de Kabukichō.

Después de habernos bebido un primer *umesbu* en el Golden Gai, ese insólito barrio de microcasas que ocultan bares en los que no pueden apretujarse más que cinco o seis personas, entramos en un *izakaya*, un restaurante tradicional. Nos quitamos los zapatos y nos sentamos directamente en el suelo, de rodillas en un tatami. Todas aquellas aventuras nos habían dado hambre. Louis había anotado en la lista una orden tan excitante como aterradora:

- Cenar en un *izakaya*, pedir una carta en japonés y sin fotos, pedir cinco elementos al azar... ¡y comérselo todo!

—Creo que voy a pasar, gatita. Al fin y al cabo, eres tú quien debe seguir las instrucciones de Louis, no yo.

—No le echés morro, mamá, si decides ser mi invitada, pues ¡eres mi invitada hasta el final! Venga, vamos a tomarnos otros dos *umesbus*, ¡que te van a dejar como nueva!

Mi madre puso los ojos en blanco fingiendo exasperación con una inmensa sonrisa, y me respondió con su mejor acento: «Vengan esos cama-y-aquí-soba...».

Pedimos nuestra cena a un camarero que no hablaba ni una palabra de inglés, señalando con el dedo enigmáticos ideogramas. El camarero nos hizo a veces alguna pregunta después de nuestras elecciones con expresión sorprendida, una sorpresa bastante interiorizada, a la japonesa. Por supuesto, no comprendíamos nada y asentíamos como tontas mientras nos tronchábamos por lo bajo como dos ramas impacientes. Tenía la impresión de ser Obélix esperando los platos de Mannekenpix el belga, consagrándome a una de las numerosas pruebas largamente meditadas por mi hijo.

En nuestra mesa pronto aterrizaron *sushis* de diversos pescados y demás moluscos: reconocimos el salmón, el atún, la anguila, las huevas de pescado (pero ¿de cuál?), así como una especie de pulpo. No reconocimos: un pescado de carne blanca un poco ácido, un marisco viscoso. Luego llegó una gran sopa de tallarines de la que entendimos que se llamaba *udon*, aderezada con buñuelos de gambas, verduras no identificadas, tofu frito y algas. Hasta ahí, todo iba bien. Luego nos trajeron un simple arroz de acompañamiento, que, al mirarlo más de cerca, resultó estar plagado de minúsculos pescados fritos enteros, ojos incluidos. Mi madre protestó, pero nos lo comimos todo (y lo mascamos, porque aquellos pescaditos eran crujientes) con profusión de muecas.

El golpe de gracia nos lo dio el propio chef, que vino a nuestra mesa con una sepia viva en la mano izquierda y un gran cuchillo en la mano derecha. Cesamos nuestras risas de pavisosas y el estruendoso chef nos obsequió con una perorata de lo más abstrusa mientras depositaba el animal sobre una tabla de madera. Luego descuartizó tranquilamente el bicho, colocándonos finas láminas transparentes en cuencos pequeños. Mamá apartó la mirada; yo me reí y le expuse que, dado que comía ostras vivas, bien podía probar la sepia «casi viva». Luego el chef se plantó delante de nosotras y le dimos las gracias, pero no se marchó. Era evidente que esperaba a que la degustásemos. Ya no teníamos elección. Cogí la cámara y capté justo a tiempo la mueca de mi madre y sus involuntarias arcadas en el mismo momento en que engullía un trozo de sepia coleante.

Bajamos todo aquello con la ayuda de un poco de sake, y luego perdimos miles de yenes (unas decenas de euros) envueltas por el humo de cigarrillo de un *pachinko*, una especie de casino abarrotado donde los decibelios de máquinas tan ruidosas como llenas de luces parpadeantes atruenan y en donde miles de trabajadores en busca de adrenalina sin pasión vienen a ahogar sus insignificantes vidas. Para terminar nuestro recorrido canalla por Shinjuku a lo grande, saboreamos una cerveza con *wasabi* en el Robot Restaurant mientras admirábamos un espectáculo de *cabaret* a medio camino entre un episodio de *Bioman* bajo los efectos del éxtasis, la parodia en cartón piedra de una comedia musical norteamericana y un espectáculo bollywoodense en que se cantaba, bailaba, chillaba y se anunciaba el fallecimiento de nuestros tímpanos.

De regreso a Shibuya, optamos por aquel karaoke colectivo con una panda de japoneses particularmente entonados, y libramos nuestras últimas batallas a golpes de Eurovisión y de disfraces grotescos.

Me llevé a mi madre al hotel sujetándola —ya no podía caminar recta—, y los recepcionistas nos obsequiaron con una sonrisa en la que pude entrever un punto de preocupación.

—*Everything's fine, don't worry. Good night.*

Eran las cuatro de la mañana. Deposité a mamá en la cama, le quité los zapatos y la cofia de criada. Me defenestré una última vez y luego me tumbé yo también.

Intentando despertar a mi hijo, me había dormido como una niña pequeña. Acurrucada contra mi madre.

EXTRACTO DEL CUADERNO DE LAS MARAVILLAS

*Vivir un locurón de día en Tokio
con la persona a la que quiero más en el mundo
(por el momento, mamá)*

- ¡Arramblar con las cartas ultrarraras del Pokémon Center de Ikebukuro!
- Asistir a una boda tradicional en Meiji Jingû (con kimonos y todo eso...).
- Dejarme llevar por la muchedumbre de Shibuya Crossing con los ojos cerrados.
- Que Tomo Tomo, el tatuador de las estrellas, me haga un tatuaje (dirección: Tōkyō-to, Shinjuku-ku, Kabukichō, 1 Chome-12-2).
- Cenar en un *izakaya*, pedir una carta en japonés y sin fotos, pedir cinco elementos al azar... ¡y comérmelo todo! ¡Ñam!
- Apretar todos los botones de un váter japonés.
- Flipar en el Robot Restaurant de Shinjuku.
- Tomar algo en el Golden Gai.
- Destruir mis tímpanos en un *pachinko*.
- Desgañitarme en un karaoke de Shibuya.
- Admirar las luces de Tokio desde lo alto de un rascacielos.

ME ATREVO

Charlotte ha bautizado la 405 como «la habitación de las maravillas» y ahora todo el mundo la llama así. Desde que mamá se plantó con su equipo de sonido bajo el brazo y se pasó una tarde entera poniéndome y contándome todo lo que había grabado con la yaya Odette en Tokio, mamá se ha convertido en una estrella en todo el hospital Robert Debré.

Charlotte le había dicho que le gustaría mucho asistir a la proyección, y para que fuese posible, mamá eligió un día de descanso de la que, desde entonces, tiene un nombre propio y ala que ya no llama Sophie Davant. Por supuesto, Charlotte conocía el contenido del viaje, ya que me había hecho escuchar un montón de fragmentos en la tableta, pero quería oír «en vivo» todos los detalles del relato. En el transcurso de la tarde, otras enfermeras, auxiliares o secretarías médicas entraron y salieron en función de sus pausas, con las mismas risas alegres en cada una de las ocasiones, los mismos agradecimientos. Al terminar, Charlotte le dijo a mamá: «Es excepcional lo que está haciendo por su hijo», y yo estaba muy de acuerdo.

Me tronché toda la tarde, ¡y cómo me hubiese gustado verlo! Grabado, pero también en directo. Lo que más me gustó fue el dúo cómico involuntario que formaron mamá y la yaya, una especie de Laurel y Hardy de pacotilla con chistes malos de viejas. Me encantó, y no soy el único, en vista de los aplausos de los espectadores improvisados. La yaya estaba también para la proyección, y noté que allí había pasado algo entre ellas. Parecían... ¿Cómo decirlo? Cómplices, creo. Nunca las había oído así. Por lo visto, fue la yaya quien montó las películas, porque mamá no tenía ni idea y la yaya es superbuena en informática, pero puedo decir que no censuró nada. Era de locos. Tenía ganas de levantarme y gritar: «¡¡¡Esas son mi madre y mi abuela, chavales, y lo están petando!!!».

Luego mamá se quedó sola conmigo, me abrazó durante un largo rato, creo, y pasó a la página siguiente de mi cuaderno de las maravillas. Leyó lo que estaba escrito y casi se me encima. Al principio me dio un poco de vergüenza, dado que hay algunas movidas un poco sexuales ahí dentro, pero mamá me dijo que, aunque no sabía bien cómo iba a hacerlo para realizar ciertas cosas, las haría. Era domingo 29 de enero, se daba dos días, palabra de scout (cosa que nunca ha sido). Y entonces, teniendo en cuenta lo que le iba a obligar a hacer, hubiera estado bien mostrarle una señal. «Corazoncito, te quiero, te echo de menos, y tu abuela también te echa de menos. Vuelve pronto, todo esto lo hago por ti, para mostrarte hasta qué punto la vida es hermosa, hasta qué punto merece la pena vivirla». Prometido, voy a intentarlo, mamá. Ni te imaginas las ganas que tengo.

Al día siguiente por la tarde, mamá me contó la primera de sus aventuras. Debo confesar que me dejó pasmado. Nunca la hubiese creído capaz de cosas así. Lo peor es que parece haberle molado, parece

habérselo pasado en grande haciendo las gilipolleces que escribí en aquella página que había titulado «¡¡¡Me atrevo a...!!!». Todo un programa.

Comenzó con lo más sencillo de la lista, en todo caso con lo menos comprometedor. Consistía en subirse a un taxi al azar, luego fingir estar completamente aterrorizado y chillar «¡Siga a ese coche!», como en las películas de espionaje. Siempre me ha parecido una frase con mucho swag y siempre he soñado con decirla en la realidad. Bueno, pues mi madre lo hizo. Tres veces, porque las dos primeras fueron humillantes fracasos: la echaron a los cinco segundos. Pero a la tercera va la vencida. Se le ocurrió añadir un simple «policía» delante de la frase, imprimirse y plastificarse un carnet falso que pudiese engañar a alguien que no fuese muy minucioso, que estuviese estresado por la situación, o un poco de ambas posibilidades. Entró hecha una furia en un taxi, esgrimió su insignia de papel y gritó su frase, completamente poseída por la interpretación; según ella misma dijo, «que se prepare la escuela Florent de actores». El taxista salió a toda pastilla. Enseguida le comenzó a hacer preguntas, pero ella tenía preparadas las respuestas. ¿A quién estaban siguiendo? A unos peligrosos atracadores de bancos. Entonces ¿por qué estaba sola cuando los policías siempre van en pareja? Era extraño, ¿no? Se había infiltrado entre los atracadores, estaba a punto de recibir refuerzos. Luego las preguntas se volvieron más precisas. ¿De qué cuerpo de la policía formaba parte? De la brigada financiera... antirrobo. No conocía aquella unidad. Era normal, la habían creado recientemente. ¿Podía decirle su nombre y su grado? Eso la había cogido desprevenida y había respondido a bote pronto «comisaria Adamsberg». El taxista era aficionado a la novela negra, conocía al héroe de Fred Vargas, había pegado un frenazo y le había ordenado salir bajo amenaza de llamar a la policía, a la de verdad. Mi madre obedeció. Con todo, le había dado tiempo a hacerse una foto en el taxi con su insignia en la mano para inmortalizar el instante. Vería aquella jodida imagen cuando tuviese a bien tomarme la molestia de abrir los ojos. Percibí una pizca de reproche en aquella última frase, que achaqué al cansancio.

El miércoles 1 de febrero, mamá me hizo una visita con la yaya para contarme sus hazañas. La víspera, mamá había llevado a la yaya con ella para hacer una «doble marcación de la casilla grabada». Al principio no comprendí lo que quería decir con «doble marcación», pero cuando comenzó a poner la película en la tableta, lo comprendí y viví el episodio como si hubiera estado allí. Se habían preocupado de aclararme en voz alta todo lo que pasaba, evitar lo que no se dice... Se estaban convirtiendo en auténticas pros de la audiodescripción de películas. Para la correcta comprensión de lo que sigue, le aclaro a usted que el diálogo transcurre entre la señora Ernest —mi profe de mates— y mi madre. La yaya sujeta la cámara al lado. Fragmentos escogidos de lo que oí:

—Gracias por recibirme y acceder a que la grabemos, señora Ernest. Para nosotras es muy importante lo que hace aquí.

—No me lo agradezcan, se lo ruego. Me dio mucha pena cuando me enteré de lo de su hijo. Espero que salga de esto.

—Puede hablarle, le pondremos la grabación.

—Eh... De acuerdo. Mi querido Louis, te deseo mucho ánimo. Eres un chico fuerte. Sacaste un diez en tu último examen, puedes estar orgulloso.

Nota personal: son un poco pochos estos ánimos de la señora Ernest, ¿no? Parece el maestro Yoda en sus días malos.

—Gracias, señora Ernest. Estoy segura de que a Louis le llegará hondo. Pero... tengo un favor que pedirle. Para Louis y para todos los niños enfermos del mundo entero. Me gustaría que aceptase.

—Si puedo ayudarla, estaría encantada.

—Bien. Entonces se lo explico. No se enfade, es un poco delicado. Allá voy: hay un nuevo reto en las redes sociales sobre un tema muy serio; se llama el boob challenge, es decir, el reto de los pechos, p-e-c-h-o-s. Consiste en tocar los pechos de diferentes personas con el fin de recaudar fondos para la investigación del coma profundo.

—Es una broma, supongo.

—En absoluto. Me imagino que ya habrá visto esas campañas en las que las famosas posan con el pecho desnudo para luchar contra el cáncer...

—Creo que sí...

—Bueno, pues es el mismo principio. Se pixelan los rostros, claro. Todo es anónimo. Me he propuesto tocar los pechos de cada persona que a Louis le importa con el fin de realizar mi contribución, mi piedra del edificio. Me gustaría mucho tocarle los pechos, señora Ernest.

Nota personal: a mamá casi se le quiebra la voz al decirle todo aquello. ¡Mi madre es increíble!

El final de la escena era extraordinario. Tras las evidentes protestas de mi matemática favorita, mi madre le mostró a la señora Ernest un vídeo en el cual le tocaba los pechos a varias personas: a mi abuela, evidentemente, pero también a Charlotte, nuestra enfermera preferida, y a Françoise, la mujer que viene a casa a limpiar. Así que la señora Ernest dijo finalmente que sí, y mamá me describió cómo había colocado con delicadeza las manos en aquel pecho firme, le dio las gracias y se despidió. Mamá luego me sermoneó explicándome que esa clase de cosas no se hacían, que comprendía los delirios de los alumnos de secundaria, pero que tocarle el pecho a una persona sin su consentimiento equivalía a un abuso sexual, que precisamente por eso le había pedido —más o menos— su autorización a aquella amable joven. En cualquier caso, no se lo había hecho a traición. Mamá parecía enfadada, pero acabó diciéndome que entendía que fantasease con aquella profe, que era realmente guapa y que estaba segura de que muy pronto un montón de chicas estarían de acuerdo con que yo les tocase los pechos, con su consentimiento.

Después mamá y la yaya vagaron por los pasillos del instituto en busca de la clase de la señora Cropsiron, la profe de inglés a la que no soporto. Cuando la identificaron, se colaron en el interior del aula haciendo el ninja (a escondidillas, para los mayores de cuarenta años), la yaya encendió la cámara, luego la luz, y mamá se quedó en pelotas delante de la tabla de los verbos irregulares. Se rieron como unas locas y se dieron de narices con el director al salir de la clase. Mamá estaba todavía a medio vestir; me dijo: «Si hubieses visto la cara que puso...». Luego mamá jugó a tope la carta del patetismo para salir airosa arguyendo que tenía que conseguir uno de los cuadernos de su hijo Louis, «Ya sabe, señor Farès...». El señor Farès se ablandó del todo y la acompañó en el sentimiento. Aquello no le hizo gracia a nadie. Mamá le dijo que yo estaba vivo, y eso estropeó el momento. Mamá ya no se rio más. Me dijo que ahora tenía que ser fuerte, que seguía creyendo en mí, que me quería más que a nada y que me echaba muchísimo de menos.

Ya no reconozco a mi madre. Es ella, por supuesto. Pero más abierta, más alegre, más relajada, más divertida. Y también más sincera, más expresiva.

Es mi madre en su mejor versión.

EXTRACTO DEL CUADERNO DE LAS MARAVILLAS

iii Me atrevo a...!!!

- iii Tocarle los pechos a la señora Ernest!!!
- Subir a un taxi y gritar: «¡Siga a ese coche!».
- ¡Quedarme en pelotas en la clase de la señora Grospron!

12
DÍA 17
CHARLOTTE FOREVER

Cuando salí de la habitación de Louis después de haberle contado con un montón de risas forzadas las picantes hazañas de su madre y de su abuela en el instituto Paul Eluard, estaba agotada.

Hubiese necesitado sentarme allí, en el pasillo de la cuarta planta. Solo un instante. Esa misma mañana me había dado cuenta de un detalle que adquirió una importancia considerable en mi mente. Louis no ha visto prácticamente nada desde el mes de enero de 2017. Estaba en esta habitación 405, cuya decoración me daba ganas de vomitar desde entonces.

Ya no podía más con esa ventana que no me ofrecía como horizonte sino una triste geometría de hormigón por encima de un bulevar grisáceo. Ya no podía más con ese suelo de linóleo verde, con esas paredes en donde las pegatinas de pájaros risueños, de naves espaciales fantasiosas y demás flores delicadas se supone que atenuaban el olor a éter que se me agarraba a la garganta. Ya no podía más con esa poesía forzada, esa alegría de vivir falsa en la que me movía, esas fo-tos sonrientes que contrastaban dolorosamente con los gritos, los quejidos que resonaban a veces al otro lado del pasillo. Ya no podía más con todos esos tubos que me bloqueaban el acceso a la verdadera, a la única belleza presente aquí, la de mi hijo. Ya no podía imaginarme más que Louis tal vez nunca volviese a ver la primavera.

Todas estas reflexiones me resultaban insoportables. La mayor parte del tiempo lograba mantenerme distanciada de ellas, pero, cuanto más nos acercábamos al 18 de febrero —es decir, un mes día tras día después del anuncio del doctor Beaugrand—, más sentía que el terror invadía mis entrañas. Louis tenía que despertarse... ¡ahora! ¡Después sería demasiado tarde! El frío aplastante de su ausencia me mataría a fuego lento. No sobreviviría a la llegada de una primavera en que él me faltara. La primavera sería mi límite físico, mi frontera emocional.

Sumida en mis pensamientos, había adoptado en aquella silla incómoda de hospital una postura que podía parecer a primera vista fruto de la desesperación. Mi cabeza inclinada estaba apoyada sobre las palmas de mis manos, mis dedos realizaban lentos movimientos circulares sobre mi cuero cabelludo. Me proporcionaba un masaje para evitar hundirme en la primavera. Estábamos a comienzos del mes de febrero, me quedaban diecisiete días para despertar a mi hijo, debía aguantar.

No oí acercarse a Charlotte y me sobresalté cuando interrumpió suavemente mis reflexiones estacionales.

—¿Va todo bien?

—Me ha dado un susto... Sí, gracias, Charlotte, todo va bien. Un bajoncillo, eso es todo.

—He terminado mi turno, ¿quiere que la lleve a casa? Creo que vive cerca del canal Saint-Martin, me coge de camino.

—Gracias, es un detalle, pero no quiero molestarla. Voy a volver caminando; me sentará bien el aire fresco.

—Si quiere aire fresco, conmigo va servida, voy en una escúter. Venga, la llevo, no se haga de rogar.

No le dije que sí, pero la seguí de todos modos.

Unos días antes me había dado cuenta de que le había tomado cierto cariño a aquella chica. Al contrario que algunas de sus colegas del hospital, siempre era extremadamente atenta con Louis, extremadamente respetuosa. Mientras que otras no dudaban en continuar sus conversaciones personales delante de mi hijo, como si no existiese o fuese transparente, Charlotte le hablaba. Mientras que otras se dirigían a él como si fuera un retrasado mental con el que había que utilizar una voz empalagosa y unas palabras simplonas, Charlotte le describía lo que estaba haciendo, con precisión, con normalidad.

Charlotte cumplía con un trabajo difícil, siempre con una sonrisa. Tenía algo que resplandecía en su cabello rubio, en su tez luminosa. Una brisa solar en su mirada azul celeste. Una alegría de vivir aguda, contagiosa, casi violenta. Con apenas un metro cincuenta y cinco, aquella chica resultaba impresionante por su aplomo, su sangre fría, su bondad. Era valiente, y nunca se quejaba delante de los pacientes o de sus familias. De alguna manera, comenzaba a admirarla. Como mínimo, la respetaba por lo que era, lo que transmitía, lo que hacía. Y, sin embargo, debía de tener sus propios problemas. Una gotera que arreglar, unos números rojos que solucionar, un resfriado que no acabase de curar, un novio que no llamase, una moto que no arrancase.

De repente me entraron ganas de conocerla. No sé por qué. Sí, sí sé por qué. Porque parecía querer a mi hijo. *Querer* quizá sea una palabra un poco fuerte; se había curtido a la fuerza en el transcurso de los años para no derrumbarse ante toda aquella exhibición de desesperación humana, pero aquel adolescente, su madre y su abuela un poco chifladas no le resultaban indiferentes.

¿Cuál era su historia? ¿Cómo había decidido ejercer aquel oficio? ¿En dónde vivía? ¿Qué edad tenía? ¿Tenía hijos? ¿Estaba casada? ¿Tenía perro, gato, hámster?

Cuando llegamos a la puerta de mi casa, me sorprendí entablado esta conversación:

—¿No quiere subir un momento?

—Muy amable, pero no quisiera... Y, de todas formas, no puedo...

—¿Sabe? Si se lo propongo, es porque me apetece. Pero seamos claras: ¡no estoy intentando ligar!

Añadí aquella última aclaración riéndome, puesto que la vi dudar y comprendí al instante hasta qué punto aquella propuesta —y, sobre todo, la frase que había empleado— podía parecer ambigua. Ella también se rio, y respondió que no se lo había tomado por ahí, pero que de veras no podía. Después de una pausa, añadió:

—Es que organizo una pequeña fiesta en mi casa esta noche por mi cumpleaños, que fue

anteayer, y, si quiere venir, es bienvenida.

—Gracias por proponérmelo, Charlotte, significa mucho para mí. De verdad. Pero no se sienta obligada a invitarme, y no se lleve trabajo a casa, ya lo hace muy bien en el hospital. No hay necesidad de echarse al hombro a las madres depresivas de sus pacientes... En cualquier caso, ¡feliz cumpleaños!

—Gracias... ¿Sabe? Si se lo propongo, es porque me apetece. Pero seamos claras: ¡no estoy intentando ligar!

Nos reímos de nuevo, y Charlotte insistió asegurándome que me despejaría, y que vivía a dos pasos. Sabía que vivía como ella a orillas del canal Saint-Martin, como probablemente más de cien mil parisinos, pero no pensaba que fuéramos prácticamente vecinas. Me dio su dirección; en efecto, estaba a tres calles de mi casa. Si me aburría o no me sentía cómoda, podría marcharme en cualquier momento, sería una fiesta pequeña, muy sencilla, de amigos, del tipo bufé-nada-de-comer-sentados-sin-formalidades, cada uno llegaría y se iría cuando le fuera apeteciendo. Luego añadió: «Déjese llevar, ¡a usted le hará bien y a mí me hará ilusión!». Dijo todo aquello con ese brillo en la mirada que la caracteriza.

Acepté. Dijo algo como «Genial, entonces, nos vemos hacia las ocho» y vi alejarse su liviana silueta montada en la escúter.

Joder, ¿por qué había aceptado? ¿Qué podría contarles a todos esos desconocidos? Ya en mi casa, me observé en el espejo del dormitorio y sentí que se adueñaba de mí un ataque de pánico. Se trataría de la primera vez que salía desde el accidente de Louis. Comencé el balance de la situación levantándome las perneras del pantalón. Mandé todo a paseo de inmediato al constatar horrorizada que mis piernas estaban más cerca de las de Chewbacca que de las de *miss* Mundo. Y se me empezaban a ver las raíces sin tinte. En Hégémonie me hubiesen tirado piedras, o, como mínimo, tomates.

¿Qué hora era? Las 16 horas y 15 minutos. Me quedaban tres horas y cuarenta y cinco minutos para arreglarlo y tener una pinta un poco decente. Bendije que el dios de los salones de belleza viviese en París y no en uno de esos puebluchos en donde todo está cerrado a partir de las seis... Todavía me daba tiempo a hacer que mi pilosidad fuese menos aterradora, a comprar unas flores para agradecerle a Charlotte la invitación, a pasar por un peluquero y a camuflar mis arrugas bajo una de esas bases de maquillaje que cogían polvo en mis armarios desde hacía un mes.

Agarré la chaqueta y salí a toda prisa. Justo antes de hacerlo, le dejé a mi madre el pósito que le provocaría la conmoción de su vida. Escribí con sobriedad, pero excitada: «No prepares nada para la cena, voy a salir».

13
DÍA 17
UN BAR CUTRE

Una fiesta pequeña, muy sencilla, sin formalidades, había dicho Charlotte. Y tanto, el apartamento era minúsculo y estaba abarrotado.

Me sentí como en la fiesta de Navidad de Hégémonie, la clase de fiesta en la que siempre me ha dado la impresión de que cada participante ha ayunado durante tres meses, mientras que a mí, la bien educada, al cabo de cinco minutos no suelen quedarme más de tres canapés de jamón. Pues sí, en casa de Charlotte había que pelearse de verdad para tener la esperanza de acceder al bufé y a alguna bebida.

Charlotte me recibió con una gran sonrisa, invitándome a entrar, agradeciéndome las flores y obsequiándome con un «Guau, estás muy guapa» que me hizo feliz. Había optado por un atuendo sencillo pero eficaz: vaqueros ajustados, blusa blanca que tendía a translúcida, tacones de aguja rojo carmín. Le devolví el cumplido. Charlotte estaba para morir. Naturalmente, la reconocía, pero su *look* de la noche no tenía nada que ver con el uniforme bata-blanca-zuecos-poco-maquillaje con el que estaba acostumbrada a verla. Subida a unas sandalias de plataforma que realzaban sus piernas bronceadas diez buenos centímetros, revoloteaba con su vestido negro, atendiendo con su contagioso entusiasmo a cada uno de sus invitados. Dado que debía de haber cincuenta personas, había calculado enseguida que mi cuota de Charlotte en el transcurso de la velada sería muy limitada.

Estaba allí desde hacía casi veinte minutos y todavía no había entablado conversación con nadie. Era la más mayor de todos los invitados. Charlotte debía de tener diez años menos que yo; no me lo había planteado tan claramente en el hospital, pero ahora que la observaba en su hábitat natural, resultaba evidente. ¿Qué leches hacía yo allí, joder? A medida que pasaban los minutos, me sentía cada vez más fuera de lugar. Era diferente a aquella fauna de jóvenes solteros, despreocupados, sonrientes, bebedores, fumadores. Aunque les tenía envidia. Quería parecerme a ellos, dar el pego. Yo, normalmente tan cómoda en las conversaciones de barra de bar o de máquina de café, había perdido esa capacidad de fingir que me interesaba lo que no me interesaba, de reaccionar con asentimientos de cabeza o de «ah, estupendo... oh, me alegro... pero no me digas, eso es genial...» a las elucubraciones de un casi conocido que te cuenta sus vacaciones en Nepal. Aquellas pocas semanas habían anestesiado mis sinapsis de socialización.

No me había dado cuenta, puesto que no había vuelto a enfrentarme a una situación así desde que había salido dando un portazo de Hégémonie. Estaba a punto de marcharme cuando oí que un hombre se dirigía a mí.

—Es increíble, estos críos estarían dispuestos a lo que fuese por unos gramos de etanol. ¿Puedo ofrecerle algo, señorita? Bueno, si consigo pasar...

Tenía una voz cálida, ronca, casi cascada. Muy masculina. Me volví con una respuesta en la punta de la lengua de esas que cortan los ímpetus de los ligones que hablan como en un libro:

—No, gra...

Y me detuve en seco. El tío era guapo. Encantador. No me lo esperaba. En los cuarenta o un poco más —daba igual—, en cualquier caso con unos años por encima de la media de aquella fiesta. Alto, el rostro franco, bastante clásico, una musculatura que adivinaba bien definida a través de su camiseta fluida gris de manga larga. Barba fina y cuidada, media melena negra rizada que llevaba detrás de las orejas pero que se veía enseguida que tenía tendencia a rebelarse. Seguramente un latino, tosco y sofisticado a la vez. Ojos muy oscuros en el límite con el negro. Un brillo casi violento en la mirada, a pesar de su sonrisa. Porque me sonreía esperando mi respuesta. Me quedé inmóvil, es probable que un poco con cara de boba, cuando una chica cargada de cervezas me golpeó. Choque. Caída de cerveza al suelo. Intento desesperado de agarrarme a un vecino. Fracaso. Resbalón. Caída de cerveza encima de mi blusa blanca. Humillación.

La chica se deshizo en excusas al tiempo que me llamaba una y otra vez *señora*. Humillación al cuadrado.

Mi guapo desconocido me había tratado de *señorita*, era mi premio de consolación. Mierda, mi blusa. No me faltaba más que un buen concurso de camisetas mojadas con cerveza... Le dije a la muchacha que no era grave —de verdad, no pasa nada— y mi galán me tendió las manos y me ayudó a levantarme. Me sorprendió el contraste entre sus manos firmes, enérgicas, totalmente coherentes con la imagen un poco ruda que transmitía, y la longitud inusual de sus dedos. Las manos son lo primero que miro en un hombre, después de los ojos y el culo, por supuesto. De la parte posterior todavía no había podido hacerme una idea, pero los ojos y las manos respondían a las expectativas.

—Lo siento, ha sido culpa mía... Si no la hubiese distraído...

—No se preocupe, no es nada, y, además, me encanta el olor de la cerveza sobre mi cuerpo.

Joder, Thelma, ¿qué mierda de broma es esta, no se te podía ocurrir nada mejor?

—Sienta muy bien. A mí también me encanta el olor de la cerveza sobre su cuerpo.

El tío tenía sentido del humor. Me seguía el juego.

—Retomemos donde estábamos, ¿quiere? Permítame que le ofrezca esa copa que le he prometido...

¿De dónde salía aquel tío que parecía un héroe de una película de acción y que hablaba como un actor intelectual? Imposible no quedarse de piedra saliese de donde saliese. Debo confesarlo: sentí por aquel desconocido una atracción inmediata, casi animal, inexplicable, desconcertante. Puñeteras feromonas.

Iba a aceptar la copa, pero refrené mis impulsos. Pensé en Louis. Hacía veinte minutos que no había pensado en él. ¿Qué estaba haciendo? ¿Olvidarme de mi hijo? ¿Con qué derecho me estaba pavoneando de pechos empapados en alcohol ante un guaperas? Un profundo abismo de

culpabilidad se abrió ante mí y comenzó a absorberme, castigándome por ser capaz de tener pensamientos lúbricos cuando mi hijo estaba en coma. Un olor a bar cutre empezaba a emanar de mi blusa. Me parecí patética. Debía marcharme en el acto.

—No, gracias, de verdad. Tengo que irme. De todas formas, ya no estoy presentable.

—Le aseguro que está más que presentable. Insisto. Déjeme que le ofrezca esa copa, luego se va.

—Lo siento. Buenas noches.

Agarré mi abrigo y salí de allí, sin ni siquiera despedirme de Charlotte, quien hablaba en su balcón con un chico que empalmaba un cigarrillo con otro. Se había perdido el chorro de cerveza intempestivo. Mejor, al menos había conservado un poco de dignidad ante ella.

Qué gilipollas había sido al aceptar. No estaba lista, hubiese debido darme cuenta antes de ir. Pero tenía tantas ganas de creer que mi vida podía volver a ser normal... Que yo podía volver a ser normal... Me había equivocado.

Estaba a cinco minutos solamente de mi casa, pero necesitaba caminar. Un buen rato. No podía regresar tan pronto a casa, mamá me hubiese acribillado a preguntas. Ante la idea de que fuese a salir, se había mostrado todavía más entusiasmada que yo, me había hecho darme un baño y me había llamado «mi dulce gatita» para todo, al tiempo que me recordaba lo maravillosa que era, que tenía todo el derecho del mundo a seguir con mi vida, que tenía todo el derecho del mundo a ser feliz. Casi me había dejado convencer, pero había comprendido un poco tarde que mi única prioridad, mi amor, mi carga, mi dolor, mi alegría, mi esperanza, mi vida seguían siendo Louis.

Sola en la calle, deambulé junto a aquel canal Saint-Martin que tanto le gustaba a mi hijo. Se me saltaron las lágrimas cuando me di cuenta de que a veces pensaba en él en pasado. Las contuve ahí, justo al borde. Aquel canal Saint-Martin que tanto le *gusta* a mi hijo. Louis no está muerto, Thelma. Louis va a vivir.

Hacia bueno para estar a principios de febrero, me dejé el abrigo abierto con el fin de que se me secase la blusa, lo que me proporcionó un olor de lo más desagradable. Había pasado del bar cutre a la discoteca de las 4 de la madrugada.

Volví a pensar en mi caballero de la noche. Al final, no sabía nada de él, pero la huella de sus manos todavía la notaba en las mías. Me mordí el labio inferior para castigarme por aquellos pensamientos fuera de lugar.

Me senté en un banco, escruté la superficie del canal Saint-Martin y me pregunté qué sensación se tendría al morir ahogado: ¿era doloroso, era lento, era soportable? Morir parecía tan fácil, en el fondo. ¿Por qué sentimos en lo más profundo de nosotros la necesidad de vivir cueste lo que cueste?, ¿por qué ese puñetero instinto?, ¿por qué ese mandato de no abandonar estaba tan presente? Hubiese sido más sencillo abandonar. Me hubiese podido inclinar con tanta fuerza que me hubiese caído, me hubiese hundido en el agua de aquel canal fangoso: nadie me hubiese visto si lo hubiese hecho correctamente. Pero no abandonaría, lo sabía. Estaba en el purgatorio, condenada a vivir.

Comencé a inspirar el aire nocturno con un ansia desesperada, como si fuesen bocanadas de oxígeno comprimido en una botella de habitación de hospital.

14
DÍA 16
Y UNO, Y DOS.

El día posterior a la fiesta en casa de Charlotte, mi madre no dejó de interrogarme, y se dio cuenta bastante rápido de que le contestaba con evasivas. Traté de inventarme alguna bola, pero me acordé de que mamá conocía a la enfermera tan bien como yo. Así que no le costaría nada enterarse de que había abandonado el lugar muy pronto. Tanto daba adelantarme y ponerle una excusa tonta. «Me he marchado bastante pronto porque no me sentía muy bien, probablemente algo que no había digerido a mediodía, o bien el cansancio. Me fui para tomar el aire, caminar por París. Sí, por supuesto, va todo muy bien, mamá». No se lo tragó —nunca lo hace—, pero me dejó tranquila. Me dijo como si nada que el pequeño cuaderno de Louis también me sentaba bien a mí, que nos sentaba bien a todos. Tal vez pudiese retomararlo, eso me despejaría la mente.

Tenía razón. Me quedaban dieciséis días apenas y Louis todavía no mostraba ningún indicio de despertar. Los electroencefalogramas seguían siendo desesperadamente iguales, todavía igual de anárquicos. Había preguntado si era posible que se nos escaparan momentos de conciencia, que se nos escapara la actividad real de su cerebro. Me respondieron que, en un coma, todo era posible, pero que la preocupación aumentaba a medida que pasaba el tiempo.

Antes de abrir el cuaderno de mi hijo, lo apreté contra mí, lo olí. Quedaban todavía en él algunos rastros de Louis, pero se volvían fugaces. En el hospital, Louis ya no tenía más olor que el de los productos para el aseo que le aplicaban. ¿Cuánto tiempo permanecerían accesibles aquellas migajas de mi hijo? El tiempo difuminaba los olores, volvía borrosas las imágenes. Necesitaba mirar fotos para que sus ojos y su sonrisa no se borrarán, para mantenerlos vivos, para que no cayesen en las profundidades de una memoria que vacilaba demasiado pronto.

Acaricié la tapa del cuaderno de las maravillas de Louis. Pasé la página sobre el tocamiento de pechos de la profe de mates y no pude evitar una sonrisa. Luego cerré los ojos, y continué. Abrí solo uno, temiéndome lo que iba a venírseme encima, prolongando aquel pequeño placer que tendría también una duración limitada. El número de páginas rellenas era reducido, Louis contaba con vivir. Louis no había tenido bastante tiempo. Al leer aquella página, primero chillé dentro de mí: «Oh, ¡eso no!», luego me entró una especie de risa nerviosa muy significativa. En realidad, me esperaba que hubiese cualquier cosa en relación con el fútbol en aquel cuaderno, incluso me había sorprendido que ese deporte adorado por Louis no estuviese presente desde la

primera página. Vale, las imágenes futbolísticas saturaban ya la tapa, eran señales visuales que me habían preparado mentalmente. A pesar de esas expectativas, la sentencia era terrible, y se extendía en letras redondeadas por aquella página que no dejaba de hacerme burla. Llamé a mi madre y le tendí el cuaderno de Louis. Se partió de risa, castigándome con un «¡Conque no te ha pasado una!».

En la página, la escena del crimen de lesa fútbol se extendía con una desconfianza jubilosa.

Fútbol fútbol fútbol

- Hacer un curso intensivo con Edgar, *yes!!!* (E Isa...)

¿Quién era el tal Edgar? Su entrenador de fútbol seguramente. Me acordaba vagamente de haber oído aquel nombre en boca de Louis, pero nunca escucho de verdad cuando se trata de ese deporte. Ahora bien, ¿qué demonios pintaba en este berenjenal aquella misteriosa Isa cuyo nombre aparecía ya por segunda vez?

Pasado el efecto sorpresa, me pregunté si podía encontrar algún medio de eludir aquel sueño. No se trataba de no cumplir con mi promesa, haría lo que estaba escrito, pero siempre podía probar con mi propia interpretación alternativa. Después de todo, Louis hablaba de un curso intensivo sin precisar su contenido. Quizá pudiera encontrar a una persona que se llamase Edgar, otra que se llamara Isabelle, pedirles que jugaran a un videojuego de fútbol de manera intensiva durante unos días y de ese modo validar aquella prueba al tiempo que me quedaba bien calentita en mi casa.

Hay que decir que siempre he odiado el fútbol. Nunca he comprendido mediante qué oscuro proceso genético una aversión así había podido transmutarse en pasión en mi descendencia. Tampoco recordaba que el padre de Louis hubiese estado particularmente fascinado por ese deporte. No, era algo que aquel niño había desarrollado él solo, probablemente ayudado por las grandes marcas mundiales que se gastan millones para transformar a palurdos de vocabulario limitado en estrellas intersiderales y un deporte totalmente trivial en una disciplina reina. Por supuesto, no hay que meter a todo el mundo en el mismo saco, todos los jugadores no son unos completos idiotas, pero, aun así, cómo ha podido nuestra sociedad normalizar la atribución de un salario diez mil veces más alto a un futbolista que a una enfermera, un profesor o un investigador —gente del mundo real, con un oficio útil—, eso no me lo explico.

En mi caso, no es solo una cuestión de fútbol. No me gusta el deporte en general. Hice un poco de danza entre primero y cuarto de primaria, con una asiduidad muy relativa: por ejemplo, siempre me las arreglé para no sufrir la gala de fin de curso. En el colegio y en el instituto, era de las que les dolía el vientre, de las que tenían la regla, una migraña que no se pasaba, una torcedura de tobillo... cualquier excusa era buena para fumarme las clases de educación física.

Pero si Louis estaba consciente, ¿cómo recibiría mi desvergonzada manera de eludir aquel sueño en el fondo tan sencillo de realizar?

—¿Lo dices en serio, mamá? ¿Así es como quieres darme ganas de volver, fabricando mentiras y no haciendo ni siquiera el esfuerzo de interesarte por lo que me apasiona? De todas formas, nunca te he interesado...

—Pero odio el fútbol, ya lo sabes...

—No valgo un pequeño esfuerzo físico, ¿es eso? ¡Si tú supieras lo que me gustaría estar en tu lugar...!

—Si tú supieras cómo me gustaría que estuvieras en mi lugar... Lo daría todo por que pudiésemos cambiarnos el puesto, amoretto.

Después de aquellas vacilaciones y diálogo imaginario, tuve que rendirme a la evidencia. No podía dar marcha atrás. Me decidí a buscar a ese hombre, Edgar. Estábamos a jueves 2 de febrero, las vacaciones escolares empezaban dentro de dos días, ¿habría tal vez intensivos organizados para las vacaciones? Cursos para viejas debutantes en el fútbol, lo dudaba mucho... Iba a tener que convencer a ese entrenador de que me dejase participar en una de sus sesiones para granujientos. Iba a pasar por loca, pero empezaba a acostumbrarme.

Rebusqué en la parte consagrada a Louis de la carpeta de los papeles administrativos: facturas de comedor, certificados médicos y matrículas de todas clases.

Matrícula de su curso de guitarra (lo dejó al cabo de tres meses), de su intensivo de *ping-pong* (le insistí en que no le iba a emocionar, pero no quiso escuchar, y lo odió), matrícula de fútbol, fútbol, fútbol. Desde los seis años. Los primeros años, tenía que levantarme a las cinco de la madrugada un funesto día de junio para ir a hacer cola para la matrícula. El personal del centro deportivo no llegaba antes de las nueve, pero había que esperar desde el amanecer, rodeada de padres dispuestos a todo para asegurarse conseguir la actividad favorita de sus retoños, lanzando miradas suspicaces a cualquiera que traspasase la línea imaginaria que habían trazado para notificar que estaban delante de los demás. Ese año había logrado quitarme de encima aquella lata: Louis ya era mayor, lo había mandado a quedarse allí plantado él solo; bueno, no del todo, flanqueado por dos de sus amigos futboleros y la madre de uno de ellos. Había esperado allí de pie y se había inscrito él mismo. Desde que había vuelto al instituto en septiembre, iba al entrenamiento solo, volvía solo, y había conseguido escabullirme de todas las peticiones de que lo acompañara a torneo o partido alguno. Estaba muy orgullosa del éxito de esta estrategia de evitación, incluso había presumido de ella en la máquina de café de Hégémonie, llamándome mala madre mientras me reía. Entonces pensaba con sinceridad que se trataba de un sinónimo de «madre que compagina su vida de madre y su vida profesional...».

Sentí que se me encogía el corazón cuando me di cuenta de hasta qué punto me había apartado de aquella pasión de Louis, hasta qué punto, en tono de permanente broma, mi manera de escabullirme debía de haberle parecido injusta. La aprobación, la mirada de un padre son muy importantes. Desde hacía numerosos meses, no había aceptado concederle ni un solo minuto de mi valioso tiempo al fútbol. El fútbol no sufriría por ello, pensaba entonces. El fútbol no había sufrido, podía estar segura, pero ¿Louis? ¿Aquel rechazo en bloque de la pasión de mi hijo no era el mismo que me exasperaba en mi adolescencia? ¿Cómo había podido reproducir de forma tan espontánea el comportamiento de mi madre? Louis parecía haberse amoldado a ello, por supuesto, ¿qué otra cosa podía hacer? Y ¿qué me hubiese costado mostrarle un poco de interés? Unas horas de pie en las gradas, unos aplausos, unos ánimos, unas sonrisas en mis ojos, en los suyos. Aquello también se me había escapado y me ponía enferma.

Cada vez soportaba menos lo que descubría de mí, de mi comportamiento pasado. Quería cambiarlo todo en mi vida, cambiarlo todo para que todo fuese diferente, para que todo fuese mejor. Había tenido una larga charla con mamá sobre el tema el día anterior. O, mejor dicho,

mamá me había soltado uno de esos monólogos cuyo secreto solo posee ella: «Tienes que separar el grano de la paja —me había espetado—. No eres una madre perfecta, no eres una mujer perfecta, no eres una hija perfecta (eso te lo garantizo), pero lo haces lo mejor que puedes en el momento en que vives las cosas. Cada uno se las apaña como puede, y no hay a un lado las madres perfectas y al otro las madres gilipollas, mi dulce gatita. Te he visto con Louis millares de veces. Para él, eres la madre perfecta porque eres su madre. No lo dudes nunca. Si Louis es lo que es hoy —y no es porque sea mi nieto, sino objetivamente—, es decir, un chico admirable en cuanto a inteligencia, ingenio y bondad..., bueno, pues, si es así hoy, es gracias a ti. A ese pequeño lo has criado tú, y puedes estar orgullosa de ello. No, no digas nada, te veo mover la cabeza y vas a soltar una tontería más grande que tú. Puedes estar orgullosa de ti. Yo estoy orgullosa de ti».

Mi madre tiene el don de lograr que se me salten las lágrimas con sus grandes parrafadas sobre la vida en el momento en que lo necesito. En eso también debe de consistir ser madre.

Agarré mi teléfono y llamé al centro de ocio. Sí, en efecto, habría cursos intensivos durante las vacaciones. No, ninguno para adultos. Para los intensivos de niños y adolescentes, tiene que dirigirse directamente a Edgar. Sus entrenamientos tienen lugar el miércoles por la tarde y el viernes a última hora.

Gracias, entonces iré a matricularme con Edgar, trato hecho.

15
DÍAS 15 AL 10
EDGAR

—Vamos, dejamos los balones y podemos ir a beber... ¡con calma!

Joder, estaba a punto de palmarla. Me ardían los pulmones como nunca, y todos los músculos de mi cuerpo me estaban haciendo pasar un calvario. Había descubierto incluso algunos cuya existencia ignoraba. ¿Cómo era posible que te doliesen los bíceps y entre las costillas jugando al fútbol? Al lanzarme a hacer esto, claro que me había imaginado que tendría algunas agujetas, pero no se me había ocurrido que me dolería de la cabeza a los pies. Estaba pagando por mi inactividad de los últimos veinticinco años. Si no se lo hubiese prometido a Louis, hubiese abandonado muy pronto aquellas sesiones de tortura. Nos encontrábamos en el tercer día, me quedaba todavía uno. Estaba a un pelo de tallar palitos en un árbol como una condenada que cuenta las horas que la separan de la libertad.

Edgar se acercó, me preguntó si iba todo bien. Hubiese podido contestarle secamente que por supuesto que nunca había estado tan a tope en toda mi vida, que siempre había soñado con revolcarme en el barro con una panda de prepúberes que oliesen a sudor, pero me abstuve. Me recompuse el pelo mientras asentía: «Sí, sí, todo va bien, un poco cansada, eso es todo». Suave eufemismo para alguien cuyos aparatos muscular y respiratorio se estaban licuando.

Edgar. Si había algo verdaderamente positivo en toda esta experiencia, era haber conocido a Edgar. Aquel tío era increíble. Le buscaba el fallo sin encontrarlo. Lo que sentía resultaba extraño, nuevo. Echaba pestes todo el santo día contra él, sus ejercicios, su autoridad natural que hacía callar a los más rebeldes de mis preadolescentes compañeros reclusos, y, al mismo tiempo, lo admiraba. Lo admiraba por su sencillez, su autenticidad, su fuerza casi animal, y las leves grietas que había percibido en él. Tenía la impresión de conocerlo desde siempre.

Cuando me presenté al entrenamiento del viernes por la noche para pedir información y matricularme —con el alma hecha pedazos— en un posible intensivo, tuve que aguardar en un pequeño local contiguo al terreno deportivo del centro de ocio, dándole sorbos a un café con demasiado azúcar mientras perfilaba mi estrategia. Por fin, tras una segunda llamada telefónica, había obtenido el folleto especial de la «semana blanca», en el que localicé dos intensivos de fútbol sucesivos de cuatro días cada uno, uno de ocho a doce años, otro de trece a dieciséis.

Confiaba en jugar limpio con Edgar, explicarle con todo detalle mi proyecto. Preveía las

reticencias que podría mostrar. Había llevado el certificado de hospitalización de Louis con el fin de probar mi buena fe y evitar que sospechase que era una depredadora sexual pederasta. Me había preparado para todas las reacciones. Y estaba dispuesta a sobornarlo si hacía falta.

Esperaba al famoso Edgar, y me lo imaginaba parecido al señor Ducros, mi profesor de educación física de tercero, al que llamábamos el pequeño ninja porque era a un tiempo minúsculo, tripudo y de una agilidad sorprendente. El señor Ducros podía hacernos demostraciones gimnásticas alucinantes, transformarse en una bola saltarina de energía aun cuando, al verlo, nadie hubiese dado un céntimo por su capacidad para enseñar disciplina deportiva alguna.

Estaba sumida en mis recuerdos, con la mirada perdida, cuando vi entrar en la sala al desconocido que se me había acercado en el pequeño guateque de casa de Charlotte. Las ventanas de mi nariz se agitaron al recordar el olor a cerveza seca que me había seguido a lo largo de aquellas horas vagando a orillas del canal Saint-Martin. No tenía ni ganas de volver a hundirme en las sensaciones de aquella noche sinónima de fracaso y de dolor ni ganas de galanteos, por mucho que mi caballero siguiese siendo tan atractivo. Aparté la mirada, valiéndome de ella para escudriñar el definitivamente apasionante folleto de los cursos intensivos.

—Hola, nos conocemos, ¿no? Usted es... Nos conocimos en el cumpleaños de mi hermana.

—Hola, sí... sí, me acuerdo... Hola, perdón, eso ya lo he dicho... ¿Es el hermano de Charlotte? No sabía que tenía un hermano tan mayor... Bueno, quiero decir...

—... ¿Que parezco más viejo que ella? ¿Que era un anacronismo en aquella fiesta de jóvenes? No se lo tomo a mal, yo también lo pensé y me sorprendió gratamente verla allí aquella noche... Bueno, quiero decir...

—... ¿Que parecía más vieja que la media de la fiesta? ¿Que era un anacronismo yo también? Estoy de acuerdo, y creo que con eso quedamos en paz.

Pero qué idiota, incapaz de enlazar tres palabras seguidas correctamente y acabando cada frase con risitas de mema. Así que me había puesto en ridículo dos días antes delante del hermano de la guapa Charlotte, que era tan rubia como él moreno. El vínculo de parentesco era insospechable. Tenía intención de escaparme de nuevo, pero no me dejó la menor posibilidad.

—Me alegro de volver a verla, se marchó de una manera tan brusca la otra noche que ni siquiera nos dio tiempo a presentarnos.

—Lo siento. Me llamo Thelma.

Le tendí la mano, la apreté y siguió haciéndolo unos segundos más de lo necesario.

—Sé quién es. Se la describí a mi hermana después de la fiesta, y me... explicó la situación. Siento lo de su hijo, Thelma, sinceramente. Más teniendo en cuenta que lo quiero mucho.

—¿Disculpe? ¿A quién quiere mucho?

—A su hijo, Louis. Cuando mi hermana me lo contó... me di cuenta de que... mi hermana y yo hablamos poco de nuestros trabajos. El suyo en la unidad de cuidados intensivos es muy difícil, así que, cuando nos vemos, hablamos de todo salvo de su día a día en el hospital; en cualquier caso, no me habla nunca de sus pacientes, y yo no le hablo nunca de mis chicos... Bueno, no míos en el sentido estricto de la palabra, a los que entreno. El mundo es muy pequeño, París, al final, es un pueblo, y resulta que mi hermana cuida en este mismo momento a uno de mis alumnos: su hijo Louis. Me llamo Edgar. Encantado, Thelma.

Oh my God. Oh my God. Oh my God. Oh my God (como diría mi hijo). Este tío con el que me

había puesto en ridículo era el hermano de Charlotte y el entrenador de fútbol de Louis. Un 2 por 1, como poco, inesperado, y más teniendo en cuenta que no se parecía ni a Sophie Davant ni al señor Ducros, el pequeño ninja.

Nos sentamos un instante, y le expuse con calma la razón de mi presencia allí. Mi historia le conmovió, resultaba evidente. Me respondió que estaba de acuerdo en que participase en su intensivo, y me ofendió un poco cuando me indicó que prefería meterme con los de ocho a doce años. Los de trece a dieciséis eran bastante brutos y podría llevarme algún mal golpe, lo que no era el objetivo buscado. Por otra parte, entendía que me hallaba en una urgencia, y el intensivo de los más pequeños era el que comenzaba antes. El domingo, para ser más exactos. Añadió que, dadas las circunstancias, cabía la posibilidad de que no hiciese más que uno o dos días de curso, pero yo insistí en realizar los cuatro días al completo. Era lo que Louis hubiese hecho, era, pues, lo que debía hacer. Solo tendría que acelerar el ritmo de las siguientes pruebas, con la esperanza de que no se tratase de nuevos intensivos de larga duración. Edgar sonrió al oírme pronunciar la palabra *prueba*, que se me había escapado. Enseguida me dio su número de teléfono y me pidió el mío, con el fin de prevenirme, de manera oficial, si había una anulación de último minuto.

Al día siguiente por la mañana le expliqué a Louis lo que iba a hacer. Charlotte me dejó caer que su hermano era un entrenador implacable y que más me valía realizar un poco de ejercicio antes, porque, si no, iba a sufrir. Yo, por supuesto, ignoré sus consejos. Me pasé el sábado por la tarde preparándome físicamente a mi manera: se trataba de encontrar una indumentaria que no me transformara en un saco informe con botas de tacos y de documentarme sobre fútbol viendo dos partidos... que me confirmaron mi ausencia de interés por ese deporte (me dormí de forma sistemática en el descanso) y mi incompreensión de sus reglas.

El primer día del curso, era la gran atracción. Once chavales alterados me miraban fijamente, partiéndose de risa ante la idea de que entrenara con ellos. Edgar había evitado decirles que era la madre de Louis, ya que la mayoría lo conocían, y no quería que eso interfiriera en el entrenamiento. Tampoco quería tener que justificar mi presencia ante los padres que hubiesen pedido participar en el curso ellos también, así que Edgar me presentó como una periodista que estaba realizando un reportaje sobre fútbol. Por esa razón llevaría siempre un casco provisto con una cámara pequeña dirigida hacia mi cara para captar mis impresiones. Todo el mundo tendría que comportarse con normalidad conmigo, de manera respetuosa —no olvidéis que es una adulta—, pero considerándome una alumna como los demás. Nada de trato de favor, todo el mundo hará los mismos ejercicios con la misma disciplina, sin excepciones. Por un momento, vi brillar en el fondo de sus ojos la pasión de los profes de deporte, una reminiscencia del señor Ducros, el pequeño ninja, el destello destinado a los desertores —a los que pertenecía— para avisarlos de una tolerancia cero. Le sonreí con gesto cómplice que, para mí, significaba «Nos hemos entendido, no voy a hacer exactamente lo mismo que los niños, tendré derecho a retirarme...», pero no me devolvió la sonrisa: iba en serio. Comprendí que estaba jodida.

Había a mi lado nueve niños y dos niñas. Me pregunté de inmediato si alguna de ellas era aquella Isa de quien Louis hablaba en su preciado cuaderno, pero aquellas chicas se llamaban Dora y Zara. Una heroína de dibujo animado y una marca de ropa, todo despejado pues, aunque las dos eran bastante guapas y sonrientes. Los chicos tenían nombres diversos y extravagantes,

propios de esa generación de padres que disfrutaban ejerciendo su creatividad en las primeras horas de vida de su progenie. Así que estaba rodeada de Miles, Esteban, Jean-Rachid, Artus, Leonardo, Amadou, Gabor, Aly-con-y y Milou.

Edgar nos dividió en cuatro grupos más pequeños, nos pusimos unas camisetas amarillas fluorescentes y nos dirigimos hacia una de las cuatro actividades. Estaba con Milou y Jean-Rachid, a quien los demás llamaban Rachid a secas. Parecían superorgullosos de estar conmigo, y Milou me llamó profe en un momento dado. Eso hizo que Rachid se muriera de risa y que le replicase que no era profe, que eso se veía. Le pregunté por qué pensaba eso, y respondió que tenía pinta de que no me gustaban demasiado los niños. Paré la cámara, quería que me lo explicase, pero Edgar nos vio y nos ordenó que comenzáramos la primera actividad. Muy pronto comprendí lo que Rachid había querido decir, hasta qué punto debía de parecerles distante, altiva. Desde el comienzo de la mañana, había estado más centrada en la cámara que en el instante presente. Me sobrepuse, sonreí a Rachid diciéndole que iba a ver lo que era bueno, que se las iba a hacer pasar canutas con mi gran experiencia en el fútbol. Se rio, me chocó la mano y dijo: «Vamos allá».

Por ir, fuimos allá. Joder, hacía tres días que íbamos allá, esos críos eran incansables. Probé con varias técnicas para evitar ciertas actividades. Intenté mi gran clásico: la torcedura de tobillo. Edgar les pidió a los niños que votasen para saber si sí o no me había torcido el tobillo; todos votaron que no. Intenté la de la llamada importante a la que tenía que responder, Milou declaró que no me habían llamado. Intenté sobornar a un niño con una profusión de caramelos, y eso funcionó: Dora accedió a fingir que se sentía mal, le propuse a Edgar encargarme de ella y no le quedó otra opción que aceptar.

Pasamos dos horas soberbias aquella pequeña Dora y yo. Jugamos a si fuera un color sería; a piedra, papel o tijera; a verdad o atrevimiento. Me contó chistes de su edad —Dora acababa de cumplir doce años— y me reí como no me reía desde hacía un siglo. Riéndome con ella en aquellos vestuarios que rezumaban humedad y calcetín sucio, noté que se apoderaba de mí la angustia. Primero imprecisa, luego más presente, opresiva.

La energía, el magnetismo solar de aquella chica contrastaban dolorosamente con mi enclaustramiento, mi soledad. En lo más profundo de mí, retumbó el eco del vacío. La risa de Dora me ofreció un espejo en el que no vi más que un agujero negro. Estaba ausente de mi propia vida desde hacía mucho tiempo. Mucho antes del accidente de Louis.

Intenté concentrarme de nuevo en Dora, sus bromas, sus rizos rubios, la chispa de su ingenio. Pero no lo logré. Se acababa de abrir una compuerta, me resultaba imposible contener el torrente de imágenes que brotaba de repente. Juzgaba lo valiosos que podían ser los momentos de complicidad con un niño, hasta qué punto había dedicado el suficiente tiempo para compartirlos con Louis, hasta qué punto había sido egoísta, egocéntrica, me había acaparado el trabajo.

Hasta qué punto había desatendido lo esencial. Las lágrimas llegaron silenciosas. ¿Desde cuándo no había pasado dos horitas, dos miserables horas a solas con mi hijo? La vergüenza se unió a las lágrimas, arrastró las palabras. Sentí cómo su peso me abatía. Palabras duras, terribles por verdaderas: has sido una mala madre, Thelma. Hubieses podido hacer mucho más, deberías haberlo hecho mucho mejor.

Intenté disimular mi emoción tras el vil pretexto del polvo en el ojo, pero, para mi gran sorpresa, Dora me dio un abrazo. Me dije a mí misma que acababa de añadir el ridículo a la

vergüenza. Sin embargo, en los brazos flacuchos de aquella preciosa chica, algo en mí se dio por vencido. Dora empezó a hablarme, a tranquilizarme como se calma a un niño en mitad de la noche. Era el mundo al revés.

Luego pronunció unas palabras que —ni ella ni yo lo sabíamos entonces— iban a cambiar para siempre el curso de nuestras existencias.

16
DÍAS 15 AL 10
DORA

—Papá me lo ha explicado todo. Yo también quiero mucho a Louis. Por eso me ha dejadoirme papá con usted a los vestuarios. ¿Sabe?, no la ha creído, él sabe cuándo me encuentro mal porque monto un drama. No soy buena actriz y odio a la gente que miente. Papá también, por cierto. Ahora creo que necesitaba llorar, no debía quedarse con eso ahí dentro, tenía que salir. Papá me dice siempre: «Isa, cariño, siempre es mejor mostrar los sentimientos de uno y parecer una tonta que quedarse con cosas dentro enquistadas». Creo que tiene razón, y no porque sea mi padre, ¡eh! Ah, y, por cierto, odio los caramelos. Lo sé, es raro, a todo el mundo le gustan los caramelos. Supongo que no soy como todo el mundo.

Me enderecé. Me enjuagué las lágrimas. Estaba hecha polvo por aquella perorata de una increíble madurez. Esa niña acababa de echar sobre mí en pocas frases una cantidad de información que a mi cerebro le costaba abordar:

1. Había hablado de Edgar llamándolo «papá».
2. Conocía a Louis.
3. Había hablado de ella misma llamándose Isa.
4. No le gustaban los caramelos.
5. (Tachar el dato inútil.)

Empecemos de nuevo. Era la hija de Edgar. Sus palabras no dejaban lugar a dudas. Una vez más el parentesco no era obvio. Ahora que conocía el vínculo, podía identificar alguna semejanza con Charlotte, si acaso. Edgar destacaba en aquella familia de rubias. Me pregunté cómo sería la madre de aquella niña y sentí una punzada irracional. Me la imaginaba muy guapa, muy rubia, tan rubia como yo morena. Siempre les he tenido ojeriza a las rubias. Siento algo semejante a la envidia, el deseo hacia las rubias. Las rubias son una fantasía accesible. Tanto para los hombres como para las mujeres. Las morenas son la realidad, el florero que se integra bien en el paisaje, que solo altera si el moreno se vuelve azabache. La morena es ese limbo que no revela su sabor hasta que no se prueba de verdad. A veces he pensado en teñirme de rubia, siempre he renunciado, henchida de grandes principios, de rémoras del pensamiento. Tal vez hubiese debido probar, después de todo.

Otra información crucial divulgada como si tal cosa: era a todas luces la Isa de Louis. La que me había encogido el corazón desde la primera página del valioso cuaderno. Sentí a un tiempo un inmenso alivio y un inmenso malestar. Alivio de poder por fin asociar una imagen a la persona que me había estado imaginando mil veces las últimas semanas. De poder ponerle una cara de niña, sobre todo. Esta Isa hubiese podido ser una adulta a la que Louis se hubiese confiado, a la que le hubiese concedido importancia. Me hubiese muerto de celos. Louis era mi hijo, no soportaba la idea de que otra mujer robase la atención de mi hijo. Le agradecía al cielo —al cielo, solo al cielo, no había ninguna entidad divina en mi imaginario— que aquella Isa fuese una niña, o una preadolescente, daba igual. Cualquiera cosa salvo otra mujer. Inmenso alivio, pues, pero inmenso malestar por haberme puesto en ridículo de tal forma delante de ella, desvelando una a una las facetas menos brillantes de mi personalidad: me había mostrado tramposa, gruñona, desertora, perezosa, llorona. Al menos, no le había dado gato por liebre.

Fue en aquel preciso instante cuando Edgar y el resto de la pandilla invadieron el espacio viciado de los vestuarios, subiendo un entero los niveles sonoro y olfativo. Algunos coreaban sus «hemos ganado» al tiempo que imitaban los gestos de victoria de sus ídolos de los campos de fútbol, otros resoplaban con rabia y ponían la cara de un presidenciable que descubre el resultado fatal de un escrutinio duramente peleado. Edgar se reía frotando las cabezas de los derrotados, con las palabras justas para consolarlos. Una especialidad familiar, por lo que se veía. Me levanté y me dirigí a los vestuarios de los adultos. Antes de irme, quise darle las gracias a Isa.

—Gracias, Isa... o ¿Dora? ¿Cómo tengo que llamarte al final? Confieso que ya no entiendo nada...

—De las dos maneras, mi capitana. Me llamo Isadora. Como la bailarina, Isadora Duncan. Mamá era bailarina. Papá... papá me llama Isa, todos los demás me llaman o bien Dora o bien Isa, así que como quiera.

Recogí mi bolsa de deporte y salí lentamente del recinto del campo, tomándome mi tiempo para digerir todas aquellas novedades.

Estaba exhausta.

En el mismo momento en que cruzaba la verja, Edgar me dio alcance y ya no me soltó. Literalmente. Me invitó a cenar en su casa, en la de ambos. Protesté por mera formalidad, pero acepté al instante.

Me introduje en su universo. Tenía ganas de hacerlo.

Edgar e Isadora compartían piso con Charlotte. Lo hacían por elección, con alegría. El apartamento era el de mi primer encuentro con Edgar, pero la impresión con cincuenta personas menos era muy diferente. A pesar del poco espacio, cada uno tenía una habitación, su intimidad. «Es importante para todos, especialmente para las preadolescentes», bromeó Edgar guiñándole un ojo con complicidad a su hija.

Charlotte tenía guardia en el hospital; aquella noche éramos tres. Isadora me llevó a su guarida. Al ver los pósteres de futbolistas, sentí que me fallaban las piernas. Tuve que apoyarme en una pared para no flaquear. Aquella habitación se parecía tanto a la de Louis que resultaba perturbador. Ahora entendía la conexión, la pasión en común. El atractivo de aquellos gestos de victoria extáticos en papel satinado. Todos aquellos campeones desbordaban alegría, emanaban

orgullo y embriaguez extremos. Instantáneas viscerales de alegrías efímeras, tan seductoras. No osé preguntarle a Isa sobre su relación con Louis. Me tendió una bufanda con la firma de un desconocido jugador. Se burló educadamente, preguntándose cómo era posible no conocer a Zlatan Ibrahimovic, y le respondí que era muy sencillo, ya veía..., y luego le devolví la sagrada bufanda. Adoptó un aire solemne y me la depositó de nuevo en las manos como una ofrenda, mientras me pedía que se la diera a Louis en cuanto se despertara. Porque iba a despertarse, estaba segura de ello. La estreché entre mis brazos y me eché a llorar. Me apartó obligándose a reír, diciéndome: «Ah, no, no vamos a empezar otra vez, ¿eh?». De nuevo el mundo al revés. Le di las gracias. Creía que Louis se pondría muy contento con ese regalo. Ella también lo creía.

Nos comimos unas *pizzas* sentados en el mismo suelo. Edgar había puesto como música de fondo la banda sonora de la película de Jane Campion *El piano*. La reconocí desde las primeras notas. La elección era excelente, era una de mis películas preferidas, y la música era sencillamente impresionante. La imagen de Edgar comenzó a tomar forma en mi mente. Edgar era un hombre que lograba hacerse respetar cómodamente por todo un grupo de adolescentes, un hombre que le prestaba una atención de una calidad poco común a su hija, que había forjado con ella una complicidad hecha de respeto mutuo y bromas, un hombre capaz de tirarse al barro por la mañana y de emocionarse con las notas conmovedoras del piano de Michael Nyman por la noche, un hombre de sonrisa generosa y de ojos negros melancólicos, un hombre que debía de tener un éxito increíble con las mujeres pero que parecía poco consciente de la atracción que ejercía sobre ellas; aquella semana había visto a las madres coqueteando cuando iban a buscar a sus hijos después del entrenamiento de fútbol... y que si Edgar por aquí, que si Edgar por allá. Percibía en él un caos confuso de alegrías y penas. Isadora había hablado de su madre en pasado. ¿Quién era?, ¿qué le había ocurrido? Estaba cada vez más intrigada. Estaba perdiendo la paciencia. Quería saber más.

Al cabo de unos minutos, el usted se transformó en tuteo, empecé a dejarme llevar, a relajarme. Pero Louis seguía en una parte de mi cabeza. Todo me llevaba a él. Daba un paso fundamental al permitirme cenar con otras personas. Me dije que aquella gente estaba en el preciado cuaderno de mi hijo, que tenían valor para él, que, de manera implícita, había validado aquel encuentro, que Louis mismo me había dirigido hacia Isadora y Edgar. Al quedarme, entraba en el mundo de mi hijo, de algún modo. Constatava que disfrutaba mucho con ello. Hacia las diez de la noche, Isa afirmó que ya era hora de que se fuera a la cama. Me quedé estupefacta, yo que luchaba cada noche para que Louis se dignase a ir a su habitación. Nos dio un beso, y Edgar la acompañó a la cama.

Permanecí sola en la sala de estar unos minutos. El contraste con mi propio salón era pasmoso. En mi casa, todo era de diseño, aséptico, impersonal. En aquel salón, el desorden formaba parte de la decoración. Había revistas por el suelo, también algunos juegos. El aparador de madera maciza estaba repleto de figuritas polvorientas, pero nadie podía culpar a los habitantes de la casa. La visita de turno comprendía al primer vistazo que aquí había cosas mejores que hacer que limpiar el polvo. Tenían que vivir. Aquí todo estaba furiosamente vivo.

Me levanté, recogí mis cosas.

—Gracias otra vez, Edgar, ha estado todo realmente delicioso.

—Mentira, por supuesto. *Pizzas* industriales, ninguna maravilla como cocinero, pero muchas gracias de todas formas. Sin embargo, estás de pie, empiezas a hablar como si fueses a irte, y,

evidentemente, de eso ni hablar. No vas a evitarme una vez más.

—No te estoy evitando, Edgar. No sé si te has percatado, pero últimamente me paso el día contigo.

—Mentira otra vez. Te pasas largas horas principalmente parlotando en los vestuarios... Estoy de broma. Ya sabes lo que quiero decir...

Titubea. Respira.

—Me gustaría que te quedaras.

Se acercó, volvió a poner suavemente mi abrigo y mi bolso encima del sofá. Su mano rozó la mía, ¿o era más que un roce? Sentí un escalofrío recorriéndome el cuerpo.

Me quedé.

Edgar me propuso tomar una infusión, le repliqué que todavía no era una abuela, que prefería que abriese una segunda botella de vino. En el transcurso de la noche, bajo el efecto combinado del alcohol y de los susurros «para no despertar a Isa», la lengua de Edgar se soltó. No le pregunté nada. Fue él quien habló, de manera espontánea, libre. En varias ocasiones le aseguré que no tenía por qué contarme nada. Me respondió que le apetecía hacerlo. Lo necesitaba.

Me enteré de su historia. De echarse a llorar. De morir. Tan sombría como luminosos eran ellos.

III
PRÍNCIPES Y PRINCESAS

17
DÍAS 15 AL 10
IN VINO VERITAS

Hacia solo unos años, Isadora tenía una mamá. Edgar había conocido a Madeleine cuando eran niños. Se habían querido con locura.

Años ochenta. El padre de Edgar es empleado de banca, su madre es profesora de danza. Tiene una pequeña escuela en la rue Paradis, en Marsella. Una cosa así no se inventa. La danza es toda su vida, por eso eligió aquel nombre para su hijo, en honor al célebre pintor impresionista Edgar Degas, cuyas maravillosas bailarinas decoran las paredes de la escuela. Madeleine es una de sus alumnas. La mejor. También la más guapa. Madeleine sueña con ser primera bailarina, con el Bolshói, con la Opera de París. Después de su jornada lectiva o de su entrenamiento de fútbol, Edgar se reúne invariablemente con su madre en la escuela de danza. Hace sus deberes distraído, luego se sitúa en un rincón de la sala y observa, dibuja. Su madre está no poco orgullosa de su talento. «Mi Edgar será un gran artista él también», repite a menudo.

Edgar dibuja bailarinas. Cuantos más años pasan, más se demora su lápiz en los rasgos de una de ellas. Edgar dibuja a Madeleine, Madeleine no lo sabe. A los catorce años, Edgar se decide, por fin, a dar el primer paso. Le regala a Madeleine un retrato que inmortaliza su gesto preciso, la perfección de su arabesco. A ella se le saltan las lágrimas. Madeleine y Edgar ya no se separarán.

A Madeleine le gustan los dibujos de Edgar. Le incita a perseverar, a exponer. Mientras Edgar estudia Bellas Artes en Marsella, Madeleine se presenta a audiciones, se rinde, se recupera, se rinde de nuevo. Después de unos años, como numerosas bailarinas, opta por la seguridad y termina enseñando en el seno de la escuela de danza familiar. Madeleine es feliz, ha construido su vida en torno a su relación con Edgar. El empieza a labrarse una reputación, cada una de sus obras se vende por varios miles de euros. No coloca muchas, y los ingresos de Madeleine aseguran una estabilidad bienvenida a esta familia de artistas.

Luego llega Isadora, hace de esto doce años. La felicidad dura hasta la entrada de Isadora en el último curso de infantil. Después su mundo se hunde.

Una mañana de septiembre, los padres de Edgar se embarcan en el vuelo MX484 con

destino a La Habana. Cuarenta años de matrimonio, hay que conmemorar el acontecimiento. La familia y los amigos contribuyen para regalarles una segunda luna de miel a los tortolitos. Cuba es su sueño de siempre. «La jubilación es una nueva vida que comienza», bromea la madre de Edgar en su emotivo discurso de despedida en la escuela de danza, cuyas riendas ha confiado a Madeleine unas semanas antes.

El avión no aterrizará nunca en Cuba. El Atlántico no devolverá nunca ninguno de los cuerpos. Se contemplaron todas las hipótesis: fallo humano, avería en el motor, ataque terrorista... No se recuperó nunca ninguna caja negra. A las familias de las trescientas treinta y siete personas que han perecido a bordo les resulta imposible el duelo. Sin embargo, es necesario iniciarlo.

Edgar trata de ahogar su pena en sus cuadros. Le parecen repetitivos, desoladores. La pasión ha desaparecido. Madeleine sufraga, sola, las necesidades del hogar. Ambos protegen a Isadora, en la medida de lo posible. Madeleine pasa cada vez más tiempo en el estudio de danza, ya que se cree en la obligación de perpetuar la memoria de aquella que le ha dado todo: su pasión, su escuela, a su hijo. Parece agotada; es muy normal dado el ritmo que lleva.

El 20 de diciembre de 2011 —Edgar se acordará el resto de sus días—, hacia las 18 horas, mientras Isadora está aún en la bañera, Edgar recibe una llamada. Hospital de la Timone. Madeleine ha sufrido un desmayo en plena clase de danza. Los servicios de emergencias han ido a atenderla y la han llevado al hospital para realizarle exámenes adicionales. Seguramente un golpe de fatiga, le dicen entonces. Edgar seca a Isadora a toda velocidad y vuela por las calles congestionadas de la ciudad focense al volante de su viejo Clio gris. Su mente le dice que todo va a ir bien, le ordena ralentizar, calmar su nerviosismo, pero su corazón le dice todo lo contrario. Su corazón no deja de retumbar en su caja torácica con grandes golpes sordos. Su corazón siempre le ha llevado la delantera a su mente.

El diagnóstico cae como un jarro de agua fría, incomprensible y, sin embargo, límpida. Edgar maldice a su corazón por haber intuido demasiado. Cáncer intrahepático de los conductos biliares. Raro. Temible. Fulminante. Metastatizado, la probabilidad de sobrevivir es del orden del 5 por ciento, lo sentimos.

Durante tres meses, Madeleine pelea. Madeleine no abandona. Tres meses se hacen largos. Se hacen cortos tres meses. Unas horas antes de morir, Madeleine bromea todavía con su hija. Sus últimos pensamientos son para ella. «Nunca debe verme llorando. Debe guardar de mí la imagen de una mujer que lucha. Las mujeres saben luchar si se les enseña a hacerlo cuando todavía son pequeñas. Se lo enseñaré hasta mi último aliento».

Edgar hizo una pausa en su relato. Yo lo había estado escuchando religiosamente, sin interrumpirle. Al desenrollar el frágil hilo de su vida ante mis ojos, Edgar parecía a un tiempo poseído e imbuido de seriedad y de una distancia salvadora. Mantenerse lo más alejado posible de las honduras con el fin de no sumirse en ellas. Enorme dignidad.

Yo, por mi parte, me encontraba en un estado lamentable. Rostro arrasado por las lágrimas, sorbos nasales ruidosos, pañuelos hiperutilizados. Edgar me tendió una caja nueva. Le pregunté por qué me contaba todo aquello. Me respondió que era necesario. Que no podía conocerle si no sabía eso de él. Estaba dentro de él, lo estaría siempre. Estuve a punto de decirle que resultaba un

poco presuntuoso pensar que quería conocerle con tanto detalle, aunque me abstuve. Hubiese sido muy grosero, pero, sobre todo, completamente falso, porque sí: quería conocerlo.

Respiré hondo, me volví a servir una copa de vino. El también. Acurrucada en el sofá, tapada con una manta hecha de retales que Isadora había confeccionado con Charlotte, me callé. Reanudó la historia, sonrió —aquel tío era increíble— mientras me indicaba que la continuación iba a ser mucho menos triste.

Ese año, Charlotte acaba los estudios de enfermería. Unos años antes se había instalado en un minúsculo apartamento del centro de París. A Charlotte le encanta la capital, algo poco habitual en una chica del sur. Se ha enamorado locamente de la ciudad, y de uno de sus habitantes. La historia no duró, pero su amor por París permaneció intacto. En el transcurso de aquellas horas sombrías de sus existencias, Charlotte interrumpe sus estudios con el fin de acudir en ayuda de su hermano, de su sobrina. Y se salva a sí misma. Pasa seis meses con Isadora y Edgar, alivia sus heridas internas. Curan las suyas a cambio. A partir de entonces, ya solo son tres. Serán tres siempre. Se lo juran. «En nosotros tres está la vida, la vida». Es su lema. Grabado en su carne.

Luego Charlotte tiene aquella idea genial. Van a dejarlo todo. Ya nada los retiene en Marsella, y Charlotte debe acabar sus estudios. Van a encontrar un apartamento en París lo bastante grande para los tres. Van a recrear aquello que acaban de perder. Un hogar.

A Isadora le encanta la idea. Edgar ya no puede vivir en Marsella, callejear por las calles que le recuerdan a los ausentes. Edgar debe avanzar. Por Isa. Por él. Por ellos. Charlotte resulta extraordinaria para Edgar y su hija, no hay otra palabra. Lo que los une hoy es más fuerte que el mero vínculo fraterno.

Edgar vende la escuela de danza. Con el dinero aguanta dieciocho meses, en el transcurso de los cuales espera reencontrar la inspiración, volver al trabajo. Pero ya no lo consigue. Nada es más volátil que el acto creativo. Los ahorros menguan y el salario de enfermera de Charlotte ya no es suficiente. Entonces Edgar se espabila. Se presenta a uno de los numerosos puestos de monitores que se han creado en la ciudad de París con la reforma de los horarios escolares. El sueldo es bajo y la jornada parcial, así que redondea sus ingresos impartiendo talleres deportivos en el centro de ocio. El fútbol no es una de sus grandes pasiones, lo practicó un tiempo cuando estaba en primaria, pero a Edgar le encantan los niños: por fin le sirve el diploma de monitor que se sacó con dieciséis años.

Desde hace ya dos, Edgar vuelve a vivir. Isadora es su rayo de sol diario. Ella, a quien su madre le puso las zapatillas en cuanto tuvo tres años, rechaza todo contacto con el mundo de la danza, dice preferir el fútbol y realizarse así. Una coraza, una protección epidérmica necesaria. Edgar ya no dibuja, aquello también terminó. Se ha pasado página.

Por supuesto, el pasado está —y estará— siempre ahí, pero hoy Edgar mira hacia delante. Lo que ve es bonito.

No había dejado de llorar desde hacía largos minutos. Su historia era conmovedora. Terrible.

Isadora, Charlotte y Edgar eran supervivientes. Ahora comprendía mejor lo que les hacía parecer a los tres tan radiantes: sus sonrisas eran reales.

Aquello suponía para mí tal mensaje de esperanza... Después de cada pesadilla amanece de nuevo. Esperaba el alba desde el accidente de Louis, pero era consciente de que debía continuar avanzando en la noche, que siempre era posible abrirse camino, fuese la oscuridad tan densa como fuese.

La segunda botella de vino se había acabado. De nuevo, le pregunté a Edgar por qué razón me había contado todo aquello. Porque desde entonces escuchaba su corazón. No se fiaba más que de él. Su corazón le había ordenado que me lo contase, que me lo confiase todo. Para poder abrir las puertas hace falta conocer lo que aguarda escondido allá en lo oscuro, y no tenerle miedo. Edgar sabía que mis puertas permanecerían cerradas, que todavía no estaba lista para hablar, y, además, no me lo pedía. Hablaría más adelante. El corazón de Edgar no se equivocaba nunca. Su corazón lo había sabido en cuanto me vio. Desde el primer segundo en aquel apartamento abarrotado.

Me sentía cada vez más incómoda. Se dirigía a mí como si fuésemos una pareja. Se lo comenté, me respondió que se había percatado de ello, claro, era evidente. De repente me entró mucho calor. Con el apuro se mezclaban otras sensaciones difusas. Una euforia fuera de lugar. Una ebriedad disimulada bajo capas de esmalte agrietado.

Volví a mi casa hacia las tres de la mañana. Incapaz de conciliar el sueño. Me dirigí a la habitación en la que dormía mi madre. Me incliné hacia ella y le murmuré que la quería.

Medio dormida, me dijo «qué haces aquí, mi dulce gatita», y me estrechó entre sus suaves brazos huesudos.

Con eso me valía.

18
DÍAS 9 AL 6
COLOREA

La etapa siguiente del precioso cuaderno era Budapest, y lo que Louis me había preparado allí se las traía, según mi madre.

Debía —entre otras cosas— participar en un acontecimiento deportivo llamado The Color Run, que se proclamaba a sí mismo como «la carrera más alegre del planeta». Mamá buscó en Internet de qué se trataba y me puso ante las narices un vídeo cuando menos elocuente: miles de individuos, vestidos con camisetas blancas y gafas protectoras, se hacían echar en el rostro nubes de polvo coloreado a cada kilómetro recorrido, y acababan, como es lógico, en un estado espantoso. No veía muy bien dónde podía estar el placer en todo aquello, pero los participantes parecían felices. Una panda de drogatas, seguramente..., zanjó mamá antes de enterarse de que aquellas comuniones masoquistas urbanas habían ya contaminado a varios millones de personas a lo largo y ancho del mundo.

Comencé a estresarme cuando comprendí que, bajo su apariencia festiva, aquella reunión era una media maratón, que Budapest era una ciudad muy accidentada, y que mi organismo seguía magullado por la tortura futbolística. Como la de Budapest no tendría lugar hasta mayo, tendría que crearme mi propia carrera. De pronto tuve la patética visión de lanzarme pigmentos a mí misma, agonizando en una calle cuesta arriba... Estaba claro que iba a necesitar *ayuda* para gestionar la logística del color y mis más que probables flaquezas físicas.

Le pedí a Edgar que me acompañara. Mi madre —que siempre mete la pata— propuso sustituirle mientras se reía maliciosamente con Charlotte.

—No te lo tomes a mal, mamá, pero no es que seas un armario de tres cuerpos, y voy a necesitar que me ayuden físicamente. Edgar me parece una opción más sólida, eso es todo.

Me fui a ver a mi hijo, lo felicité por todas esas ambiciones deportivas cuya existencia no sospechaba y le expliqué que contaba con Edgar para ahorrarme la parada cardíaca en el célebre puente de las Cadenas de la capital húngara.

—Edgar va a grabarme, y la tía Odette te retransmitirá todo en directo con la tableta. La tía también podrá animarme, ¿no es así, tía?, ya que tendré los auriculares y el micro conectados permanentemente.

—Sí, por supuesto, mi dulce gatita —respondió mi madre en un tono demasiado jovial.

Edgar se tomó su misión muy a pecho y se encargó de todos los preparativos. Me explicó que los polvos se encontraban muy fácilmente en el pasaje Brady, ya que lanzar colores era una tradición ancestral en la India: durante la fiesta del equinoccio de primavera llamada Holi, una muchedumbre alborozada de indios deambula por las calles asperjándose con pigmentos. Los occidentales no han hecho más que retomar el concepto acompañándolo de una salsa deportiva. No, no me iba a quedar marcada de manera indeleble por aquella simple fécula de maíz aderezada con colorantes naturales, y no, no nos iba a enchironar la policía húngara por ello..., todo aquello era bastante inofensivo, «no te preocupes».

Cuando llegamos a Budapest, Edgar me pidió que esperase dos horas antes de reunirme con él al pie del funicular de Buda; tenía «algunos detalles que solucionar».

Comencé a correr, embutida en mi plumas blanco, y muy pronto comprendí que aquella carrera sería un calvario corporal adornado con toques de poesía demencial. Edgar había previsto cada dos kilómetros un pequeño comité de bienvenida, a veces compuesto de familias, otras de señoras mayores, de estudiantes, de comerciantes, de turistas a los que les divertía el espectáculo que ofrecía muy a mi pesar. Mis hinchas disponían de una sábana blanca en el suelo para no manchar las bonitas calles medievales, me detenía unos instantes, cerraba los ojos y volvía a marcharme bajo los aplausos adornada con un color distinto.

Edgar había delegado todo aquello con el fin de tener las manos libres y así grabar constantemente para que Louis no se perdiera nada. No sé con exactitud lo que mi hijo percibía, pero puedo decir con certeza que a mi madre no se le escapó ni una de mi actuación.

Joder, si la hubiese tenido delante, me hubiese planteado seriamente estranglarla. No dejaba de reírse en mis oídos y había reunido a la mitad del hospital. Me atrevo a decir que hubo un pico de audiencia de una docena de telespectadores parisinos burlándose de mí sin cortarse un pelo. Ella les explicaba —muerta de risa— que siempre había sido una absoluta negada para los deportes, que todos aquellos talentos ocultos que descubría en su gatita de cuarenta tacos eran una revelación de mucho cuidado, y que aquella combinación de amarillo, verde y rosa en mi pelo sacaba por fin a la luz mi temperamento de punk reprimida.

El infierno duró más de tres horas. Le gritaba a Edgar que hacía un frío que pelaba, me paraba, volvía a empezar, me forzaba a sonreír cuando todos aquellos adorables húngaros me animaban. Pero ya no podía más. «A falta de correrla realmente, se podrá decir que has *caminado* la media maratón Color no sé qué leches», bromeó mi madre ante una asamblea entregada a sus pullas sainetescas. Al cabo de dos horas, yo ya no me reía. Mandé a la porra los auriculares. Edgar logró sobrevivir a lo que se asemejaba al comportamiento de una mujer en pleno parto, insultos y manos trituradas incluidas. A pesar del dolor y el esfuerzo sobrehumano que aquella prueba requería de mí, me conmovió que Edgar se esforzase tanto.

El vía crucis llegó a su fin delante de la cúpula de la basílica de San Esteban, en pleno corazón de Belváros, la «ciudad interior» de Pest. Me desplomé. Edgar me llevó a su espalda. Había alquilado un apartamento pequeño a pocos metros de allí, con dos habitaciones, por supuesto, pero, sobre todo, con una bañera antigua increíble con la que había estado soñando el día entero y en la cual me quedé una hora larga, masajeándome con mimo las pantorrillas y los muslos doloridos. Cuando salí de ella, me tiré sobre la cama y no volví a abrir los ojos hasta el

amanecer.

Edgar y yo pasamos el día siguiente visitando la ciudad. Redescubrí los sitios por los que había pasado la víspera, y esta vez pude apreciarlos en su justa medida: las calles escarpadas de la colina del castillo de Buda, la aguja de la iglesia de Matías perforando el cielo, el grandioso Parlamento, el majestuoso Danubio no del todo azul, las tiendas y los restaurantes de moda de Erzsébetváros...

Me encantó Budapest, tanto como Tokio. Dos ciudades en las antípodas la una de la otra. Pero, en ambas, un no sé qué de locura ingenua que le pegaba mucho a mi hijo.

Amé cada rincón de aquellas ciudades como si fueran pedazos de Louis.

Louis había resumido muy bien nuestro programa de la tarde en su cuaderno. Íbamos a tener que afrontar otra forma de carrera muy distinta: Una «juerga maratoniana», así descrita:

- ¡¡¡Tomarse unas copas en una docena de bares de las ruinas y luego pasar una noche en vela en la fiesta tecno delirante de las termas Széchenyi!!! (Todo ello sin vomitar, por favor.)

Esperaba que Louis hubiese previsto esperar a ser mayor antes de vivir las aventuras alcohólicas en las que iba a proyectarme, pero lo dudaba mucho. Yo también «me tomaba unas copas» cuando era adolescente, pensando ingenuamente que engañaba a mi madre, hasta que un día me soltó sin pestañear que me apestaba el aliento y que más sabe el diablo por viejo que por beber cerveza.

Hacía un aire glacial, pero Edgar y yo entramos rápido en calor yendo de *kert* en *kert*. Los *romkerts* son esos bares instalados en edificios en ruinas del antiguo barrio judío. Lugares desconcertantes de belleza decadente, de decoración a lo *grunge* hábilmente mantenida en los cuales la juventud cosmopolita de Budapest se descongela cada noche las entrañas. Cenamos en uno de ellos para asentar el alcohol que se nos infiltraba hasta en los dedos de los pies congelados, luego nos dirigimos con aprensión y nerviosismo a la fiesta tecno de los baños Széchenyi.

El sitio era una locura, había que reconocerlo. Széchenyi, el más famoso de los establecimientos termales de Budapest, era un suntuoso edificio con hechuras de palacio neobarroco. Estábamos a cielo abierto, la temperatura exterior se mantenía por debajo de cero y el agua termal estaba 38 grados centígrados. El ocre amarillo de las paredes contrastaba con las luces azules de las piscinas, y los vapores densos que emanaban de estas tamizaban la blancura de las estatuas nevadas. En medio de este decorado, miles de jóvenes borrachos perdidos bailaban en bañador con el electro-hardcore, brincando al ritmo de los láseres de la iluminación en una atmósfera apocalíptica.

Yo también empecé a moverme, no me quedaba elección si no quería morirme de frío. Al principio de manera tímida cerca de la multitud. Observaba a Edgar por el rabillo del ojo. La luz intermitente de los estroboscopios le daba aires de estatua romana. Se giró hacia mí, me sonrió, se inclinó para hablarme. Me dijo «no vamos a quedarnos así», luego añadió «viendo la vida pasar

delante de nosotros». Quizá lo entendí mal. Quizá aquella frase no existió. Quizá la imaginé. Edgar me cogió de la mano y me arrastró al centro de la muchedumbre.

Bailamos como niños durante largas horas, hasta el agotamiento. Tuve que hacer frente a numerosas tentativas de palpación de mi anatomía, y en cada una de ellas me sobresaltaba, insultaba, rugía a los maleducados, de los que podría haber sido madre, y me refugiaba en los brazos de Edgar, quien me grababa muerto de risa.

Todas aquellas experiencias ya no eran propias de nuestra edad. Y, sin embargo, qué bien sentaba dejarse llevar. Qué bien sentaba dejar la razón a un lado por unos instantes. Me iba haciendo consciente de que, una vez que pasé los veinte años, había decidido por mí misma entrar en lo que consideraba una vida adulta. Había mirado con desdén a esos treintañeros que frecuentaban los conciertos de *rock*, a esos jugadores que les dedicaban noches enteras a sus ídolos de las consolas, a esos otros cuyo tiempo libre consagraban a generar *likes* en las redes sociales. Todos estaban enganchados a la adrenalina de sus quince años. Todos trataban de reproducir sus efectos, se deslomaban con la mayor seriedad del mundo por unir lo fútil con lo agradable. Quizá en el fondo tuviesen razón.

Aquella noche mi hijo me ayudó a resucitar unas páginas de juventud pasadas demasiado pronto. Aquella noche comprendí que la vida —la auténtica, de la que nos acordamos— no es otra cosa que una sucesión de momentos de gracia juvenil. Y que ninguna ambición de adulto puede hacerte más feliz que un *carpe diem* adolescente.

Regresamos en taxi, recogimos nuestras maletas y seguimos directamente al aeropuerto, todavía bajo el choque térmico y sonoro que acabábamos de sufrir.

Agotados, con una sonrisa en los labios.

EXTRACTO DEL CUADERNO DE LAS MARAVILLAS

¡¡¡Traspasar los límites!!! 😊

- ¡¡¡Participar en The Color Run y llegar hasta el final!!! La carrera de Budapest con pinta guay..., sobre todo ¡¡¡porque permite empalmar con la juerga maratoniana que vi en la MTV!!!
- La juerga maratoniana pues: ¡¡¡tomarse unas copas en una docena de bares de las ruinas y luego pasar la noche en vela en la fiesta tecno delirante de las termas Széchenyi!!! (Todo ello sin vomitar, por favor.)

19

DÍAS 5 AL 3

TEAM SPIRIT

Desde hace unos días nos hemos convertido en un auténtico equipo. En el hospital han bautizado a esta asamblea heteróclita de individuos de entre doce y sesenta años movilizados las veinticuatro horas en torno a mi hijo el «*team* Louis». Siempre me cuesta confesarlo públicamente, pero compartir el peso de mi día a día con este *team* Louis hace que me sienta mucho mejor.

Para la prueba siguiente —esta vez en París—, decidí alistar a Isadora. Había que obrar con cautela, ya que lo que Louis deseaba conseguir no era nada fácil. Ensayamos un pequeño número madre-hija completamente extravagante. Isadora debía representar un auténtico personaje de composición: ella, normalmente tan calmada, tan reflexiva, tan agradable..., debía ser creíble como adolescente caprichosa, hablarme a mí como una carretera y manifestar su frustración mediante crisis y lágrimas. En realidad, Isa se divertía como una loca. Lo representaba tan bien que a su padre le dio miedo. Isa se puso hecha una furia cuando Edgar le comentó que no llevaba encima los dos euros que le pedía para comprarle su revista preferida. Dio un pisotón, se puso colorada y comenzó a sollozar. Aplaudí su actuación, saludó, y rompimos a reír ante la mirada a medias petrificada y a medias aliviada de Edgar, quien se había creído de verdad por un instante que su hija había perdido la cabeza.

Solucionada nuestra puesta en escena, nos vestimos de gala y corrimos en dirección a la fiesta de los NRJ Music Awards, que se celebraba ese 14 de febrero, día de San Valentín. Una vez en el recinto avanzamos con paso decidido hacia la entrada de los artistas. Según lo previsto, estaba custodiada por dos vigilantes semejantes a perros molosos. Isadora mascaba insolentemente un chicle al tiempo que mantenía la nariz pegada al teléfono. Parecía que le había cogido gusto a ese juegucito de roles; en unos años, Edgar tendrá que andarse con ojo...

El grupo Hégémonie era uno de los patrocinadores del acto, así que me presenté tan campante en la entrada de los camerinos con mi tarjeta de visita, la cual seguía indicando que era directora de *marketing* en el seno de la empresa. Una tarjeta con un logo dorado que impresiona. Me hice la histérica de turno superexaltada, juré haberme olvidado mi acreditación en el taxi y solté algunos nombres de personas importantes al cargo de la organización; me había trabajado bien el expediente. Seguí con aquel *sketch* durante diez largos minutos, y ante la resistencia

legítima de los cancerberos, lancé mi órdago: mi hija de una noche.

Isadora se puso a chillar, tornando a los vigilantes por testigo, explicándoles que no solo por culpa de mi trabajo nunca me veía, sino que, además, cada vez que le juraba algo, lo fastidiaba todo. Que le había prometido llevarla a los camerinos y que una promesa era una promesa. En un último arranque teatral, se sentó en pleno suelo, llorando todas las lágrimas que tenía en su cuerpo. Una joven con una chapa VIP se acercó, intercambió unas palabras con Isadora, luego se dirigió a los vigilantes y les dijo; «Vienen conmigo, déjenlas pasar». Bingo.

Ya en el interior le dimos las gracias a la guapa joven, quien besó en la mejilla a Isadora al tiempo que le preguntaba si ahora todo iría bien. Sentía dejarnos aquí, pero debía salir pitando para prepararse. Isa me pegó un abrazo medio en trance, mientras me agradecía mil veces haberle permitido darle un beso a Loulou no sé qué; sus compañeras del instituto iban a ponerse más que verdes.

—¿Permiso para darle un beso a Loulou quién?

—Louane Emera. Ok, ya veo, no la conoces... Así que llevas encerrada en tu cueva los dos últimos años escuchando los vinilos de Joe Dassin en tu *tocata*, ¿va por ahí el tema?

Nunca había visto a Isa en semejante estado de júbilo. Aquella sonrisa tan expresiva ya no iba a abandonarla en toda la noche.

Recorrimos los bastidores, luego nos detuvimos en seco. Llegábamos al objetivo. Conteniendo el aliento, empujamos aquella puerta en la que un simple folio de tamaño A4 pegado con un celo torcido anunciaba sobriamente «Maître Gims».

Allí estaba, pero no solo. Se puso en pie de un salto, dos hombres y una mujer se interpusieron en nuestro camino y trataron de hacernos retroceder. Isa logró colarse entre ellos y resumir en unos segundos nuestras intenciones. Louis, el coma, el cuaderno, nuestra misión, su inestimable ayuda. Bueno, vale, nuestra cara dura también. No sé si nos creyó, pero el tío se echó a reír y le dio a todo el OK. Qué *supercool*, qué *swag*, épico-flama, declaró Isadora al salir. Todavía no se lo creía, pero guardaba en su teléfono la prueba de audio irrefutable: me había marcado una sesión con Maître Gims. He de decir que oírme berrear «Ella respondía al nombre de Bella...» bien vale un potosí, como diría mi madre.

Al día siguiente por la mañana me llevé a Isa conmigo a la habitación de Louis. Por primera vez. No había vuelto a verlo desde el accidente. Por supuesto, la preparé, le expliqué que había adelgazado mucho, que estaba pálido, que sus facciones estaban más marcadas, que tenía todos aquellos tubos, todas aquellas máquinas. Yo me había acostumbrado a verlo así, pero, para el corazoncito de Isa, la realidad fue difícil de soportar. Lloró en silencio durante interminables minutos, observando a Louis, cogiéndole la mano. Le dio un beso en la mejilla. La escena también me resultó dura a mí. Logré contener la emoción, pero no pude evitar pensar que Louis tal vez no viviría nunca ninguna historia de amor. Que no conocería ese calor en el estómago, esas ganas, esa necesidad de estrechar al otro entre los brazos a toda costa.

Luego Isa fue recobrando progresivamente la compostura, su voz, su verbo natural, y le contó a Louis nuestra noche, el beso de Louane, la *capella* con Maître Gims. Creo no equivocarme si digo que le pasó la banda sonora de mi pequeño concierto privado una docena de veces. No cantaba tan mal, después de todo. «¿No te habrás equivocado de carrera?», soltó Charlotte, que se

nos había unido en la habitación.

Aquella broma en apariencia anodina me afectó. No, no tenía ningunas ganas de convertirme en cantante, pero, sí, me había equivocado de carrera. O, mejor dicho, me había equivocado de vida.

Ya no tenía ningunas ganas de continuar con mi carrera de antes. No tenía ningunas ganas de continuar con mi vida de antes. Al realizar los sueños de mi hijo a cámara rápida, había dinamitado mi relación con los demás, la concepción misma de mi futuro.

De mi vida de antes, no quería ya conservar más que los cimientos. Esos pilares que todavía aguantaban, de una manera u otra, mi enclenque estructura. Mi madre. La educación que me dio. Mi cultura. Mis valores. Mis recuerdos.

Y, por encima de todo eso, mi hijo.

EXTRACTO DEL CUADERNO DE LAS MARAVILLAS

;;;Traspasar los límites!!! (parte A 😊)

- Conocer a Maître Gims o a Black M., pero, sobre todo, ;;;hacer un dúo con ellos!!! (Si no, no es mucho traspasar, ;sería demasiado fácil!)

HACE DAÑO Y NO PASA NADA^[8]

Hoy mamá tenía la voz rara, triste y alegre a la vez. Es su voz desde hace varios días. Se diría que mamá ha cambiado de voz. Antes, su voz era solo triste (salvo cuando me contaba las aventuras de mi cuaderno, ahí estaba LOE, o sea, que estaba muerta de risa, para los mayores de cuarenta años).

Desde que solo me funcionan los oídos, tengo sensibilidad para los detalles, para los cambios en las entonaciones. Nunca me había dado cuenta de todo lo que se puede comprender únicamente escuchando. En la tele emiten programas en que fingen juzgar a cantantes solo por su voz, salvo que todo el mundo sabe que es un fraude porque, antes de llegar al escenario, los candidatos son preseleccionados por gente que los ha estado viendo. Resultado: no muchos feos, solo algunos para hacerlo más real, pero a los que expulsan en las etapas siguientes dado que son feos. El feo siempre pierde en un momento dado, es la regla. Si yo formase parte de un jurado, haría ganar a los feos, porque he comprendido hasta qué punto es importante escuchar de verdad el sonido de la gente sin estar contaminado por la imagen. Si se escucha atentamente a alguien, si nos concentramos bien, es como si lo viésemos. No, es todavía mejor: oímos lo que la persona dice, y también lo que no dice. Yo escucho los silencios, las vacilaciones, las palabras escogidas, las que se escapan y las que hubiésemos querido retener, la melodía, el humor, las respiraciones. No hago otra cosa. Descodifico, comprendo las voces.

En la voz de mamá había cosas que comprender en los últimos tiempos. Tres, para ser precisos. Tres cosas que no me ha dicho, pero que he comprendido a pesar de todo.

Lo primero es que mamá está pillada por Edgar. Estoy seguro. Eso también es nuevo. Jamás en la vida he oído a mamá hablar de alguien utilizando tantos adjetivos positivos. He de decir que estoy hiperceloso. Me habla todo el tiempo de lo que ha hecho con Edgar o —peor aún, celos a la milésima potencia— con Isa. Desde hace varios días ha incorporado a ambos en las etapas de mi cuaderno de las maravillas. Al principio eso me ponía malo. Me daba la impresión de que Edgar e Isa ocupaban mi lugar en el corazón de mamá. Ahora, sigo estando celoso, no puedo evitarlo. Me cae bien Edgar y adoro a Isa, así que me digo que, puestos a ser reemplazado, es mejor que lo hagan los mejores jugadores del campeonato. Conque escucho a mamá contarme mis sueños, vivir mi vida en mi lugar con sus nuevos amigos. Duele quedarme fuera, pero, de repente, ¡qué bien que sienta! Mamá se lo ha pasado bomba pasando las páginas y haciendo lo que está escrito en mi cuaderno. Siempre consigue que estalle de risa, subirme la moral cuando me cuenta sus aventuras. Estoy seguro de que es bueno para mí removerme en completa inmovilidad.

Me ha vuelto a impresionar en varias ocasiones.

Cuando corrió su media maratón pintarrajeada en Budapest y logró llegar hasta el final, me dejó

pasmado. Mamá me había dicho que no estaba segura de poder correr una distancia así, y que estaba bien que Edgar la acompañase para ayudarla, entrenarla, apoyarla, llevarla si se desmayaba. Me había dicho que podría haber escogido perfectamente a otro, y fue al oír las risitas de Charlotte y de la tía la víspera de la partida de mamá y de Edgar a Hungría cuando comprendí que algo estaba pasando. Me dolió mucho. Me dio la impresión de que mamá había decidido que para ella la vida seguía, sin mí. Porque en Budapest creo que al final mamá se divirtió mucho. Y Edgar le dio fuerzas, la protegió, eso dijo con una cosa en la voz que parecía admiración un poco boba. Sí, estoy celoso, ya lo he dicho.

Hace un rato, mamá ha entrado en mi habitación con Isa. De pronto me ha hecho feliz que Isa venga a verme, aunque haya pensado que menuda forma de matar el amor, verme así. Ayer mamá fue a la fiesta de los NJR Music Awards con ella. Estaba completamente decidida a tachar una de las casillas que me parecían más difíciles. Y lo logró. Mi madre está loca. Me he reído, he llorado, me ha parecido genial que hiciese un dueto con Maître Gims porque sé hasta qué punto mamá detesta esa clase de música, pero de nuevo he estado a punto de morirme de envidia porque haya sido Isa quien la haya acompañado.

Por supuesto, eso es lo que deseo para mamá, que siga viviendo, que vuelva a ver a gente, pero, al mismo tiempo, detesto esa idea porque significa que me hago menos importante. Que pronto formaré parte del paisaje, pero que el centro del mundo de mamá estará en otra parte, con Edgar, con Isa, con la tía, con Charlotte. Cuando mamá se dirige a Charlotte, ahora le habla de tú, y se sobreentiende que hay una vida que sucede fuera del hospital, una vida en la que se ven, se hablan. Tengo la impresión de que se han hecho amigas. Es raro que sean amigas porque, por la voz, tengo totalmente la impresión de que Charlotte es superjoven comparada con mamá. Todo es raro y ya nada es raro. Cuando reflexiono sobre ello, me da la impresión de que mamá también ha rejuvenecido. Quizá sea eso lo que ha cambiado en su voz.

Mamá ha hecho casi todo lo que había anotado en mi cuaderno. Prácticamente ha terminado, y eso me da mucho miedo. ¿Qué va a pasar luego? Intento no pensarlo, pero, de hecho, pienso en ello todo el tiempo, porque la segunda cosa que mamá no ha dicho, aunque igualmente he comprendido, es que tiene nuevos proyectos. Quiere comenzar su vida de nuevo, también tiene ideas sobre un nuevo trabajo, estoy seguro, y eso me vuelve loco, porque sé que el trabajo, con mamá, ocupa lugar. Con toda esta gente y un nuevo curro, ¿dónde me deja a mí eso? En la cuarta planta del hospital Robert Debré. Ya no en su vida.

Ea última cosa que mamá no dice, lo que más me duele, es que la esperanza de que me despierte es cada vez más pequeña. Recientemente he comprendido que han puesto una fecha. No sé cuál, pero siento que está muy cerca. Lo siento cuando me dice que siga luchando, que voy a conseguirlo: ya no tiene la misma fuerza que hace unos días, a veces parece resignada. En esos momentos me entran ganas de chillarle que me he despertado desde hace un porrón de días (como diría la tía Odette), pero que a todo el mundo le importa un bledo, que esos canallas de los médicos no son ni siquiera capaces de darse cuenta, a pesar de toda su carrera y su material puntero. Una mierda pura y dura, eso es lo que es este hospital. Perdón por la vulgaridad, pero yo ya tampoco puedo más. ¿Qué se cree mamá? Yo también siento que, si mi cuerpo no empieza a enviar señales, voy a abandonar muy pronto. Si no me rindo, ¡es precisamente por ella! Por todo lo que ha hecho por mí, por todo lo que sigue haciendo, solo por ella. Porque yo comienzo a resignarme. He comprendido que soy un objeto inmóvil, un estorbo que no sirve para nada, ni siquiera como decoración. ¡Qué decoración ni decoración! Sé que tengo tubos por todas partes de mi cuerpo, que me embuten papilla masticada previamente de forma directa en el estómago, que me ponen pañales como a los bebés y a los viejos. Me imagino, me veo y me doy asco. Debo de estar horriblemente

feo, y sin voz para impresionar al jurado: venga, largo, eliminado, aire, siguiente candidato. Mamá me dice que estoy guapo. No la creo, aunque, aun con todo, me hace feliz. Ea yaya me dice que soy su maravilla, que tengo mi habitación lista en casa, que hay un montón de regalos que me están esperando.

Por mi parte, he empezado a decirme que seguramente me voy a morir. La primera vez que lo pensé fue supersupersuperduro. Lloré por dentro, mucho, largo rato. Imposible saber cuánto rato, pero largo rato. Desde entonces pienso en ello todos los días, así que comienzo a hacerme a la idea. En el fondo, quizá no sería tan malo para mamá y la yaya. Vienen todos los días a verme al hospi, eso no es vida. Conque me digo que, si estuviese muerto, bueno, pues les daría pena en el momento, pero luego se les pasaría y lo llevarían mejor. Es lo que ocurre siempre. El pequeño Louis era muy especial, pero lo mejor era que terminara pronto, porque verlo así estaba destruyendo a su familia a fuego lento. Y yo no quiero destruir a mamá. No quiero destruir a la yaya. No se lo merecen. Sería mejor para ellas que me rindiese, eso es lo que me repito todos los días.

En cualquier caso, no lo consigo. No sé por qué, pero no logro aceptar que se haya acabado, siempre hay en el fondo de mí algo que hace que me diga que todavía puedo despertarme. De hecho, no es algo que me haga decirlo, sino alguien. Mamá. Tengo ganas de volver a verla. De estrecharla entre mis brazos. Aunque fuese solo una vez, merecería la pena luchar por eso. Querría darle las gracias. Decirle que la quiero. Decirle que es la mejor madre del mundo. Solo una vez. Bueno, si es más de una vez, también valdría, eh... Luego podría morirme, si es eso lo que está previsto. Sé que digo una cosa y su contraria, pero, entiéndame, póngase en mi lugar. ¿Qué haría usted? ¿Abandonar o continuar? No hay más opciones, no queda otra disponible en la tienda.

Cuando escucho a mamá, incluso con su nueva voz, siempre parece con ganas de que me despierte. Así que tengo que intentarlo otra vez.

20
DÍA 3
SU HERENCIA

He solicitado ver al doctor Beaugrand, al final del día. Tenía el rostro grave, el mechón caído, la mirada en la lejanía. Por un instante pensé que trataba de rehuirme, pero allí estaba yo y esperaba noticias.

Desde hacía unos días sentía que pasaba algo en Louis. Y aunque los electroencefalogramas seguían siendo tan delirantes como antes, yo veía indicios que los demás no parecían haber visto. O, en cualquier caso, no interpretaban de la misma forma. Hacía ya varias semanas que a Louis le agitaban ligeros espasmos, movimientos. Reflejos, sin consciencia, sin coordinación, sin lógica. Estaba de acuerdo con el diagnóstico, ¿cómo no estarlo? He deseado tanto darles un sentido a esas contracciones pasajeras de una mano, de una mejilla, de un pie, a esos ligeros estertores. Pero ocurrían en cualquier momento, a veces incluso cuando su cerebro estaba siendo analizado..., y los análisis mostraban siempre la misma anarquía. La anarquía teórica estaba todavía allí, y, sin embargo, desde hacía unos días había observado algunos cambios. Reales. La intensidad de las contracciones no era la misma según el momento, estaba segura. Y, sobre todo —sobre todo—, había notado que los movimientos eran más numerosos y más duraderos cuando le hablaba. Como si intentase comunicarse. Nadie en ese jodido hospital me escuchaba. O, mejor dicho, todo el mundo me escuchaba, todo el mundo conocía la situación. La cuenta atrás. La esperanza que hace devanarse los sesos, que hace imaginar un despertar que no existe. Así que, cuando hablaba de Louis, las miradas cambiaban, leía en los ojos de mis interlocutores esa piedad, esos pensamientos disimulados: está perdiendo la cabeza además de perder a su hijo, no se le puede culpar por ello...; y de todas formas, pronto se acabará.

Pero yo estaba segura de lo que veía, de lo que sentía. El instinto materno. Nunca había comprendido de verdad lo que esas palabras significaban. Desde entonces cambiaron por completo en precisión y realidad. El instinto materno es ver lo que los demás no pueden ver, es sentir en lo más hondo de una las variaciones del otro. Sentía a Louis. Sentía a Louis y Louis me hablaba.

Esa era la razón por la que quería ver al doctor Beaugrand. Me decía que él me escucharía, que intentaría algo. Me escuchó. Atentamente. Con el rostro impassible. Con la mirada recta de los navegantes, de aquellos que saben y tienen el deber de llevar a los desorientados hacia la

orilla. Charlotte estaba conmigo. Intervino a mi favor arguyendo que no había otra persona que pasase más tiempo junto a Louis. Que, estadísticamente, si pasaba algo, era yo quien tendría más probabilidades de saberlo. Que había que tomar en cuenta mis palabras, mis observaciones.

Alexandre Beaugrand me dijo que debía prepararme para lo peor. Que la inquietud iba en aumento, ya que la situación era desesperadamente estable. Que los datos médicos estaban ahí, implacables. Para mostrar su buena voluntad y porque era sensible a los argumentos de Charlotte, deseaba aumentar la frecuencia de los electroencefalogramas en los días que restaban, pero no compartía mis observaciones, mi entusiasmo. *En los días que restaban.* Alexandre Beaugrand acababa de darme una puñetera puñalada. Deduje de ello que todavía no era padre, y Charlotte me lo confirmó. ¿Cómo gestionará situaciones como esta cuando pueda ponerles sensaciones vividas personalmente a las desdichas de los demás? ¿Cómo reaccionará cuando el rostro de su propio hijo se superponga a la lívida cara de un crío en fase terminal?

Charlotte me llevó a mi casa. No me apetecía ver ni a Edgar ni a Isadora.

Sé que va a pasar algo con Edgar, algún día. Como una evidencia metida en las profundidades de mi abdomen. Los instantes pasados juntos me han confirmado ese presentimiento. Pero hoy mi corazón no está abierto para nadie que no sea mi hijo. Tendrá que ser paciente. Me ha asegurado que lo será. Tengo ganas de creerle. En cualquier caso, no quiero plantearme este tipo de cuestiones, no ahora. Así que me dejo hacer, me dejo llevar. Durante el regreso de nuestra estancia en Budapest, en el taxi hacia el aeropuerto, nos besamos en los labios. Un roce, más bien. Casto, puro. Que así sea por ahora, no puedo darte nada más, le dije en un susurro. No espero más, me respondió cogiéndome la mano. Tenemos todo el tiempo del mundo. Dedícate a Louis, haz lo que debes hacer. No te arrepientas de nada.

Estamos a tres días de la sentencia, necesitaba tener a mi madre a mi lado. Estrecharla entre mis brazos. Fuerte. Mi madre y yo nunca hemos sido muy propensas a las efusiones, pero me parece que desde hace algunas semanas hemos recuperado una buena docena de años. Ya no consigo dormirme sin ella. Encontrarme sola en mi habitación me aterroriza, necesito sentir su cuerpo cálido cerca de mí, y noto que ella también lo necesita. Mi madre me repite todos los días aquello con lo que no me obsequiaba más que raras veces cuando era niña: que me quiere. Creo que, con toda esta historia, mi madre y yo estamos viviendo una completa revolución interior. ¿Por qué ha habido que esperar a un drama así para darnos cuenta de lo importantes que somos la una para la otra? ¿Por qué malgastamos todos esos años detestándonos con innumerables malentendidos cuando en el fondo no se había roto nada? Tanto tiempo perdido, ocasiones desperdiciadas, despilfarro emocional.

Necesitaba a mi madre para afrontar la prueba que Louis me imponía para el día siguiente. Había pasado a otra página del cuaderno de las maravillas. La antepenúltima. Luego quedaba todavía una, y, después, sería el final. Me limpié las lágrimas que se me escapaban de los rabillos de los ojos.

No había más que una línea. Me había temido aquella línea. Me preguntaba cuándo aparecería, pero sabía que estaría presente. Dolorosamente lógica.

- Saber quién es mi padre. Verlo solo una vez.

Viví una historia de casi dos años con el padre de Louis. La nuestra fue una historia vulgar,

me doy cuenta echando la vista atrás. En el momento, tenía la impresión de vivir en un cuento de hadas. De soñar despierta. Tanto más dura fue la caída.

Conocí a Matthew un mes de mayo de hace quince años. Estaba sentada en la terraza de un café, en place de la République. Hacía mucho calor, las parisinas por fin habían reemplazado sus jerséis de lana por el combo ganador de gafas de sol más top de tirantes finos, y los turistas lucían unos cercos de sudor bien hermosos. Matthew se había instalado en la mesa de al lado, con una guía Lonely Planet de París en una mano, una cerveza en la otra. Sin cercos, lo que era un punto a su favor. Enseguida me fijé en él. Matthew brillaba, siempre había sido así, probablemente siempre sería así. Alto. Las sienes entrecanas. Atlético. Un airecillo a George Clooney en la época de *Ocean's Eleven*. Cafas de sol de marca, camisa blanca con mangas largas remangadas: muy importante la camisa de manga larga; para mí, un indicativo de buen gusto. Cestos lentos incluso para coger la cerveza, manos delicadas, no de las de ir al tajo. Un intelectual. En los cuarenta, arrollador. Yo acababa de cumplir veinticuatro. Hubiese podido ser mi padre. Probablemente una de sus mejores bazas, para mí que siempre había vivido sin uno. No me confesé aquella relación edípica apenas disimulada más que *a posteriori*. En el momento, creo, era algo inconsciente.

Yo estaba leyendo un libro de gestión de lo más aburrido, y la mesa vecina atraía irresistiblemente mi mirada. Al cabo de pocos instantes, comprendí que él había comprendido. Me sonrió, me fijé en el hoyuelo que se le formaba en la mejilla derecha. Louis lo tiene también, irresistible hasta decir basta. Me preguntó si podía ayudarlo, estaba solo en París, buscaba consejos para cenar esa misma noche. Vivía en Londres, estaba de paso por trabajo. Dos semanas enteras. Así que, mejor que ir y venir, había preferido pasar el fin de semana en Francia. No lamentaba haberse quedado. Me reí, y él aclaró con un destello de malicia en la mirada que hablaba del magnífico tiempo comparado con la lluvia londinense, por supuesto. Por supuesto.

Matthew dirigía una galería de arte en Notting Hill. Hablaba francés con un acento encantador, y un punto de humor cáustico. *So british*. ¿Cómo seguía soltero un hombre así? No había encontrado a su princesa, eso era todo. Pero no perdía la esperanza. Al fin y al cabo, París era la ciudad del amor, ¿no? Matthew quería subir a la torre Eiffel, de noche. Contemplar la ciudad a sus pies. Advertí que habría gente para aburrir, que no accederíamos hasta después de interminables horas. Estaba mejor informado que yo. Matthew logró dar de prisa y corriendo con una mesa en el restaurante gastronómico situado en el emblema de París, lo que nos permitió adelantar a la muchedumbre de alelados. Un trato de favor extremadamente caro pero increíblemente romántico.

Me enamoré de Matthew esa primera noche. Acababa de empezar a trabajar en Hégémonie. Mi primer curro. Me entregaba en cuerpo y alma a mi empresa, sin saber que, quince años más tarde, seguiría siendo igual. Vivimos una relación a distancia de las más tórridas. Exactamente veintitrés meses. Nos veíamos cada quince días. Dos fines de semana enteros al mes, uno en París, el otro en Londres por regla general. Matthew venía, en realidad, con mucha regularidad a París, que conocía como la palma de su mano. Más tarde comprendí que la Lonely Planet encima de su mesa era una temible trampa para parisinas. Que no era la primera en caer en sus redes.

En París, venía a mi casa, pero a veces prefería alquilar una habitación en un hotel de lujo y nos pasábamos todo el fin de semana en la cama, en la piscina del hotel o en el restaurante. Cuando estaba en París conmigo, estaba conmigo. Cuestión de principios, *beautiful*. Matthew me llamaba *beautiful*. Nunca me he sentido tan guapa como en sus brazos. Nada era demasiado

bonito para su princesa. Era su niña mimada. Llevábamos una vida a puerta cerrada deslumbrante de felicidad.

En Londres, me hubiese gustado conocer a sus amigos. Me decía que le bastaba conmigo, que nunca se cansaría de estar conmigo, me quería toda para él, nada más que para él. Me citaba el viernes por la noche en la galería, cuando ya no había nadie. El amor con Matthew era impaciente, repentino, a veces directamente en el suelo entre las obras de arte, con mi bolsa de viaje tirada al lado. El amor con Matthew era apasionado, sin término medio, hecho de mordiscos, de gritos de placer y de poscoitos festivos. El amor con Matthew me embriagaba, le cogí gusto a la copa de champán que nos bebíamos desnudos después del orgasmo, paladeando el seísmo entre contemporáneas y carísimas ruinas. Yo nunca había sentido aquello por nadie. Él nunca había sentido aquello por nadie. Y hacía cualquier cosa por mantener lo extraordinario. A veces íbamos a lo que llamaba su chocita, un minúsculo apartamento de Notting Hill sin mayor interés, a dos pasos de la galería. Pero tanto en Londres como en París, a Matthew le gustaba llevarme a hoteles increíbles, auténticos cofres para nuestro amor; esa era la expresión exacta que empleaba. Mejor aún, a veces me sorprendía al encontrar en mi buzón una invitación manuscrita como es debido, acompañada de billetes de avión para Barcelona, Dublín, Venecia, Lisboa. El encanto anticuado del romanticismo puro, simple, conmovedor. Del hombre hecho y derecho — por no decir rico— que colma de atenciones a su alma gemela. Le decía cada vez que era una locura. Me respondía invariablemente que el dinero estaba hecho para hacer felices a las personas que queremos, si no, ¿qué finalidad tendría?

Quería creer que la vida con Matthew era aquello.

En realidad, era todo excepto la vida.

En el vigésimo tercer mes de nuestra relación, me quedé encinta. No estaba previsto. Había ido a mi médico de cabecera para explicarle que algo no iba bien. Me sentía continuamente cansada, a veces vomitaba, me daban bajones de energía en mitad del día. ¿Tenía el periodo como siempre? Me venía de manera irregular, no lo había tenido desde hacía algún tiempo, en efecto, pero nada alarmante, no veía la relación. La idea ni se me había pasado por la cabeza. Cuando el test de embarazo mostró dos rayas azules, me eché a llorar a lágrima viva. No quería aquel niño, ahora no, así no. Me había trazado un plan de vida, el niño estaba previsto alrededor de la treintena, no antes. Antes era demasiado pronto. Mi carrera en Hégémonie era la prioridad, y todavía me quedaban tantas cosas por vivir con Matthew... Matthew no quería hijos, había sido muy claro con eso. Siempre me había dicho que lograría convencerlo en su momento. Desde luego, no ahora.

Pero, poco a poco, el minúsculo pajarillo que desplegaba sus alas en el seno de mis entrañas comenzó a hacerse un hueco. Al principio, discreto. Luego cada vez más presente. Me sorprendía en mitad de una reunión imaginando al niño que podría nacer. No le dije nada a Matthew, y no lo vi durante un interminable mes. Quería tomar mi decisión sola, y quería evitar también que descubriera el pastel. Cinco semanas más tarde, la elección estaba tomada. Visceral. Iba a quedarme con el bebé. Sería una niña. La llamaría Louise. Matthew nos querría con locura. Me mudaría a Londres. Seríamos felices.

Preparé un jeroglífico legible en dos lenguas para anunciarle la buena nueva a Matthew. Le chocaría, por supuesto, pero estaba segura de que se pondría loco de alegría cuando se le pasase la impresión. Cogí el Eurostar y me dirigí directamente a la galería, en pleno día, un jueves. Era la

primera vez que me encontraba con Matthew sin haberle avisado. Con lo que le gustaba sorprenderme, ¡por una vez iba a ir bien servido!

Matthew no estaba en la galería. Me abrió una mujer de unos cuarenta años. Elegante, arreglada, vestida con traje de Chanel. Fría. Con una sonrisa comercial, me miró de la cabeza a los pies con cierto aire de desdén por mi ropa de H&M y mis zapatos Bata. Le pedí ver a Matthew; no estaba allí. ¿Quién preguntaba por él? Thelma, una amiga.

—*I see...* —respondió mi interlocutora.

¿Qué era lo que veía exactamente?

—Matthew tiene numerosas amigas, ¿sabe? Es un hombre muy ocupado...

No me gustaban en absoluto las insinuaciones de aquella mujer sobre Matthew, y, además, ¿quién era ella? Que yo supiera, siempre había dirigido aquella galería de arte él solo, como el muchachote mayor que era.

Me tendió la mano y se presentó, en un inglés tan impecable como condescendiente.

—Encantada, Thelma. Soy Deborah, ayudo a mi marido llevando la galería cuando está de viaje. Matthew viaja a menudo. Le gusta mucho París. Y las parisinas. No siento celos, se lo aseguro. El contrato que tenemos desde hace ya muchos años también me autoriza a mí a vivir mi vida como lo considere. Sin embargo, me tenía acostumbrada a cosas mejores. No es usted ninguna maravilla. Que tenga un buen día, señorita.

No volví a ver a Matthew. Nunca volví a ponerme en contacto con él.

Nunca supo que estaba encinta. Nunca vio a Louis.

Intentó llamarme varias veces en las semanas que siguieron a mi encuentro con su mujer. No atendí sus llamadas. Insistió. Un día le envié un SMS:

Deborah es muy guapa. Eres un pedazo de gilipollas. No vuelvas a intentar contactar conmigo.

Estaba embarazada de tres meses.

Trece años más tarde encendí mi ordenador y tecleé su nombre en el motor de búsqueda. Nunca lo había hecho, a pesar de todas las herramientas a mi disposición desde que el dios Google espetaba sus informaciones al primero que pasaba. Me lo había prohibido. El libro debía permanecer cerrado. El resultado de mi búsqueda no se hizo esperar. Matthew seguía dirigiendo la misma galería, en la misma dirección. ¿Qué edad tenía ahora? Cincuenta y siete, cincuenta y ocho. Clicqué en la pestaña de imágenes y di un respingo. Louis era la viva imagen de Matthew, el parecido era sobrecogedor. Delante de mis ojos abiertos como platos, fotos de inauguraciones más o menos recientes. Matthew, una copa de champán en la mano, amplia sonrisa. Matthew, brazos cruzados, traje ajustado y cabello entrecano, posando delante de las obras de un oscuro artista neoyorquino. Matthew, siempre tan guapo. ¿Cuántas Thelmas más habían caído en la trampa? Desplacé el ratón. Luego la vi. Segura de sí, de su poder. A pesar de todo lo que Matthew hubiese podido hacer en su vida, ella siempre estaba ahí. Deborah sonreía con el brazo de Matthew alrededor de su cintura.

De repente, me entraron ganas de vomitar.
Estaba embarazada de trece años. Iba a tener que hacer frente a mis náuseas.
80, Portobello Road. Hubiese podido ir allí con los ojos cerrados.

21
DÍA 2
LLAMADAS

Cogí uno de los primeros Eurostar de la mañana. La estación del Norte estaba abarrotada. Me encontré con un grupo de chavales de secundaria con destino a la pérfida Albión. Probablemente de la edad de Louis. En un primer momento tuve el reflejo de supervivencia de la burguesa acorralada: me dirigí hacia el revisor, muy decidida a tratar de cambiar de vagón. Y luego me eché para atrás. Me senté en mi sitio. Estaba en un «cuadrado» con tres chicos de primero de secundaria. El 1.º D del instituto Anatole France de La Roche-sur-Yon. Estuvimos hablando de fútbol y de cartas de Pokémon; se quedaron estupefactos de que pudiese mantener semejante conversación. Les mostré el vídeo de mi improvisación con Maître Cims y me gané su eterno respeto. Me pidieron un autógrafo. Había tocado a la estrella, mi firma adquiriría de rebote un valor incalculable. Perdí la noción del tiempo. Me olvidé de mi ombligo y me sentó bien.

Cuando llegué a la estación de St. Paneras, cogí un taxi hacia Notting Hill. No di la dirección exacta. Necesitaba caminar unos minutos, una cámara de descompresión. No quería plantarme sin más delante de la galería de Matthew, quería observar desde el exterior antes de entrar. No hubiese podido soportar un nuevo ataque de Deborah. El último se remontaba a trece años atrás, pero el dolor seguía vivo.

Me aposté en la acera de enfrente. Me había puesto gafas de sol y me había preocupado por lucir un peinado, un aspecto, una ropa radicalmente diferentes a aquellos que conocía Matthew. Quería poder elegir hasta el último momento si entrar o no. No quería correr el riesgo de que tomase la delantera él, de que me viese antes de que yo lo decidiese.

Allí estaba. Solo. Centrado en su *smartphone*. Me pareció viejo. Había envejecido más, comparado con las fotos descubiertas el día anterior en Google. Inspiré, expiré. Tres veces. Luego tres veces más. Empujé la puerta, tintineó una anticuada campanilla. Matthew levantó su mirada hacia mí. Cambió de color. Me reconoció de inmediato. Murmuró mi nombre, y simplemente... ¿qué haces aquí? Luego sonrió. Me vi proyectada quince años atrás. No, no estaba tan viejo. Todavía era muy atractivo. Bajé la mirada, y me pregunté por un instante si Louis había sido concebido en aquel frío suelo. Me inundó un torrente de recuerdos. Amargos. Hermosos. Terriblemente presentes.

Mi teléfono vibró. Lo dejé vibrar. Ahora no. Estoy ocupada. He de anunciarle al padre de mi

niño que tiene un hijo de casi trece años. Un adolescente estupendo que se le parece como una gota de agua a otra.

En coma. A menos de dos días de una sentencia potencialmente dramática.

Titubeé. Un sudor helado me empapó la espalda; mi respiración se aceleró. De repente, tomé conciencia del sadismo absurdo de la situación. ¿Qué clase de mujer era entonces? ¿De verdad podía soltar hoy toda aquella historia sin filtro alguno? A pesar de todo el daño que me había hecho Matthew, ¿podía anunciarle una tras otra esas dos noticias, trece largos años después? ¿Qué sabía yo de su vida de ahora? ¿Cómo lo encajaría? Podía ser que sufriese del corazón, ¿podía matarlo reprochándole todo aquello? ¿Podría volver a mirar a mi hijo a la cara en ese caso?

Me apoyé en la manilla de la puerta de cristal. Louis quería ver a su padre, solo una vez. Yo acababa de verlo, solo una vez. Mi misión estaba cumplida. Me entró frío, me entró calor, sentí que me fallaban las rodillas, pero permanecieron firmes. No dije nada. Crucé el umbral andando hacia atrás. Matthew avanzó unos pasos. Caminé hacia atrás, de nuevo. Mis pies llegaron a la acera de Portobello Road. Corrí. Una ligera llovizna golpeó mi rostro y las gafas de sol que no me había quitado. Matthew me llamó varias veces en la calle, intentó darme alcance, pero yo sabía que no podría dejar la galería sin vigilancia, que abandonaría pronto.

Mi teléfono vibró otra vez. Ahora no, estoy ocupada huyendo de mi vida otra vez.

Al final me subí en un bus y me dejé llevar. Las lágrimas corrían por mis mejillas, la lluvia empapaba los cristales de aquel bus de dos pisos sorprendentemente desierto.

Dejé que mi teléfono vibrase, vibrase de nuevo.

Cuanto más vibraba, más lo sabía.

Nadie había intentado contactar conmigo con tal insistencia desde hacía siglos. Solo había una posibilidad, un único motivo por el cual alguien se empeñaría en tratar de localizarme.

Escuché el último mensaje. Era mi madre. Me pedía que no escuchase los mensajes anteriores y que me reuniese con ella en el hospital urgentemente. Le temblaba la voz. Había llorado. Los mensajes anteriores. Había cuatro. Tres de mi madre y otro procedente de un número que conocía perfectamente. El servicio de cuidados intensivos del Robert Debré.

Seguí las instrucciones de mi madre. Apagué mi teléfono, lo guardé.

Saqué de mi bolso el cuaderno de Louis. Lo acaricié. Lo apreté contra mi corazón destrozado. Pasé las páginas una a una, lentamente. Hasta la última. Leí lo que mi hijo me pedía que hiciese. La lluvia golpeó con más fuerza. No pude contener las palabras que brotaron solas en mi mente. La última página. Las últimas voluntades.

Me levanté. Le entregué mi teléfono a una chica sentada cerca de mí. Me dio las gracias incrédula.

Luego me bajé.

22
DÍA 1
LA EVASIÓN

No le devolví la llamada a mi madre. No le devolví la llamada al hospital.

Hasta que la noticia no se hubiese anunciado de forma horriblemente oficial, Louis estaba vivo. Decidí hacer lo que mejor sé hacer: evadirme.

Ahora me doy cuenta con trágica lucidez de hasta qué punto siempre he sido la reina de la evasión. Cuando una situación se vuelve delicada, tiendo naturalmente a huir. Es mi reacción espontánea. Mi manera de protegerme de las borrascas, de los tifones, de los ciclones. Cuanto más fuerte es el viento, más se vuelve necesario el repliegue. Necesito construirme un refugio temporal, dejar pasar las ráfagas, digerirlas, prepararme para afrontarlas. No consigo salir a la mar durante el temporal. La magnitud del oleaje debe descender un punto. Siempre he tenido pánico a dejar que los otros leyese mis sentimientos, sobre todo cuando ya no los domino. Entonces, me evado. Me evadí de Matthew hace trece años, con un simple SMS. Me he evadido de Matthew hace unas horas, en vez de dejarme desbordar. Me he evadido de mi madre todos estos años. Me he evadido de mi vida, de mis propios sueños al vivir los de Louis.

Cerca del final de la cuenta atrás, me he evadido de la muerte de mi hijo inventando un futuro.

La evasión es mucho más bella que la verdad.

Quise celebrar esos últimos instantes de sublime ignorancia, regalarme una noche hermosa y pura de esperanza. Quería un lugar nuevo y excepcional. Había leído que había un hotel en el nuevo rascacielos vanguardista de Londres, The Shard. En mi vida, las grandes etapas siempre han estado marcadas por vistas imponentes. La torre Eiffel para mi encuentro con Matthew. El increíble hotel de Tokio para empezar el cuaderno de las maravillas de mi hijo. Una torre con forma de espina majestuosa sería perfecta para terminar. Me regalé una habitación regia. Puse Londres a mis pies.

Pedí una botella de vino francés, un vino de Provenza. Allí donde la historia de la familia comenzó. Me senté al escritorio de mi inverosímil *suite* y me puse a mi inverosímil tarea. Las últimas instrucciones que Louis había garabateado en su cuaderno de las maravillas eran tan sencillas de formular como dolorosas y complejas de ejecutar. Especialmente en aquel momento de mi vida. Especialmente en aquel momento de la suya. Me llevó la noche entera.

Me evadí de la muerte de mi hijo contemplando las luces. Expuse mi vida futura en papel blanco con membrete de un hotel de lujo londinense, e incluí a Louis en ella. Furiosamente, desesperadamente. Una última vez.

Me acordé de las cosas bonitas. Me inventé los placeres por venir. Me lancé sin red a lo desconocido; reí, lloré. Me pregunté qué mujer deseaba ser. En qué quería convertirme yo, Thelma. Qué huella quería dejar en este planeta. Me escuché a mí misma. Me pregunté sobre lo que podía hacerme feliz. Realmente feliz. Olvidándome de lo que la sociedad podía esperar de mí. Olvidándome de lo que los demás podían esperar de mí. Lo visualicé. Lo escribí. Me desnudé, sola ante mí misma. Por primera vez en toda mi vida. Aquella noche redacté mi cuaderno de las maravillas. Con la forma impuesta por Louis; la de una carta. Me proyecté en un futuro soñado. Que, sin duda, no existirá jamás. Que tal vez existiese. Aquella noche fue de una rara intensidad.

Al amanecer, levanté la cabeza. Recobré la lucidez.

Me evado, pero siempre vuelvo. Cuando he recuperado la suficiente fuerza y valor, me levanto, me enfrento, muerdo, peleo.

Me di una ducha, me puse la ropa del día anterior y me subí a un taxi para la estación de St. Paneras. Me había llegado el momento de desafiar a la tempestad.

Antes de entrar en el tren compré una cámara de fotos desechable en WHSmith, una de esas cámaras tan frecuentes hace veinte años, ahora el colmo de lo *vintage*. Saqué de mi cartera la fotografía que siempre llevo conmigo. En esa imagen de colores desvaídos, Louis tiene dos años y la cara llena de chocolate, y se ríe a carcajadas. Es mi foto preferida de mi hijo. Tendi la cámara hacia el cielo, coloqué la foto de Louis contra mi mejilla, sonreí y me hice un selfi.

Primera foto de una serie de 3.650. Excelente idea para comenzar un último día, hijo mio.

EXTRACTO DEL CUADERNO DE LAS MARAVILLAS

Dentro de 10 años...

- Escribir una carta a la persona que seré dentro de diez años, imaginando cómo será mi vida..., y abrirla y releerla justo dentro de 10 años, ¡¡¡para divertirse!!!
- Hacerme una foto de mí cada día, luego montar una película con mi evolución: ¡¡¡10 años en un minuto!!!

23 EL DÍA QUE

Me dirigí directamente al hospital Robert Debré sin avisar a nadie de mi llegada. Desde la estación del Norte, podía estar allí en unos veinte minutos.

Por el camino apreté con mucha fuerza alternativamente el sobre que contenía mis escritos de la noche y el cuaderno de las maravillas de Louis. Tuve sofocos. Me encontraba en un estado de estrés imposible de medir.

Había pasado por fases de optimismo en el transcurso de aquella noche londinense. ¿Y si había malinterpretado las palabras de mi madre, el tono grave y la voz rota? ¿Era posible que llorase de alegría? Sí, por supuesto, era posible. Pero, en ese caso, ¿por qué no decirme sin más en su mensaje que Louis se había despertado? Cuando se tiene una buena noticia que anunciar, no se anda una con rodeos. Se deja un mensaje inequívoco.

Sí, pero antes había dejado tres mensajes más que yo no había escuchado.

Sí, pero el hospital también había llamado, y mi madre me había ordenado no escuchar los mensajes.

Sí, pero, sí, pero... La esperanza. Esa cochina esperanza. Que no suelta nunca a su presa. Era su víctima constante desde hacía largas, larguísimas semanas.

Entré en el pasillo oscuro de la cuarta planta del hospital. Las enfermeras presentes me saludaron, me reconocieron. Aceleré el paso. Ahora que estaba allí tenía que ver a mi hijo en el acto. Una de ellas me agarró, se colocó delante de mí y simplemente me dijo:

—Espere un momento antes de entrar, por favor. ¿Ha hablado con el doctor Beaugrand por teléfono?

Me cerraba el acceso a lo que seguía de pasillo. La observé desconcertada. Le indiqué que no, no había hablado con el doctor Beaugrand, y que, por supuesto, iba a entrar en la habitación de Louis de inmediato. Charlotte llegó corriendo y me retuvo del brazo.

—Thelma, espera. Tengo que hablar contigo antes.

Sentí que el pánico se apoderaba de mí. Tenía que saber. Ahora. Me solté el brazo y corrí hacia la habitación de Louis.

Abrí la puerta.

Me abalancé sobre la cama.

Entonces lo vi.

24 SUS OJOS

Vi sus ojos.

Estaban abiertos.

Me puse a llorar.

Me tiré sobre él. Lo abracé, lo volví a abrazar, lo besé.

Al principio no reaccionó.

Luego levantó la mano derecha hacia mí, trató de articular alguna palabra.

Me eché a reír con una risa de demente, con esa risa nerviosa característica de los que se derrumban. De los que tienen un ataque de nervios de repente. De aquellos cuyos diques ceden. Tenía los ojos tan llenos de lágrimas que ya casi no lo veía. Creo que el sentimiento que experimenté en aquel instante fue tan fuerte como el de su nacimiento. No, más fuerte todavía. Estaba asistiendo a un segundo nacimiento de mi propio hijo. Tenía los ojos abiertos, movía la mano, el brazo, trataba de hablar. Estaba vivo. Louis estaba vivo. Louis lo había conseguido. Yo lo había conseguido. Lo habíamos conseguido. Íbamos a poder continuar, juntos. Ser felices, juntos. Siempre.

Era el día más bonito de mi vida, creo. Puede parecer idiota dicho así, pero es que era verdad. Qué bonito fue ese día. Qué guapo que estaba. Qué orgullosa estaba de él. Louis trataba de hablar, pero no lo entendía. Ya llegaría. Teníamos toda la vida para ello. Yo también le hablé. Si había una lección con la que me había quedado, es que es necesario expresar lo que se siente. Siempre.

—Mi amor. Estoy tan contenta... Estoy aquí. Te escucho. Te quiero. Eres increíble. Qué guapo que eres, mi Louis...

Me separé ligeramente para observarlo.

Esperé un poco y su rostro se quedó petrificado.

Entonces lo vi.

Sus ojos.

Di un paso atrás.

Había terror en sus ojos.

Mi hijo trató de hablar de nuevo.

Y esta vez lo entendí. Entendí lo que intentaba decirme.

Entendí la desesperación de su oscura mirada.

Entendí las palabras de Charlotte, su empeño por querer hablar conmigo *antes* de que entrara en aquella habitación.

Mi hijo, mi amor, mi rey.

Louis acababa de pronunciar con una gran dificultad dos breves palabras que me traspasaron el corazón:

—¿Quién... eres?

25 VIVOS

Me di la vuelta. Mamá se acercó y me tomó entre sus brazos. Lloraba. Me repetía una y otra vez que Louis estaba vivo.

—Está vivo. Lo has conseguido. Si ha vuelto, ha sido gracias a ti, no lo dudes. Se acordará de todo. No nos has dejado explicártelo antes, cacho cabezona. De tal palo tal astilla... Yo también me metí corriendo en la habitación ayer por la noche y me llevé una buena regañina por parte de todo el hospital. Hay que ir despacio, pero se acordará de todo.

Yo no entendía nada. ¿Por qué me había dejado un mensaje pidiéndome que no escuchase los mensajes anteriores?

—Porque tenías que venir, mi gatita, todo quisqui llevaba horas intentando localizarte para contarte la noticia... En un momento dado hay que decir hasta aquí, dejarse de remilgos y actuar. Y además, ¿cómo hubiese podido imaginarme yo que seguirías ni uno solo de mis consejos, tú que haces siempre lo que te viene en gana? Lo siento, he vuelto a cagarla...

La miré y sonreí. Solo mi madre podía utilizar el verbo *cagar* en un momento así. Levanté la cabeza y mi mirada se cruzó con la de Charlotte. Le pregunté si lo que mi madre acababa de decir era verdad, ¿Louis iba a recuperar la memoria?

—Trasmito confianza por lo que veo... —replicó mamá, lo que consiguió hacernos reír de verdad.

Mi madre siempre ha sabido desdramatizar las situaciones más graves, es un auténtico don que tiene. Lo que daría por tenerlo yo.

Charlotte habló despacio. Ella también me estrechó entre sus brazos. Qué bien olía. Le hice la pregunta que me quemaba en los labios: ¿Louis iba a acordarse... de mí?

Me respondió que tenía que ver al doctor Beaugrand, que me lo explicaría todo. Que era imposible saber si Louis se acordaría de algo, y, si lo hacía, de qué. La evolución después de un coma puede variar mucho de una persona a otra. Lo que estábamos viviendo entraba dentro de lo excepcional. Antes de abrir los ojos, Louis no había ofrecido ningún indicio clínico tangible de despertar. Había sido repentino. E incluso después de unas horas, sus progresos eran fulgurantes. Llevaría tiempo saber con mayor exactitud qué funciones de su organismo recuperarían su capacidad original. La medicina tenía sus límites, y las predicciones eran muy difíciles de realizar. Pero había que conservar la esperanza. Mi madre tenía razón en ser optimista. Estaba claro que

su cerebro funcionaba. Que trataba de hablar. Que movía sus miembros. Eran pasos de gigante.

Charlotte también afirmó que podía estar orgullosa de lo que había hecho por él. A propósito, algunos padres de niños hospitalizados aquí habían empezado a imitarme. Le dije que dejase de vacilarme, pero lo decía en serio. Aun sin cuaderno de las maravillas, ciertos padres se habían propuesto preguntarles a sus hijos cuáles eran sus sueños más intensos, y realizarlos. Los niños a menudo tenían sueños accesibles, no tan complejos de cumplir. La alegría que esas nuevas preguntas y realizaciones suscitaban estaba contaminando todo el hospital. Por supuesto, no todas aquellas aventuras tendrían un final feliz, pero constituían toda una inyección de moral. Inyectaban dosis de felicidad, de esperanza, de vida en unas existencias consagradas a luchar contra esas malditas enfermedades.

—Has hecho un bien increíble, Thelma —siguió diciendo Charlotte—. Eres un ejemplo para ellos.

—¿Yo? ¿Un ejemplo? Sería la primera vez...

—No te infravalores, hija mía —intervino mi madre—. Ve las cosas en positivo, ¡recontra! Has hecho algo excepcional por tu pequeño, eres una inspiración para los demás padres, acéptalo sin calentarte la cabeza. Valóralo, disfruta de esta inmensa etapa que acabas de hacerle salvar a Louis. Lo sé, antes no sabías hacerlo. Tomarte tiempo. Saborearlo. ¡Pero eso era antes! ¡Está vivo, caramba! Vivo. Estamos todos vivos. Y estamos juntos.

Mi madre tenía razón. Como siempre. Sus palabras tenían un eco en otras. Las que yo había dejado escritas en papel la noche anterior.

Había dado en el blanco.

Seguí con mi visión de conjunto de aquella habitación de las maravillas que nunca olvidaría. Aquella habitación aceleradora de sentimientos. Aquella habitación que a ratos me había roto, emocionado, espabilado, exaltado, reconciliado, trascendido, cambiado. Aquella habitación cuyo más mínimo centímetro cuadrado se había quedado impreso en mi retina.

Mis ojos recorrieron las paredes, se detuvieron en una foto mía en pantalón corto y botas de fútbol, acompañada por Isa y Edgar. Sabía que no debían de estar lejos, que estarían allí pronto. Toda aquella bondad a mi alrededor, aquellas personas para quienes yo era importante, era algo nuevo. Había vuelto a aprender en el transcurso de esta historia el poder del entorno, de aquellos a los que llamamos cercanos y de los que nos alejamos con demasiada frecuencia, demasiado rápido. ¿Sentirían ellos también lo que yo estaba sintiendo en aquel preciso instante? ¿Esa extraña, esa minúscula felicidad cuya presencia comenzaba a despuntar en medio de aquella habitación impersonal y fría?

Me eché a llorar otra vez.

De alegría, de vértigo ante lo desconocido que se abría ante mí. Sobre todo, de alegría. Louis estaba vivo. Lo estaba.

Me acerqué a él. Le acaricié la mejilla, le murmuré que no tuviese miedo. Que era su mamá. Que lo sería siempre, pasase lo que pasase. Que lo quería. Que lo queríamos. Que era normal que hoy no se acordara de nada. Que no le culpaba por ello. Que nunca le culparía por ello. Que estaba tan feliz.

Que mañana sería otra aventura. Que cada día traería su lote de sorpresas, de descubrimientos. Que aquello sería para todos nosotros una nueva oportunidad, un nuevo comienzo, la posibilidad de reinventarnos, de construir algo todavía más sólido.

Que tenía que seguir luchando. Que el camino sería largo, pero que podría apoyarse en mí. Apoyarse en todos nosotros. Que estaría ahí para sostenerlo noche y día. Contra viento y marea.

Que habría risas. Amor. Lágrimas. Gritos. Fútbol. Karaoke. Noches locas, medias maratonés y persecuciones en coche.

Alegría, de nuevo. Alegría, siempre.

Que se acordaría.

Que, si no se acordaba del pasado, bueno, pues nos inventaríamos nuevos recuerdos y ya está.

Creí oír a mi madre.

Había oído a una madre. Era yo.

—Te quiero, Louis.

Me miró.

Creo que me sonrió.



Querida Thelma:

En el momento en que estás leyendo esta carta, tienes diez años más que hoy. Te acercas a los cincuenta. Sigues viva, a pesar de todos tus excesos, mi más sincera enhorabuena, no había nada asegurado...

Hace bueno esta mañana. Un cielo de invierno como a ti te gusta. El invierno de 2017 ya no es más que un sueño. Cuando habláis de ese difícil periodo, Louis y tú llegáis incluso a reiros. No os habéis olvidado, claro. Los recuerdos permanecen intactos. Vivos. El tiempo los ha pulido, vuestras mentes han borrado progresivamente el dolor, los contornos son menos afilados, la belleza lo ha sustituido. Louis ve a menudo las películas que grabaste con tu madre en aquella época. Se sigue riendo mucho al veros cantar canciones de Johnny Hallyday en Tokio. Y, sobre todo —sobre todo—, a esas imágenes se les mezclan ahora otras: las que habéis grabado después. Cuando habéis vivido de nuevo las aventuras jubilosas del cuaderno de Louis, juntos. Qué fuerte fue.

Hace bueno esta mañana. Te acabas de levantar y observas los árboles por la ventana. Porque hay árboles en donde vives, en Provenza. Están un poco desnudos, pero la primavera se acerca a pasos agigantados, y además aquí nunca hace frío de verdad. El jardín de la finca es inmenso, Edgar y tú todavía no habéis podido podar todas las ramas. Tenéis tiempo. Tenéis todo el tiempo del mundo. Edgar ya se ha levantado, lo ves a lo lejos. Le gusta levantarse muy temprano, mucho más temprano que a ti. Es su momento del día preferido. Se sienta cerca del lago, más abajo, solo, y pinta. Te gusta observarle dibujar, pintar, esculpir. A veces posas para él. Qué talento tiene Edgar.

Hace bueno esta mañana. Bajas las escaleras y llegas al salón. Mamá está ya allí, en plena preparación del desayuno. Te sonrío, te pregunta si has dormido bien, te llama su dulce gatita, como siempre. Le sonrío, le das un beso, la estrechas entre tus brazos. Es vuestro nuevo ritual de la mañana. Os habéis convertido en la pareja madre-hija más táctil del mundo. ¿Quién lo hubiese creído? Le dices que vas a ayudarla, que va a haber un montón de gente esta mañana, que no hay que quedarse paradas.

Ella te responde riéndose que no te ha estado esperando para ponerse a ello. Te remangas y empiezas a montar la mesa de madera maciza.

Hace bueno esta mañana. Ayer recibiste un mail de Louis, llega en unas horas. Louis estudia Medicina. Su estancia en el hospital fue una revelación. Ha encontrado su camino. Por una vía poco convencional, ciertamente. Hubieses preferido a un orientador en lugar de varias semanas en coma. Pero ahí está el resultado: Louis quiere ser pediatra. En estos momentos realiza sus prácticas en el hospital para niños de Great Ormond Street, en Londres. Vive en casa de Matthew, durante unos meses. Cuando esos dos se conocieron les pareció evidente que fuera así. Matthew te odió por haberle ocultado la existencia de Louis. Luego, el torrente de felicidad que provocó aquel hijo inesperado lo dominó todo.

Hace bueno esta mañana. Ayer, Louis se reunió con Isadora en su casa, en París. Llegarán juntos, en el mismo tren. Cuando bajan, todo el mundo se piensa que son vuestros hijos, que son hermano y hermana. No todo el mundo se equivoca. Son vuestros hijos. Por lo que, cuando se besan, un largo silencio se apodera de los allí presentes, vosotros rompéis a reír y explicáis la situación. No sois una familia como las demás. Nunca lo habéis sido y nunca lo seréis. Afortunadamente. Isadora todavía juega al fútbol con Louis de vez en cuando, pero retomó hace nueve años los estudios de danza. Hoy ejerce el oficio que habían soñado para ella su madre y su abuela. Sigue el camino trazado por sus genes. Isa y Louis están resplandecientes, verlos es una delicia a cada momento. Qué orgullosa estás del hombre y de la mujer en los que se están convirtiendo.

Hace bueno esta mañana. En media hora, una veintena de personas invadirá el salón. Hace ahora ocho años, con el dinero que ganaste como resultado de tu batalla judicial con Hégémonie, te compraste esta gran masía provenzal de la que os enamorasteis a primera vista Edgar y tú. Esta inmensa propiedad que habéis arreglado y transformado en un lugar increíble. Ahí fue donde decidiste poner en marcha el proyecto que había germinado en tu cabeza cuando Louis estaba en coma. Ahí fue donde te instalaste, hace de aquello siete años, con Louis, con Edgar, con Isa y con tu madre. Ahí fue donde se instaló Charlotte, un año más tarde. Ella también se unió al proyecto.

Hace bueno esta mañana. Recuerdas el día en que le expusiste la idea a tu pequeña pandilla. Enseguida se mostraron dispuestos. Enseguida confiaron en ello. Confiaron en la mujer de negocios que eres. Confiaron en la madre que eres. Confiaron en tu intuición. Te siguieron unos inversores. Ellos también creyeron en ti.

Hace bueno esta mañana. El sol está ya alto, la mesa está lista. Vuestros primeros huéspedes comienzan a descender de sus habitaciones. Está el pequeño Mathis, acompañado por sus padres. Llegados la víspera. Mathis, de momento, no tiene pelo. Le va a volver a crecer muy pronto. Entretanto, prefiere disfrazarse. Lo saludas a la manera de los Vengadores, entrando en su juego de superhéroes, se ríe y su sonrisa llena el comienzo de tu jornada. Está también Alice, presente desde hace una semana con su mamá. Alice ya está mejor. Tiembla de impaciencia porque en una hora se habrá reunido con Edgar al pie del olivo grande para una sesión de escultura. Adora a Edgar. Todo el mundo lo adora. Ya se trate de aprender a dibujar o de realizar algún ejercicio deportivo, Edgar cuenta con la aprobación de todos. Y luego está tu debilidad, tu pequeño Francesco. Francesco está con vosotros desde hace casi tres semanas. Sus padres alternan su presencia, ya que están divorciados. Esta semana le toca a su papá. Francesco es un payasete que ilumina toda habitación en la que se encuentre. Forma un dúo imparable con tu madre. En una hora, Odette y Francesco cuidarán del jardín, luego cocinarán. La Candelaria ha pasado ya, pero tienen pensado hacer crepes, y tu madre le ha prometido que podría darles la vuelta él mismo. Francesco está emocionadísimo.

Hace bueno esta mañana. La masía está llena. Tu vida está llena. Pasas la mayor parte del tiempo aquí, en lo que ahora es tu elemento. A veces viajas ya que te llaman ayuntamientos, empresarios, tanto de Francia como del extranjero. Quieren saber cómo has concebido, construido todo esto. Cuando te ausentas, es Charlotte quien lleva las riendas. Charlotte ha resultado ser una excelente gestora, y además sus habilidades como enfermera son muy útiles aquí.

Hace bueno esta mañana. Bajas a pie por el pequeño camino de tierra para recoger el correo. En el buzón está escrito el nombre de vuestro pequeño paraíso: LA HABITACIÓN DE LAS MARAVILLAS.

Hace bueno esta mañana. Subes lentamente, tomándote tiempo para respirar el aire del campo provenzal, entornando los ojos porque el sol te ciega, y los recuerdos afloran. Así son todas las mañanas. En cuanto ves esas palabras escritas en letras violetas —el color elegido por Louis—, te acuerdas del lugar donde todo comenzó. La habitación de las maravillas, la habitación 405 del hospital Robert Debré, la cual te dio la idea de esta casa. Allí entendiste la importancia de la familia, de los proyectos comunes, para todos esos niños y su gente cercana. Comprendiste que el camino hacia la vida era largo para todos aquellos críos. Que el hospital podía alejar en lugar de acercar, y que vivir cosas bonitas podía ser sencillo. Por eso te decidiste a abrir esta casa de vacaciones un poco especial. Una casa en donde los niños que acaban de salir del hospital —o que tienen un permiso de unos días— vuelven a encontrarse con sus padres, sus familias. Una casa en la que todo está hecho para que se sientan como en la suya. En donde tú te sientes bien. Te sientes en tu sitio. Útil. Por fin.

Hace bueno esta mañana. Miras tu reloj. Ese mismo reloj que se rompió el día del accidente de Louis. También lo arreglaste. También es un superviviente. Son las 9 horas y 40 minutos. Aprietas el paso, ya que dentro de poco el tren de tu hijo estará allí. Dentro de poco lo estrecharás entre tus brazos. Le dirás que lo quieres, como siempre. Louis te envió un SMS ayer para indicarte el horario del tren. La coincidencia es perturbadora, pero te hace sonreír. Louis llega en el tren de las 10 horas y 32 minutos.

Hace bueno esta mañana, Thelma. Disfruta de tu vida. Disfruta de los tuyos. Tienes todo el tiempo del mundo. Aprovechalo.

EN LONDRES, 17 DE FEBRERO DE 2017

THELMA

AGRADECIMIENTOS

Un inmenso gracias a mi editora, Caroline Lépée. Gracias por tu entusiasmo y tu talento. Gracias por haber creído en ello desde el principio.

Gracias a Philippe Robinet y a todo el equipo de Calmann-Lévy. Es un privilegio trabajar con vosotros. Una mención especial para Patricia Roussel y Julia Balcells: el *kawaii cat* ha aterrizado en Saturno gracias a vosotras.

Gracias a Caroline R. por sus consejos. Gracias a Florence B. y a Renaud M., por los memorables (e inspiradores) paseos tokiotas.

Gracias a mi familia, por el apoyo incondicional y los ánimos. A Alexandre y a Andréa, mis indispensables *little bros*. A Floriane, Jules y Fanny, mis entusiastas lectores. A mis formidables suegros, André y Raphaële. A Pierre y Steph. A mi abuelo Pascal: síguemelo contando, tiene gran valor. A Sandra, Jeanine y Aimé, por los bonitos días de ayer.

A mi madre y a mi padre, por supuesto. Mamá, papá, gracias por todo, y para siempre. Gracias a mis tres amores. Alessandro y Éléonore, estoy tan orgulloso de vosotros..., mis dos maravillas. Mathilde, todo esto no hubiese tenido ningún sentido si no hubieses estado a mi lado. Para siempre, por siempre.



JULIEN SANDREL nació en 1980 en el sur de Francia. Siempre quiso ser escritor y su sueño se hizo realidad cuando Calmann-Lévy decidió publicar su primera novela, *La habitación de las maravillas*.

Julien está casado, es padre de dos hijos y pronto publicará su segunda novela.

Notas

[1] Índice de referencia de la bolsa, equivalente al IBEX 35 español. (N. del t.) <<

[2] «Beaugrand» significa «el alto y guapo». (*N. del t.*) <<

[3] Barrio parisiense del XIII distrito. (*N. del t.*) <<

[4] *El título original es Et maintenant battez-vous. (N. del t.) <<*

[5] «*Mamá mola*», *en inglés*. (N. del t.) <<

[6] «Annie aime les sucettes à l’anis», verso de la canción de 1966 *Les sucettes*, compuesta por Serge Gainsbourg y cantada por France Gall. (*N. del t.*) <<

[7] *Que je t'aime* es una canción del repertorio de Johnny Hallyday aparecida en 1969. (N. del t.)

<<

[8] Título de una canción de Zazie, *Ça fait mal et ça fait rien*. (N. del t.) <<